RUBÉN ARDILA

Autobiografía

Un punto en el tiempo y en el espacio

Rubén ardila

Autobiografía

Un punto en el tiempo y en el espacio

EL LIBRO MUERE CUANDO LO FOTOCOPIA

AMIGO LECTOR:

La obra que usted tiene en sus manos posee un gran valor. En ella, su autor ha vertido conocimientos, experiencia y mucho trabajo. El editor ha procurado una presentación digna de su contenido y está poniendo todo su empeño y recursos para que sea ampliamente difundida, a través de su red de comercialización.

Al fotocopiar este libro, el autor y el editor dejan de percibir lo que corresponde a la inversión que han realizado y se desalienta la creación de nuevas obras. Rechace cualquier ejemplar "pirata" o fotocopia ilegal de este libro, pues de lo contrario estará contribuyendo al lucro de quienes se aprovechan ilegítimamente del esfuerzo del autor y del editor.

La reproducción no autorizada de obras protegidas por el derecho de autor no sólo es un delito, sino que atenta contra la creatividad y la difusión de la cultura.

Para mayor información comuníquese con nosotros:

www.manualmoderno.com

Editorial El Manual Moderno, S. A. de C. V.
Av. Sonora 206, Col. Hipódromo, 06100
México, D. F.

Editorial El Manual Moderno (Colombia), Ltda
Carrera 12-A No. 79-03/15
Bogotá, D.C.

A los hombres y mujeres que han compartido mi vida y mi afecto.
En primer lugar, a mi hijo David y a mi nieto Alejandro.
A todos ellos y ellas que hicieron que la vida valiera la pena de vivirse.

Rubén Ardila. Autobiografía. Un punto en el tiempo y en el espacio

D. R. ©2012 por Editorial El Manual Moderno (Colombia) Ltda.
ISBN: 978-958-9446-72-0

Editorial El Manual Moderno (Colombia) Ltda.
Carrera 12A Nº 79 - 03/05
E-mail: info.colombia@manualmoderno.com
Bogotá, D. C., Colombia

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema alguno de tarjetas perforadas o transmitida por otro medio –electrónico, mecánico, fotocopiador, registrador, etcétera– sin permiso previo por escrito de la editorial.

All rights reserved. No part of this publication may by reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without the prior permission in writting from the publisher.

Manual Moderno®
y el diseño de la portada son marcas registradas
de Editorial El Manual Moderno, S. A. de C. V.

Ardila y Ardila, Rubén, 1942-

Autobiografía: un punto en el tiempo y en el espacio / Rubén Ardila -- Bogotá: Manual Moderno, 2012.

168 p.

ISBN 978-958-9446-72-0

1. Ardila y Ardila, Rubén, 1942- Autobiografía 2. Psicología – Historia - Colombia 3. Psicólogos – Colombia I. Título

CDD: 921.8861 ed. 20 CO-BoBN– a804616

Diagramación:
Aristóbulo Rojas Ch.

Tabla de contenido

Introducción 9

I. Los primeros años

1. Alfa y Omega 13
2. Pereira 19
3. Adolescencia 24
4. Religión y ciencia 29
5. A la deriva 37
6. Elección de carrera 42
7. Europa 54
8. Estudios de postgrado 61
9. Matrimonio 66
10. Psicología colombiana 69
11. Psicología latinoamericana 76

II. En la mitad de la vida

12. El largo camino 85
13. En el decenio de 1960 88
14. La investigación científica 93
15. Problemas sociales 100
16. Viajes 105
17. Psicología internacional 116
18. Psicología clínica, Terapia del comportamiento y Psicología de la salud 121
19. La síntesis experimental del comportamiento 126

III El ciclo vital

20. Cerrando el círculo 133

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Anexos

Principales publicaciones (libros) 151
Referencias citadas 153
Apéndice A. Si existiera la reencarnación 159
Apéndice B. El mito del año 2000 163

Introducción

La época histórica en la cual he vivido, ha sido de enormes cambios sociales y de grandes avances científicos y artísticos. Ha sido una época en la cual se transformó el mundo después de la Segunda Guerra Mundial, aparecieron nuevas naciones e ideologías, se llevaron a cabo importantes transformaciones en nuestra concepción del universo, la vida, la psicología y la sociedad; llegamos a la luna, entendimos que todos los seres humanos poseemos el mismo valor como personas, más allá de las limitaciones de género, cultura, y habilidades cognitivas. Fue la época de Einstein, Picasso, Martin Luther King, Skinner, de la revolución de las mujeres y las minoría sexuales, también la caída del Muro de Berlín y el descrédito de las ideologías, la época del genoma humano, de la ecología, la conquista del espacio, de internet y las computadoras. Una época fascinante y compleja.

Durante las seis últimas décadas del siglo XX y las primeras del siglo XXI, las cuales corresponden al contexto de mi vida, el mundo cambió más de lo que había cambiado en épocas anteriores, aunque es posible que esta percepción, que tenemos quienes vivimos en este siglo XXI y que caminamos por el mundo durante la segunda mitad del siglo XX, también la hayan tenido los hombres y mujeres de otras épocas.

Mi vida ha estado caracterizada por la urgente necesidad de escapar de la muerte, y por la certeza del fin inevitable. He buscado perdurar, dejar mi huella en la memoria de los seres humanos, y he sabido que finalmente todos vamos a desaparecer y temo que los esfuerzos habrán sido en vano. La muerte va a dominar el universo, y nuestra vida, la mía y la de otros hombres y mujeres, habrá sido un destello de luz entre dos eternidades de tinieblas.

He buscado también entender el mundo y entenderme a mí mismo. El mundo fue para mí desde el principio, una incógnita para desvelar, un reto que había que enfrentar, un misterio tremendamente atractivo para descifrar. Mi propia personalidad fue otro misterio, siempre quise saber por qué era como era, a qué se debía que yo fuera

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

tan diferente de los demás hombres, y finalmente encontré que me parecía a ellos mucho más de lo que yo mismo creía. Muchísimo más. Esta necesidad de entender el universo y sus misterios, y de comprender mi propio universo, me llevó por un camino largo y tortuoso a la búsqueda de la verdad científica. Desde la adolescencia, pensé que la ciencia iba a ser la solución a esta necesidad de entender que caracterizaba mi propia personalidad.

Desde pequeño fui una persona muy introspectiva, que se encerraba en su propia intimidad a analizar sus motivaciones y las causas de sus actos. Esto implicaba que no hablaba mucho con nadie, que me sentía solo, y que algunas personas me consideraban como un extraño. Claro que también tuve amigos cercanos, un gran sentido del humor y una fácil capacidad de relacionarme con los demás. Desde los 14 años llevé un diario, en el cual anotaba mis angustias y mis alegrías, con un marcado desequilibrio en sentido negativo, el de las angustias. Había muchas cosas positivas y alegres, claro está; la vida la consideraba a veces como "valsar un vals sin fin por el planeta", como un éxtasis permanente y un perpetuo gozo. Pero una cierta parte del tiempo ocurría lo contrario, al menos en la época en la cual comencé a entender seriamente el mundo, o sea en la adolescencia.

Escapar de la muerte, y entender el mundo y mi propio mundo: estas han sido las motivaciones de mi vida. He amado mucho y me han amado mucho, he sufrido y he tratado de ayudar a los seres humanos a escapar de sus sufrimientos, a sanar las heridas que las otras personas les han producido. Mi vida ha sido variada, llena de éxtasis y de agonías. Pero ha sido una vida plena, digna de ser vivida. A pesar del complicado camino que he transitado puedo decir con bastante certeza "Vida nada me debes, vida estamos en paz".

I

Los primeros años

1. Alfa y Omega

Caras que aparecen y desaparecen, caras amables y caras adustas, caras tristes y caras gozosas, caras que sonríen y caras que critican... Vienen muchas caras a mi memoria, desde el primer recuerdo, cuando tenía sólo 2 años y medio: mi madre, mi tía y mi hermano de pocos meses de nacido, tomando el sol en una ventana de estilo español, una mañana cualquiera. Este primer recuerdo aparece con gran viveza en mi memoria, aunque a veces creo que puede ser sólo una fantasía, porque a edades tan tempranas generalmente no hay recuerdos muy claros de personas ni de acontecimientos. De todos modos es mi primer recuerdo, y lo veo con gran claridad, todavía hoy.

Aparecen muchas otras caras: la de mi hijo David, cuando nació, mirando a todos lados con los ojos muy abiertos, tal vez tratando de entender a qué mundo había llegado. La cara de las personas que amé profundamente y que me produjeron muchas agonías y muchos éxtasis. La cara de mi padre, siempre fuerte y decidido, con la certeza de tener razón en todo lo que hacía. La de mis amigos, de mis colegas, de mis colaboradores, de la gente que viene y se va.

La vida es como un río; una persona va a la deriva, navega, y no sabe muy bien a dónde se dirige. Aparece otro ser humano, navega un tiempo en su compañía y luego desaparece. Más tarde recordamos cuánto afecto pusimos en estos compañeros de viaje y cuán solos nos quedamos cuando se marcharon. Los barcos siguen, aparecen nuevas caras que pronto van a desaparecer. Dos sombras sonrientes y al mismo tiempo serias marchan hombro con hombro mirando al mismo sol, y luego se separan. Pusimos ilusiones, hicimos planes, soñamos juntos y finalmente quedamos tan solos como antes.

No recuerdo nada de mi vida en mi pueblo natal, San Vicente de Chucurí, Santander. Era una típica población tropical, en un país que tenía muchas potencialidades y no suficientes realizaciones. Mi familia procedía de Zapatoca, en el mismo departamento; originalmente proveníamos de Badajoz en España. Existe

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

un río Ardila en esa parte de España y puede ser ese el sitio donde comienza mi genealogía. De allá emigraron a América, seguramente por presiones económicas como muchos de los colonizadores españoles de estas tierras, y llegaron a Zapatoca. Las familias de mi padre y mi madre emigraron de Zapatoca a San Vicente en busca de mejores oportunidades. Yo nací un martes, el 7 de julio de 1942. San Vicente tenía entonces unos 30 000 habitantes, y estaba pasando por un período de gran turbulencia política. La Segunda Guerra Mundial parecía estar terminando en Europa, pero a mi pueblo llegaban solamente ecos de esa guerra que parecía lejana e irreal. Las personas cultas del pueblo tenían grandes mapas y banderitas de los aliados y los nazis, que iban colocando en los sitios de las batallas. Los alemanes iban retrocediendo y parecía que el nazismo se fuera a acabar para siempre. Todo esto sonaba un poco extraño y fantasmagórico para personas que no sabían muy bien dónde quedaba Europa, y que iban a vivir y a morir sin salir de su reducido radio geográfico.

En San Vicente, más importante que la guerra entre aliados y nazis era la contienda entre liberales y conservadores. Empezaba a tomar forma aquello que más adelante se iría a llamar "la violencia" colombiana, un período de turbulencia social, de asesinatos masivos sin ton ni son, una reacción en cadena que sembró de cadáveres el país a lo largo y a lo ancho. Esta masacre no tuvo realmente un móvil político ni filosófico, nadie sabía muy bien por qué se mataba, y ambos partidos políticos hicieron su parte en la masacre y en el vandalismo.

Debido a estos problemas, mis padres y yo salimos de San Vicente para otro pueblo, San Gil, también en Santander, de donde tengo el primer recuerdo, cuando mi hermano Enrique, dos años menor que yo, tenía pocos meses de nacido. De San Gil pasamos a Ocaña, luego a Bucaramanga y finalmente a Pereira. Fue un peregrinar en busca de mejores horizontes, motivado por la enorme necesidad de logro de mi padre, y por las circunstancias existentes en el país en ese momento.

El segundo recuerdo, también bastante claro, es la llegada a Ocaña, en 1945. Recuerdo el viaje en el cable aéreo, porque no

había carretera transitable en todo el trayecto. Fue algo fascinante y maravilloso para mí, y no tuve el menor asomo de temor al subir y bajar de semejante vehículo.

De Ocaña recuerdo muchas cosas. Vivíamos en una casa enorme, con muchas habitaciones desocupadas. Éste es un pueblo de ambiente español, bastante tranquilo y bello, que tuvo importancia en el siglo XIX pero parece que nunca más fuera a tenerla. Es un pueblo sencillo, señorial, con mujeres hermosas que se quedaron en sus casas esperando al príncipe azul que nunca iría a llegar; con hombres que se preguntan todo el día en qué van a pasar las horas; con niños que hacen travesuras y se divierten tremendamente en medio del aburrimiento general.

En Ocaña comencé a preguntar por todas las cosas, y nació en mí esa enorme necesidad de entender que ha caracterizado mi vida. Las preguntas eran variadas y poco sistemáticas. Recuerdo que preguntaba qué eran las estrellas, cómo nacen los pollitos y otras cosas semejantes. Mis preguntas se quedaban casi siempre sin contestación, porque no era fácil para mis padres hallar una respuesta para el nivel de un niño de cuatro años.

Entonces creí que sólo yo mismo podía solucionar mis incógnitas y responder las preguntas que estaba formulando. Un día me senté en una silla cerca a una gallina que estaba calentando sus huevos, y cuando los pollitos iban picoteando les ayudaba a quitar la cáscara y encontraba ¡oh maravilla!, que había allí dentro un animalito completamente formado. Era una revelación, ver que los pollitos estaban en el interior del huevo, y salían, piaban, caminaban y buscaban refugio.

En una de las primeras Navidades ocurrió un acontecimiento que demuestra mi gran necesidad de entender las cosas, y mi creencia en que yo solo podía hallar respuesta a mis preguntas. Creo que es la segunda Navidad que recuerdo, probablemente tenía cuatro años y medio. Mi madre me preguntó qué deseaba que "el niño Dios" me trajera como regalo de Navidad. Esto me extrañó, y le dije que por qué razón tenía que decírselo a ella y no al niño Dios; me contestó que ella se lo comunicaría a él. Como el asunto

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

me pareció muy poco claro, le dije a mi madre que deseaba una marimba, y en voz baja le pedí al "niño Dios" en el pesebre que me trajera un balón. Cuando me desperté por la mañana el día de Navidad encontré la marimba, tal como le había pedido a mi madre. Esto me demostró, más allá de toda duda, que era mi madre y no el "niño Dios" quien traía los regalos de Navidad.

Al reflexionar acerca de este acontecimiento muchos años más tarde, noto que se trataba casi de un verdadero "experimento" en el cual se manipulaba una variable y se buscaban los efectos. Puede ser que un evento aislado no demuestre nada, y que la "situación de control" necesitara mejorarse mucho, pero en todo caso es una prueba de mi tremendo escepticismo, que apareció desde temprana edad.

Mi madre fue una mujer muy dulce, con un enorme amor por los niños y un gran deseo de ser útil. Procedía de una familia muy pobre –al igual que mi padre– y había quedado huérfana de madre a los pocos años. Fue la única persona de su familia que hizo estudios secundarios. Cursó Pedagogía y se graduó con una tesis titulada *La Psicología, base y fundamento de la educación*. Yo descubrí este hecho cuando era estudiante de tercer año (6o. semestre) de Psicología en la Universidad Nacional de Colombia. En realidad la tesis, escrita probablemente en 1938, enfatizaba las diferencias individuales en la situación educativa, e insistía en buscar las causas psicológicas de los problemas que se le presentaran al maestro. Para mí fue un hecho fascinante ver que mi madre había leído libros de psicología en su juventud, había escrito una tesis psicológica, y le había dado gran importancia a esta ciencia.

Para mi madre la crianza de los hijos fue el centro de su vida. Al casarse dejó de trabajar como maestra, y se dedicó a mi padre y más tarde a sus cinco hijos. Fue una inteligencia relativamente perdida, que habría podido hacer mucho especialmente en el área educativa, pero que se encerró en el hogar y aceptó completamente el rol de esposa y madre. Cantaba muy bien, amaba los paseos y las fiestas, y quiso educar cuidadosamente a sus hijos. Por problemas de salud sólo pudo tener cinco vástagos, el mayor de los

cuales fui yo; pero si de ella hubiera dependido habría tenido 10 o más hijos. Murió muy joven, a los 52 años cuando yo acababa de cumplir 27 años y estaba estudiando en Estados Unidos. David, su primer nieto, tenía dos meses de nacido, y ella no alcanzó a conocerlo.

Mi padre, en cambio, fue un hombre muy diferente. Primo en segundo grado de mi madre, no pudo cursar estudios por falta de recursos económicos. Desde muy pequeño comenzó a trabajar en las empresas petroleras de Barrancabermeja, en puestos de oficina, para ayudar a sostenerse y colaborar con la familia. Estuvo allá entre los 15 y los 22 años. Era un jovencito rubio y despierto, con enormes ambiciones y gran habilidad matemática. Ascendió rápidamente en su trabajo y tuvo actuaciones de líder en la empresa. Le ofrecieron una beca para estudiar Geología en los Estados Unidos, pero no pudo aceptarla, pues era preciso terminar antes los estudios de escuela secundaria.

Trabajando con los estadounidenses de las empresas petroleras aprendió a ser eficiente y ordenado. Por imitación seguramente, asimiló una "ética protestante" que luego transmitió a sus hijos, y que podía sintetizarse en las tres palabras que siempre caracterizan a las personas con gran necesidad de logro: trabajo, educación y ahorro. El trabajo, que comenzó siendo un medio para sobrevivir económicamente, se volvió un fin en sí mismo. La educación no la logró para sí mismo sino para sus hijos; los cinco hicimos carreras en las Universidades más exigentes del país, cursamos estudios doctorales, viajamos, aprendimos idiomas extranjeros y estuvimos de acuerdo con la enorme importancia de la educación. En tercer lugar el ahorro, podía tener sentido al comienzo pero no después, cuando mejoró la situación económica de la familia. Por sus esfuerzos, por su preclara inteligencia y por una serie de circunstancias favorables, mi padre se convirtió en uno de los comerciantes más exitosos y respetados de Pereira; a pesar de eso, seguía ahorrando dinero, no gastaba nada para sí mismo, y llevaba una vida austera y casi monástica. Murió en 1996 a los 83 años.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

La enorme necesidad de logro de mi padre y su personalidad obsesiva darían tema para muchas páginas. Recuerdo cuando uno de mis tíos se vio enredado en problemas legales por defender a mi padre en un asunto de carácter político, mi padre contrató el mejor abogado de Colombia: Jorge Eliécer Gaitán. Gaitán (1902-1948) es uno de los hombres más interesantes que ha producido Colombia, y probablemente el caudillo político de ideas más avanzadas de toda nuestra historia reciente. Para un hombre como él, ex-alcalde de Bogotá, ex-Ministro de Educación, candidato posible a la Presidencia de la República, una contienda en un pueblo como San Vicente de Chucurí, perdido en las montañas y sin ninguna importancia, no podía tener mayor interés. Sin embargo, mi padre logró convencerlo de que defendiera a mi tío, y los juicios en los cuales participaba Gaitán eran juicios que siempre se ganaban. Para mi padre, a pesar de su pobreza y su falta de educación formal, las metas eran claras y elevadas. ¡No le extrañaría nada si uno de sus sobrinos llegara a ser Presidente de la República! Si iba a contratar un abogado, tendría que ser el mejor de Colombia. Si uno de sus hijos iba a hacer una carrera, tenía que ser en la mejor Universidad del país.

Esa tremenda necesidad de logro lo convirtió en una persona con la cual era muy difícil convivir. Obsesionado por sus propias metas, trabajador hasta lo indecible, ordenado y metódico en sus costumbres, exigía el mismo comportamiento de quienes lo rodeaban. Era difícil ser tan puntual y organizado como él, hacer las cosas tan bien hechas como él quería, estar a su altura. Los hijos aprendimos que ser mediocre era el peor delito, que es preciso tener elevadas aspiraciones, y que el trabajo duro es la única forma de alcanzar las metas de la vida.

Mi padre trabajó primero en Barrancabermeja, en las empresas petroleras, luego con la Federación Nacional de Cafeteros y finalmente se independizó y se dedicó a negocios de café y de ganadería. La prosperidad de la región cafetera y la "ética protestante" de sus gentes hicieron que mi padre encajara muy bien en Pereira.

Es posible afirmar que mi padre fue el más inteligente y trabajador de su familia, y que mi madre fue la más inteligente y

trabajadora de la suya. Ambos eran ambiciosos e individualistas, cada uno a su manera. Veían las cosas en perspectiva y tenían gran confianza en sí mismos.

2. Pereira

A los siete años llegué a Pereira, con tres hermanos pequeños (Enrique, Alfredo y Olga) y mis padres. Realmente fue en Pereira donde abrí los ojos a la vida, donde entendí por vez primera el sentido de lo bueno y de lo malo, donde amé y me amaron, donde hice mis primeros planes y tuve mis primeros logros y mis primeros fracasos. Se trataba de una ciudad de tamaño mediano, con un cuarto de millón de habitantes, todos muy pueblerinos y de ancestro campesino.

Mi madre me enseñó las primeras letras, de modo que en Bucaramanga los meses que pasé en un jardín infantil me ayudaron a mejorar la habilidad manual, y en Pereira entré directamente a segundo grado. Era uno de los niños más pequeños del colegio, y esto me colocó desde el principio en situaciones de inferioridad manifiesta. Por otra parte como "extranjero"(procedente de una región diferente de Colombia) no conocía nada de Pereira ni de sus alrededores, y los compañeritos me fastidiaban hablando de cosas que yo no sabía. Cuando se presentaba un problema ellos me amenazaban con sus "hermanos mayores" mientras que yo como mayor de la casa no tenía con quién amenazarlos. Todo esto hizo que mis primeros años en el colegio fueran un poco difíciles.

Sin embargo en Pereira conocí también mis primeros amigos, la mayor parte de los cuales iban a durar toda la vida. Uno de ellos fue César Vallejo, cuyo hermano sería más tarde alcalde de Pereira y después Ministro de Agricultura. César llegó a ser Minis-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

tro de Desarrollo Económico de Colombia y muchos años después Rector de una Universidad de Manizales. Poco después conocí a Manuel Arbeláez (un verdadero "filósofo de la vida"), Mamfred Stoher, Alberto Rahal, Hernando Sabogal y Alberto Molina (que tuvo una vida trágica), todos y cada uno de ellos, amigos que perduraron casi toda la vida.

Uno de los primeros descubrimientos de mi vida de colegio se relacionó con el "origen" de los niños. A eso de los ocho años ya sabía que los niños no provenían del cielo ni de París, sino del vientre de la madre, gracias a una sustancia misteriosa que el padre colocaba en el interior de su esposa, y de ahí surgía como en terreno abonado, un nuevo ser. El problema fue que no entendí muy bien el proceso, que me enseñó a medias uno de mis compañeros de escuela mucho mayor que yo. En principio creí que las mujeres, lo mismo que las aves, ponían huevos y de allí salían los niños. Más tarde cambié de creencia pero demoré varios años en entender bien el proceso.

Como consideraba que mis padres me mentían abiertamente, decían que los regalos de Navidad procedían del "niño Dios" y que a los bebés los traía la "Virgen", cuando la realidad era muy diferente, empecé a desconfiar de ellos. Mis padres eran unos "aparentadores" que buscaban engañarme y mostrarme un mundo falso. No podía confiar en ellos, no podía creer en sus explicaciones. Tenía que encontrar por mí mismo la verdad que se ocultaba detrás de sus enseñanzas.

Hacia los siete años, recién llegado a Pereira, comencé a masturbarme, porque me enseñaron a hacerlo. Nunca me dejé dominar por ese hábito, pero lo hacía con cierta frecuencia. Esto me producía sentimientos de culpa, creía que iba a condenarme en el infierno, hacía confesiones generales que llevaban al sacerdote a sonreír (un niño de 8 o 9 años haciendo una confesión general de sus pecados era un espectáculo un poco extraño para el sacerdote...) y quería dejar el hábito pero me parecía gratificante aunque estaba seguro de que era un pecado, tal vez venial, no estaba muy seguro.

Mi padre hablaba muy poco con nosotros de asuntos personales, vivía demasiado ocupado en sus negocios para hacerlo. Casi nunca salíamos de paseo, y cuando lo hacíamos se producían fricciones familiares. Se me exigía que fuera un "niño grande", que diera "ejemplo" a mis hermanos menores, y que me portara siempre a la altura de las circunstancias. Yo era sólo un niño de 8 años, con grandes deseos de jugar y tenía que comportarme como un adulto serio y organizado. Había presiones por parte de mis padres, de mis hermanos, de mis compañeros de colegio. Era difícil satisfacer a todos y me sentía muy mal al no lograrlo.

Todo esto hizo que mi infancia fuera bastante variopinta, triste, alegre, variada, con excelentes conversaciones con mis amigos de colegio, con risas, reflexiones profundas, alegrías… Recuerdo los paseos solitarios que daba por las tardes. Los libros de cuentos, que leía por montones. Las conversaciones con mis amigos, sobre temas dramáticamente serios...

Yo siempre he amado entrañablemente la naturaleza. Los paseos a pie por los campos de los alrededores han sido un descanso, una excusa para reflexionar y una ocasión para sentirme feliz. Un día compré un cuento de Tarzán, y todo lo que leí allí me fascinó. Compré muchos más cuentos, y más tarde los libros de E. R. Burroughs sobre Tarzán. Era una serie de 16 volúmenes, que devoré de principio a fin. Aprendí muchas cosas sobre África, y la vida y el comportamiento de los animales. Puedo decir que mi amor por los animales surgió de estas fuentes tempranas.

Para escapar de ese ambiente me refugié en los libros, y me rodeé de un pequeño círculo de amigos cercanos, uno de ellos fue Jorge Molina, un jovencito inteligente y serio, un año mayor que yo, que murió cuando yo estaba entrando a la adolescencia. Fuimos grandes amigos, y él me guió en numerosas facetas de la vida. Su amor por las ciencias físicas, especialmente por la química, se me contagió de inmediato. Hacíamos modestos experimentos, fabricábamos explosivos y una vez tratamos de construir una máquina voladora que nunca voló; con un pesado cajón de una máquina de coser de mi madre, fabricamos una especie de avión que intentamos

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

levantar del suelo, sin ningún éxito. Recuerdo la innumerable cantidad de horas que pasamos Jorge y yo trabajando en la máquina voladora ¡que nunca se levantó ni un centímetro del piso!

Jorge y yo teníamos una cosa en común, habíamos nacido en Julio. Mi tía Mina, que se había quedado en Bucaramanga, también había nacido en ese mes. Otras personas que vinieron más tarde a simpatizarme y a ser mis amigos eran del mismo mes. ¿Tendría la fecha de nacimiento algo que ver con el carácter de la gente? Lo creí muy pronto, y me fabriqué una "tipología" muy simple, basada en la fecha de nacimiento de la gente. Más tarde leí horóscopos, libros de astrología y divulgaciones de las caracterologías de moda en la época. De esta forma organicé un esquema cognoscitivo para mi propio uso, una especie de "teoría de la personalidad" dentro de la cual encajaba a todo el mundo. Lo comenté con mi madre, y ella me dijo que en Psicología había muchas teorías, y que se podía clasificar a las personas en categorías según los temperamentos. Leí en una revista que había temperamentos bilioso, sanguíneo, melancólico y flemático. Yo era melancólico, claro está; mi padre era bilioso y mi madre sanguínea, según dicha clasificación. Jorge nunca entendió esto muy bien, pero me acompañó amablemente en mis incursiones por la astrología y por la psicología popular.

Además de hablar con Jorge sobre astrología y química y de tratar de fabricar aparatos voladores, leía muchísimos cuentos ilustrados. Cuentos propios y ajenos, cuentos de aventuras, de viajes, de dibujos animados. Nunca me gustaron las novelas de amor (bastante cursis) y sólo en cierto grado las de detectives. Las de amor me parecían ridículas. Las de detectives eran un reto a la inteligencia, y algunas me gustaban.

Por leer centenares de cuentos de toda índole, descuidaba los estudios, en realidad en algunos casos no me importaban. El colegio era malo, o al menos eso creía yo entonces. Pensaba que los profesores no sabían nada de nada, y a veces yo estaba más enterado que ellos de muchos asuntos. De los estudios de primaria me gustaron la geografía y las ciencias naturales; lo demás me importó muy poco.

Como extraño que me sentía en Pereira, creía que Bucaramanga era una belleza y una especie de jardín de paz. Cuando estuve de visita no encontré a mis amigos de los primeros años de infancia, y sólo vi a unos cuantos primos muy amistosos y amables. Santander era un departamento pobre, lleno de erosión, con innumerables problemas. No era una "tierra prometida" ni mucho menos. Mina, mi tía, sí era una persona adorable, y ella justificó el viaje a Bucaramanga. Lo demás me decepcionó mucho. Era preciso adaptarme a Pereira, porque no había regreso posible. Yo siempre he creído que uno nunca puede volver atrás, y este es uno de los problemas existenciales más serios del hombre moderno.

Jorge estaba más adelantado que yo en todo, era mayor, y empezó a leer libros "serios" antes que yo. Le encantaban además los cuentos de brujas, en los cuales abundaban los vampiros, Drácula, los muertos vivos, las almas descarnadas y las visiones de ultratumba. De allí pasó a libros de historia y de viajes, mientras que yo seguía en los cuentos de brujas y de Tarzán. Yo aprendía poesías de memoria con gran facilidad, y estudiaba las asignaturas escolares lo menos posible, sólo lo estrictamente necesario para no perder ninguna.

Los profesores del colegio hacían todo lo posible para impedirme leer libros y cuentos. Mis compañeros también se burlaban un poco de mí, pero cada día lo hacían menos. Las cosas que yo sabía a través de la lectura desordenada de centenares de cuentos y de libros, me daban cierto estatus en la clase; yo podía hablar de cosas tremendamente interesantes, que mis compañeros no habían siquiera oído mencionar. Esto me llevó a sentirme importante, y claro está, reforzó mi interés por la lectura. Me convertí en una especie de muchacho "sabio" al que los compañeros admiraban y respetaban, aunque no entendieran muy bien.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

3. *Adolescencia*

Mis compañeros se iban haciendo hombres, cambiaban de voz, empezaban a mostrar trazas de bigote, y hablaban mucho de mujeres. Yo era un niño grande, que no hacía más que leer cuentos en los recreos del colegio, o comentar con mis amigos sobre historias fantásticas y fascinantes, de brujas y vampiros.

A los 11 y medio años entré al bachillerato (hoy sería 6º grado de colegio), y este cambio me hizo sentirme mejor. Aumenté el número de amigos que realmente apreciaba. Uno de ellos fue Alberto Rahal, cuyo principal atractivo residía en haber viajado mucho, por Europa y el Medio Oriente en compañía de su familia. Parecía ser un muchacho inteligente, que sabía de todo, inclusive lenguas extranjeras, y hablaba con soltura de los temas más fascinantes del mundo. Me hice amigo suyo, y en su compañía pasaba muchas horas cada día, y esto se prolongó durante todos los años del bachillerato. Alberto empezó varias carreras, y finalmente estudió Psicología en la Universidad Nacional de Colombia. Lo volví a ver muchas décadas después y seguía siendo una persona muy creativa, bien informada de todos los temas culturales y literarios, al igual que un gran viajero.

El primer año de bachillerato (6º grado), fue decisivo para mí. Conocí las obras de Julio Verne, gracias a un profesor muy inteligente y liberal en sus conceptos. Leí *20 000 leguas de viaje submarino*, el cual recuerdo con cariño. Me gustaron las aventuras del capitán Nemo y su submarino fantástico. Leí también 2 *000 leguas por debajo de la América*, y me agradó que el héroe terminara la vida loco y sin el tesoro de los Incas.

Tratando de seguir las ideas de *La isla misteriosa*, una de las novelas de Julio Verne que más me gustó, y algunas otras de sus obras, escribí mi primer libro, que titulé *El tesoro del castillo*. Tenía entonces 13 años. Se trata de una obra de aventuras, que se desarrolla en una isla desierta y lejana, a donde llegan los personajes tras perderse en una tormenta. En ella abundan las luchas a cañonazos

con piratas, los amores que quieren ser eternos, las aventuras al estilo del siglo XVIII, y finalmente el regreso, la búsqueda de la perfección y el premio a los esfuerzos de los héroes.

El tesoro del castillo, escrito a los 13 años, me permitió sentir las delicias de ser escritor. No mostré mi libro a nadie, pero me creía muy creativo e importante. Pensaba que se trataba de una obra excelente, que me iría a dar fama y me haría pasar a la historia. En realidad era una novelita simple y elemental, sin ningún valor literario, que destruí varios años más tarde.

Simultáneamente con la labor de escribir mi primer libro, leí *Hace falta un muchacho*, de Cuyás (1950), un escritor moralista. El libro era una exhortación al trabajo y al orden; proponía una serie de normas de conducta bastante rígidas, relacionadas con la utilización adecuada del tiempo, con el método en todas las cosas de la vida y con las metas del comportamiento. Me generó gran impacto. Como el libro no se conseguía en Pereira (me lo había prestado mi amigo César Vallejo) decidí copiarlo, de pasta a pasta. Me levantaba temprano, copiaba unas cuantas páginas antes del desayuno, iba al colegio, y al volver seguía en el mismo trabajo. Por fortuna antes de ir muy lejos lo encontré por casualidad en una librería de Pereira, y mi padre me dio el dinero para comprarlo; ¡recuerdo su cara de sorpresa cuando le dije que estaba copiando completamente el libro!

En esos días aprendí de memoria una poesía enormemente larga, "Anarkos" de Guillermo Valencia (1873-1943). La poesía tenía serias implicaciones sociales, mostraba la miseria humana en todos sus aspectos, y proponía como solución la revolución mundial. "Anarkos" deriva su nombre de la palabra "anarquía" y esta idea me fascinó durante años. Además aprendí muchas otras poesías, compré libros de Valencia y traté de memorizar todas sus obras. Decidí también leer todo lo que Julio Verne había escrito, y me senté metódicamente a devorar cada uno de sus libros; alcancé a leer treinta de ellos, cuando me enteré de que su producción sobrepasaba el centenar de libros; entretanto mi afición por Julio Verne había disminuido de modo que "solamente" leí treinta de sus libros...

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Hacia los 13 años aproximadamente, comencé a escribir poemas. Los primeros llevan nombres extraños "A Aníbal", "A Roma", "A los Inventores", "Lo que no es la Cruz". Escribí durante todo el bachillerato, especialmente durante los primeros años. Mis dos últimas poesías se titulan "Despedida a América" y "¿Existe Dios?". Estas las escribí en 5º y 6º de bachillerato, al final de la escuela secundaria.

Escribí muchas, muchísimas poesías. A la vida, a las mujeres, al dolor, a los personajes más importantes de la historia. Eran poemas profundos, en un estilo clásico, con rima en el sentido más tradicional de la palabra. Muchos eran sencillos y sin mayor mérito; otros podían tal vez valer algo. No los mostraba sino a mis amigos cercanos, los cuales las comentaban y criticaban. Ellos eran un excelente grupo de apoyo y también unos críticos certeros y despiadados.

Las clases del colegio eran en algunos casos tremendamente aburridoras y no hacían más que quitarme tiempo. Leía a Julio Verne y escribía poesías, de modo que no me quedaba mucho tiempo ni energías para estudiar los cursos del colegio. Las asignaturas que me interesaban (de ciencias naturales, filosofía, geografía, literatura, historia) las estudiaba en las vacaciones, antes de empezar el año escolar; compraba los libros y los leía por mi cuenta, con el fin de formularle preguntas impertinentes al profesor y hacerlo quedar mal delante de toda la clase. Esto lo hacía especialmente con los libros de historia y de literatura. Recuerdo la finca de mi familia en la cual pasábamos vacaciones, lejos de todo el mundo, dedicado a leer libros y a escribir poemas.

Mis padres me regalaron *El Tesoro de la Juventud* cuando cumplí 12 años. Se trataba de una enciclopedia juvenil, con secciones importantes de ciencia y de viajes. Leí en orden los 20 tomos uno tras otro, página tras página sin saltarme ninguna. Esto me ocupó varios años, y me permitió adquirir una cultura general muy amplia que usaba para satisfacer mi sed de conocimientos.

Una de las secciones del *Tesoro de la Juventud*, presentaba una lista y resumen de los principales libros de toda la historia de la humanidad. En esta forma conocí a Homero, Dante, Virgilio, Du-

mas, Víctor Hugo, Monzoni, Shakespeare, Lamartine, Cervantes y muchos otros autores. De modo que me dediqué a buscar en la biblioteca de la ciudad estos libros, y en muchos casos a comprar los que se encontraban en las librerías.

Yo sabía la forma como se escribían los nombres de los autores, pero nunca los había pronunciado. Una vez busqué *La Tempestad* de Shakespeare, y pronuncié el nombre del autor tal como se escribía, lo cual produjo una sonora carcajada del librero. Lo mismo me ocurrió con Freud, cuya pronunciación correcta la aprendí de un anciano que estaba en ese momento en la librería y me corrigió severamente cuando pregunté por un libro de "Freud" en lugar de "Froid". Esto demuestra que leía libros pero no los comentaba con nadie. No tenía muchas personas con quienes hablar de libros ni cosas parecidas. Iba formando una biblioteca, sin ningún orden, de libros que leía de pasta a pasta, y que resumía en cuadernos escolares.

El segundo libro que escribí fue una obra científica, de astronomía. En esos días la ciencia que más me atrajo fue la astronomía. Había llegado a ella por el camino de la astrología, pero entendí muy pronto que eran dos disciplinas muy distintas, con objetivos y fundamentos muy diferentes. Preferí la astronomía, que me parecía más seria y objetiva. En mis lecturas desordenadas, anotaba todo lo relacionado con la astronomía, y mi necesidad de lo absoluto me llevó a valorar tremendamente la astronomía. Pensé seriamente en convertirme en astrónomo, en dedicarle la vida a esa ciencia, aunque sabía con certeza que no existía esta carrera en Colombia.

Como no había un buen libro de astronomía en las librerías de Pereira, decidí escribirlo yo mismo. Compré un cuaderno, lo abrí en la primera página, puse como título "Mercurio" y a continuación escribí tres páginas en las cuales resumía todo lo que yo sabía sobre Mercurio y además le añadí muchas ideas propias de mis fantasías y teorías. Luego pasé a Venus y, sucesivamente, al resto de planetas, al sol, a la Vía Láctea, a varias constelaciones, etc. Mi obra de astronomía creció y creció, y me sentí tremendamente orgulloso de ella. Decidí titularla simplemente *Astronomía*, y

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

quise que fuera un tratado extensísimo y profundo, de unas 2 000 páginas, en las cuales se resumiera todo lo que el hombre sabía de astronomía, comenzando por los egipcios y llegando a la época contemporánea. Era un libro absolutista y coherente, integrado a mi manera. En varios capítulos de carácter futurista escribí que los hombres pronto irían a la luna (escribía esto en 1955 a los 13 años) y que más tarde irían a Marte.

Uno de mis amigos tenía un telescopio, y comencé a ir a su casa a observar las estrellas y los planetas. Recuerdo mi sorpresa al ver los satélites de Júpiter, tan bien alineados al lado del planeta, las manchas del sol y los problemas enormes para localizar varios astros con ayuda de un mapa estelar, en inglés. Fue una odisea por los espacios siderales, que constituyó casi una experiencia mística para mí.

Mi *Astronomía* nunca se terminó de escribir. Faltaban fuentes bibliográficas. Los libros que tenía daban informaciones contradictorias sobre aspectos tan básicos como el número de satélites que poseen los planetas del sistema solar. De modo que me llené de información contradictoria que me asustó un poco, y decidí dejar de lado el libro hasta saber más sobre el tema. Años después destruí mi *Astronomía* y nunca más intenté escribir sobre el tema.

Continuaba leyendo libros, discutiendo con mis amigos y sintiéndome unas veces desgraciado, y otras, tremendamente feliz. Era un adolescente introvertido pero con excelentes amigos, con gran interés por la religión y por la ciencia, que leía libros de astronomía y novelas, iba a misa todos los días, comulgaba y estaba tratando de reorganizar mis ideas acerca de Dios, el alma, y el sentido de la vida sobre la tierra. No iba a paseos, practicaba pocos deportes, era un conversador neto y un ávido lector, sin ningún orden. En un libro leí una frase que me causó gran impacto: "Nunca lleves una cualidad hasta el extremo de convertirse en defecto; quita intensidad a los defectos y tendrás cualidades". Mi amor por los libros y por la ciencia era seguramente una cualidad que se había convertido en defecto.

4. Religión y ciencia

Desde pequeño fui un niño sumamente religioso. Me preocupaba por el bien y el mal, por las causas de mi comportamiento, por el origen del mundo, por el sentido de la vida, hacía mucha introspección y pesaba una y otra vez las implicaciones éticas de mis actos.

Más tarde iba a misa todos los días, comulgaba casi todos y me confesaba tan pronto como cometía algún "pecado". No veía ninguna incompatibilidad entre leer libros variados y comulgar casi todos los días. Muchos de esos libros trataban temas "no ortodoxos" y estaban en el Índice de Libros Prohibidos por la Iglesia. En el Colegio La Salle de Pereira, una institución religiosa en una ciudad sumamente católica, en el decenio de 1950, estas lecturas se miraban con gran desconfianza.

Necesitaba lo absoluto, la sabiduría, llegar a Dios, darle un sentido a mi existencia. Necesitaba cosas que no pasaran, que no se pudieran perder. Pensaba que la solución era la religión, y por lo tanto una vida monástica parecía el camino apropiado para mí. Quise ser misionero, ir por el mundo llevando el mensaje de paz y de amor a todos los hombres. Hablé con un sacerdote franciscano, y lo convencí de mi vocación de misionero franciscano. Al mismo tiempo quería escapar de mi casa, de las presiones, de los problemas causados por la rigidez de mi padre. De modo que irme a un seminario parecía ser la solución a todos mis problemas, tanto los fundamentales (la nostalgia de lo absoluto), como los temporales.

Sin embargo, nunca entré al seminario. Mi padre consideró que debía terminar antes la escuela secundaria, para que tomara una decisión madura. El sacerdote franciscano estuvo de acuerdo con él. De modo que me quedé en mi casa lleno de amargura, con el acuerdo tácito de entrar al seminario tan pronto terminara bachillerato. Durante los años que faltaban iría a cambiar radicalmente mi marco conceptual, a descartar todas las nociones religiosas, y a considerar absurdos los dogmas del catolicismo.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

De haber entrado al seminario no habría permanecido mucho tiempo allí. Es claro que la decisión de dedicar mi vida a proseguir metas absolutas, que no se pudieran perder, fue algo que perduró. Mi fe religiosa se acentuó con la imposibilidad de irme al seminario, pensé en escaparme de la casa, hice planes... Hasta que lentamente todo el edificio de mis creencias religiosas comenzó a corroerse y a derrumbarse.

Cada vez leía más libros de ciencia. La biología reemplazó a la astronomía como centro de mi interés. Leí a Darwin, estudié obras de genética, especialmente un modesto tratado, *Nociones de Genética General*, de González (1949) que me fascinó. Me encontré también con la *Psicología Experimental* de Piéron (1955) recién traducida al español. Estas obras de ciencia las estudiaba casi con fervor religioso y reflexionaba en las implicaciones que tenían tales libros.

La crisis surgió con el darwinismo, y la oposición a esta teoría por parte de los profesores del colegio. La evolución se consideraba como opuesta al dogma católico, y en el colegio se la atacaba con furia. El que fuera darwinista no podía ser católico, y las obras sobre evolución eran lectura prohibida. Por esta razón me dediqué en cuerpo y alma a estudiar a Darwin, para refutar a mis profesores y tratar de encontrar por mí mismo la verdad sobre el asunto. Leí *El Origen de las Especies* y *El Origen del Hombre*, dos obras gigantescas y muy difíciles de digerir; me habría servido mucho más estudiar una síntesis de la teoría de la evolución escrita por un autor que no fuera Darwin, que leer sus obras originales; pero en todo caso mi necesidad de hacer las cosas "a fondo" y en serio, me llevó a leer los libros originales del mismo Darwin.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que no era posible conciliar cristianismo y darwinismo. El hombre había sido creado por Dios a su imagen y semejanza, o era un mono evolucionado: no había solución intermedia. Descendíamos de Adán y Eva o de los simios, era imposible conciliar ambas cosas. ¿Éramos ángeles degenerados o monos evolucionados? Con mi gran necesidad de lo absoluto, hubiera preferido que hubiéramos sido ángeles. Pero la realidad parecía ser otra, y en el fondo las verdades duras y fuertes

de la ciencia me encantaban. Éramos monos que habíamos bajado de los árboles y habíamos perdido la cola de tanto sentarnos. Nuestra inteligencia apenas comenzaba a utilizarse, y el hombre del futuro tendría seguramente una gran cabeza y brazos delgados, sería todo cerebro e inteligencia. Llegaríamos a ser Einsteins y Plancks todos los seres humanos, a descifrar las incógnitas de la naturaleza y a utilizarlas para lograr una vida mejor sobre la tierra; en esta forma, lentamente, nos iríamos convirtiendo en ángeles.

¿Tuvo ombligo Adán? Pensaba que sí, porque tuvo madre, que sería un intermedio entre los monos y los hombres. Más tarde leí cosas extrañas y fascinantes: los hombres no descendemos de los monos, sino que somos primos de ellos, descendientes de un antecesor común. Cuando el hombre surge lo hace en grupo, no individualmente, de modo que "Adán" es un nombre genérico para un grupo de pre-homínidos que se convirtieron en hombres gracias a las leyes de la evolución; Adán nunca existió, sino que fue una colectividad...

Estas ideas me maravillaban, me quitaban el sueño, casi me hacían llorar de asombro y maravilla. Se las explicaba a mis amigos, sobre todo a Mamfred Stoher, que había leído mucho sobre ciencia. Cuando traté de explicársela a un profesor del colegio, la reacción fue tremendamente negativa y me callé definitivamente.

¿Y Dios dónde quedaba? ¡Uno era cristiano o darwinista, ambas cosas no se podían ser! Yo quería ser cristiano. Me parecían lógicas las explicaciones de un mundo ordenado, con un Patriarca de barbas blancas en el extremo de la jerarquía. Pero entonces el hombre ¿cómo había empezado? Y si Dios existía ¿a qué se debían las injusticias del mundo? No parecía que Dios se preocupara demasiado por un mundo en el cual los niños se morían de hambre, las gentes se mataban por causas estúpidas, los hombres pecaban y se confesaban para poder volver a pecar. Dios debería estar muy ocupado y no pensaba mucho en nosotros.

Por lo demás, si yo le doy un revólver a un niño, y me encuentro que le disparó y asesinó a otra persona, ¿a quién se debe culpar, al niño o a mí que le di el revólver? Dios nos había conce-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

dido nuestras facultades, nos había dotado de razón para pensar y dudar, y ahora nos castigaba por utilizar dicha razón y por dudar. Nos había dado una sexualidad que pujaba por expresarse y cuando se expresaba quería enviarnos eternamente al infierno por hacer uso de la sexualidad.

Todo eso era absurdo, muy absurdo. Dios estaba muy lejos y era demasiado importante para que nosotros, simples mortales, lo pudiéramos ofender. Si un ignorante me insulta y me dice improperios, realmente yo no tengo razón para ofenderme. Si el hombre usa los poderes que Dios le dio, la razón, la capacidad de dudar, la sexualidad, es ridículo que Dios se ofenda hasta el punto de condenarlo por toda la eternidad. ¡Un Dios como aquél en el cual yo creía en esa época, no podía ofenderse por tonterías como la masturbación o las conversaciones irreverentes acerca de los sacerdotes! Mucho menos se ofendería si nosotros discutíamos noches enteras acerca de los misterios de la evolución...

La solución fue, como en los casos anteriores, poner mis ideas por escrito. No decidí escribir un libro, como hice con mis ideas sobre astronomía, pero sí un artículo de periódico. Mi trabajo "¿Cristianismo o Darwinismo?" salió publicado en el periódico del colegio. Era un trabajo concienzudo y relativamente profundo, que me había costado muchos esfuerzos, y que pensé mucho tiempo antes de decidirme a publicarlo. Decía en esencia que los monos habían evolucionado hasta cierto punto, y luego Dios les había infundido el alma; esta era obra de Dios, una especie de semilla que se depositaba sobre un terreno preparado por los principios de la evolución. El artículo era muy original y osado, en mi opinión. Fue excelentemente recibido, tanto por profesores como por compañeros. Todos lo leyeron y me lo comentaron, aunque firmé con las iniciales de un seudónimo (D. A.); no fue ningún secreto que yo era el autor, y el trabajo se divulgó mucho.

Más tarde eliminé al alma y a Dios de mi explicación del mundo. La evolución produjo todo, Dios no hizo nada. Quedó relegado a un segundo plano, a una especie de "*Topos Uranus*", desde el cual tomaba las grandes decisiones sobre el universo, sin preocu-

parse demasiado por los hombres. Uno podía leer lo que quisiera, o hacer lo que quisiera. Dios no tenía prácticamente ningún papel que jugar en los asuntos humanos.

La evolución hizo mucho para que yo me alejara definitivamente de la religión. También contribuyeron mis lecturas de Nietzsche, especialmente *Así hablaba Zaratrustra*, y de los enciclopedistas franceses, sobre todo Diderot. Voltaire, aunque me agradó, me parecía demasiado burlón y superficial para mi gusto.

Esta época, de los 13 a los 15 años, fue muy amarga y difícil para mí. Lo más grave era el derrumbe de la religión. Dios había muerto para siempre, como decía Nietzsche. Yo estaba solo en un mundo absurdo, en el cual nada era verdad y todo estaba permitido. El hombre era un mono evolucionado que estaba luchando por encontrar su camino. Yo no tenía una mujer que me amara, ni un amigo de confianza, ni padres a los cuales contarles mis terribles angustias existenciales.

Leí a Ramón Cajal, sus *Obras literarias completas* también de principio a fin, haciendo resúmenes de cada obra sin saltarme un solo libro ni una sola página. Una de las obras del famoso premio Nobel de Fisiología y Medicina fue *El hombre natural y el hombre artificial*; el primero era aquél que había crecido libre y espontáneo, sin religión, mientras que, el hombre artificial, era el que tenía categorías mágicas y religiosas para explicarse el universo. Varios meses antes yo había comenzado a llevar un diario, (8 de junio de 1957) que guardaba celosamente de mis hermanos y amigos. En dicho diario escribí que desde ese momento (14 de enero de 1958), dejaba de ser un hombre artificial para convertirme en un hombre natural. Descartaba para siempre la religión de mi vida. La naturaleza y no Dios tenía que contestar todas mis preguntas. Tenía entonces 15 años y medio. Nunca más volví a creer en los dogmas de la religión.

De Ramón Cajal me gustaron muchos escritos, entre ellos *El mundo visto a los 80 años*, que fue mi primer contacto con el universo de los ancianos. Mucho tiempo después iniciaría en Colombia las investigaciones sobre psicología gerontológica, un área que nunca antes se había explorado en el país. Me gustaron también

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

sus ideas sobre la ciencia y sobre los países, como España y muchos otros, que según él no producían científicos, por cualquier razón que fuera.

La vida de Cajal me atrajo mucho. Se parecía mucho a la mía, en cuanto a planes, problemas y filosofía de la vida. Quise imitar a Cajal, ser un gran científico que trabajara en investigaciones básicas de neurología y llegara muy lejos.

En esas vacaciones vino de visita a Pereira un primo mayor que yo, Benjamín Ardila Duarte, de Bucaramanga , muy interesado en la política y en los problemas del país, y que acababa de terminar bachillerato. Sabía mucho más que yo, especialmente en el área de la filosofía, y congeniamos bastante. Más tarde hizo una carrera en política, de grandes alcances en el país. Con Benjamín discutí sobre Nietzsche, sobre el problema de Dios y un poco sobre ciencia (área esta última acerca de la cual él no sabía nada). Yo le hablé de átomos y moléculas y de la estructura de la materia. Él me habló de los problemas de la política y de los problemas de Colombia.

Más adelante me dediqué a criar conejos en el patio de la casa, como una forma de materializar en algo mi amor por la naturaleza. Tuve muchos conejos, en jaulas que yo mismo construía; madrugaba a conseguirles alimento, regresaba del colegio a limpiar las jaulas, y estaba muy orgulloso de mis animales. Hubo infecciones, problemas con mi familia, altercados con mi padre, pero los conejos seguían. Muchos de ellos fueron a parar a la finca, que sin duda alguna era el sitio más apropiado para tenerlos. Otros se vendieron o se murieron. Criando conejos aprendí muchas cosas acerca de la maduración orgánica, de la reproducción y del comportamiento animal. Cuidaba a los conejos "muy científicamente", y me enorgullecía de ello.

En esos días tuve la suerte de dar con un buen profesor, joven, instruido, hecho a mi medida. Dictaba literatura y ciencias, escribía poemas y estaba a cargo del laboratorio de química. Sintetizaba mi interés por la ciencia y por la literatura, de modo que nos hicimos grandes amigos. Este Hermano Cristiano de la Salle,

me daba ánimos, leía mis escritos con gran interés y tenía mucha fe en mí. Fue una de las personas que más me entusiasmó y me insistió en que continuara dedicado tanto a la ciencia (concretamente a la biología) como a la literatura. No pensaba que Dios y la ciencia fueran incompatibles, como creía yo, pero no hizo nada para convertirme de nuevo a la religión que había abandonado poco antes.

Jorge Molina murió en esos días de cáncer, después de una penosa enfermedad. Su muerte me impactó mucho, lloré en forma inconsolable, me sentí destruido, me di cuenta de cómo lo había apreciado y cómo lo necesitaba. Se marchaba el amigo que me había guiado en la época más difícil de mi vida. En ese momento las cosas eran ya diferentes, yo tenía un sitio en el mundo, gran confianza en mis propias capacidades y cierto eco a mi alrededor. Pero muchas cosas se las comentaba a Jorge, y cuando él murió me sentí perdido. Me hice amigo de Alberto, hermano suyo, mayor que Jorge. Alberto leía mucho, sobre muchos temas, tanto de literatura, como de magia y de ciencia.

Con Alberto Molina caminamos muchas horas por las calles de Pereira. Hablamos de cosas misteriosas, de ectoplasma, de mesas danzantes, de todos los misterios del universo. Revivieron mis años infantiles en los cuales leía cuentos de brujas y creía a pie juntilla todo lo que decían. Él hablaba con gran convencimiento, con una fe realmente envidiable y tenía un magnífico don de gentes. Fue una inteligencia perdida, que nunca tuvo un ambiente estimulante y se extinguió en medio de conversaciones sin sustancias, y más tarde de problemas judiciales. Tuvo un final absurdo que yo nunca habría esperado.

Por las noches, salíamos a caminar y a cambiar ideas sobre todos los temas imaginables. Alberto tenía una respuesta para todas mis preguntas. Yo prefería explicaciones de tipo naturalista, de aquellas que leía en Cajal, mientras que él hablaba con gran convicción de un mundo sin leyes de causalidad y en cambio con procesos de sincronicidad, en el cual el tiempo y el espacio se mezclaban y la mente humana podía controlarlos y manejarlos.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

En el colegio había un "Centro Cultural" en el cual se presentaban trabajos de ciencia y se exponían teorías. Yo fui un miembro muy activo, de la junta directiva. Hablaba casi siempre de mi tema preferido: la evolución de los organismos. Una vez presenté el principio de Haeckel, de la ontogénesis que supuestamente repite la filogénesis; el embrión pasaría por todos los estadios evolutivos, según Haeckel, hasta llegar al estadio de los primates y al hombre. Uno de los asistentes, con un gesto de preocupación e incredulidad me dijo que no creía esa teoría, porque si una mujer daba a luz un hijo prematuro no resultaba ser una vaca o un mono... Preguntas como estas me llevaban a sentir una profunda decepción, y a creer que en mi pueblo yo era el único capaz de entender la evolución.

Escribí un tercer libro, otra novela, sin mayores méritos literarios, sobre el amor y la soledad. El héroe era un hombre como yo, que amaba la ciencia y las ideas y al cual nadie entendía. El problema central era su amor por una bella niña que no respondía a sus solicitudes amorosas. En la realidad (en mi vida personal) la niña se llamaba Gloria, y era una vecina mía, compañera de colegio de mi hermana, a la cual yo amaba en silencio. Gloria fue para mí el símbolo de la belleza y de la feminidad, le escribí montones de poemas y la amé en silencio varios años. La conclusión de este "amor platónico" fue que Gloria se casó con otro, nunca leyó mis poemas y yo quedé solo y triste, dedicado a escribir una novela que narraba mi historia. Una frase literaria resumía mi caso: "Era la historia triste, desprestigiada y cierta, de una mujer hermosa, idolatrada y muerta". Gloria no estaba muerta, pero se había casado con otro. ¡No fue su culpa, porque al fin de cuentas yo hice muy poco para demostrarle mi amor!

Alrededor de los 15 años decidí escribir mi autobiografía. Puede sonar raro que un muchacho de 15 años se tome la molestia de narrar su vida, pero yo lo hice. Escribí unas 50 páginas, en las cuales describía mis problemas familiares, mi amor por Gloria, mi desarrollo intelectual, mis fracasos y mis planes. Me consideraba un joven que conocía facetas del universo que nadie más conocía en mi colegio, que unía en un mismo marco de referencia el ocultismo y la evolución, que escribía poemas de amor y libros de astronomía... Un hombre al cual nadie había entendido nunca.

El esbozo autobiográfico va de 1942 a 1957, y abarca los primeros 15 años de mi vida. Termina así, después de haberle dado vueltas y más vueltas a las causas de mis actos y a mis planes para el futuro:

"No anhelaba la gloria pero sí la felicidad. Me consideraba distinto a los demás hombres; y con miles de planes y de sueños, de ilusiones y de amores, me encontró el nuevo año de 1958. Lo esperaba y ya era un hombre capaz de comprender la vida y sus misterios; los días de mi infancia y pubertad habían muerto para siempre". Esta autobiografía no se la di a leer a nadie. Lo mismo ocurrió con otra que escribí décadas más tarde, y que terminó también en el cesto de basura, como es lógico. Éste era el lugar apropiado para esos escritos.

5. A la deriva

"Dios no existe, nada es verdad, todo está permitido...". Creo que las ideas de Nietzsche me hicieron mucho impacto y me llevaron a reflexionar profundamente sobre el sentido de la vida. La nostalgia de Dios, de la cual tanto me había quejado antes, se hizo ahora mucho más clara y mucho más punzante. El anciano de barbas blancas que habitaba en el extremo de la escala de Jacob y me decía lo que debía hacer, se alejó para siempre de mi vida; primero se despersonalizó, se volvió una fuerza imposible de alcanzar; y luego simplemente se extinguió.

Yo quería haber podido decir, como el Ivan Karamazov, de Dostoiewski : "Si el mal existe, Dios también existe, y yo estaba equivocado". Era preciso que el mundo volviera a tener sentido, a poseer orden y lógica. Pero la razón no llegaba muy lejos, aunque era lo único que yo tenía: "Vas por un camino oscuro, y tienes una

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

lucecita muy pequeña para guiarte; llega un hombre y te dice, amigo apaga la luz para que puedas encontrar el camino; ese hombre es el teólogo". La anterior frase de Diderot me daba fuerzas y me animaba a seguir buscando. Había un camino, tal vez existía el Dios de los enciclopedistas franceses, tal vez existía el Dios de Spinoza, tal vez no todo estaba perdido. Era un Dios inaccesible e insobornable, al cual no se le podía rezar para que nos perdonara. Un Dios al que no le importaba que yo no fuera más a misa y que leyera los libros que estaban en el Índice de obras prohibidas por la Iglesia Católica. Era un Dios abstracto, una conciencia pura, un principio lógico, principio y fin del universo. "En el principio era el verbo, y el verbo era Dios y el verbo estaba en Dios... Vino un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan; él no era la luz sino enviado para dar testimonio de la luz...".

Todas las elucubraciones de mis 16 años terminaban siempre en la nada; en el vacío y en la oscuridad. Leía a Nietzsche, sus libros fáciles y sus obras difíciles. Leí a Schopenhauer, cuya amargura y pesimismo encajaban perfectamente con el desconcierto en que yo vivía, y con el absurdo del mundo; era posible que el mundo fuera "voluntad y representación", como Schopenhauer creía. Leí la biografía de Nietzsche, y su orgullo vital y amargado me fascinó. Si los hombres son un rebaño de corderos, que se burlan del superhombre, éste no tiene por qué molestarse. "¿Qué me importarían los nogales de mis dominios si yo fuera príncipe?", leí en Goethe. Y me gustó encontrar en Nietzsche aquello de "El valor de un hombre se mide por la cantidad de soledad que pueda contener".

Nietzsche reemplazó a Darwin como centro de mi interés, de la misma forma como la biología había desplazado antes a la astronomía. Lo estudié en forma sistemática, y leí sus libros con rabia y con odio. Mi interés en su filosofía llegó a extremos realmente absurdos. Yo era un muchacho serio y mal humorado, que no hablaba sino con los tres o cuatro amigos de siempre, que caminaba solo por la ciudad pensando en lo que había leído, y que creía que iba a dar luces sobre los problemas metafísicos que habían agobiado al hombre a lo largo de toda su historia.

Los domingos por la mañana me iba solo al campo a caminar y a pensar. En vez de ir a misa, me marchaba por la campiña a respirar aire puro y a reflexionar acerca de mi futuro y de las cosas que había leído. A veces llevaba un libro y me sentaba en cualquier colina a leer. Así hice con uno de los libros de Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*. Otras veces simplemente me limitaba a recibir sol y aire puro, hacer un poco de ejercicio y ver nuevos horizontes. Este andar por el campo se convirtió en un hábito, creo que bastante sano. Me empezó a gustar hacer ejercicio físico.

Leía mucho, especialmente filosofía y biología. Las novelas estaban un poco archivadas, cada vez me interesaban menos. Pensaba que la filosofía tenía que darme lo que la religión me había negado, un sentido para la vida. Los hombres pasaban a mi lado indiferentes, eran como un mar que se movía de un sitio para otro y regresara al sitio original, en un flujo y reflujo que no tenía sentido. Empecé a pensar que la gente no era mala como creía antes, sino tonta. Hablaba de cosas poco sustanciosas, y cuando yo les planteaba un tema serio se extrañaban muchísimo. Era mejor leer libros que hablar con la gente.

Los libros los resumía y numeraba, con gran orden. No hacía fichas, cosa que aprendí a hacer más tarde. Iba a la Biblioteca Municipal de Pereira, leía lo que encontraba. Compraba todos los libros que podía, los subrayaba y resumía, a veces los comentaba con mis amigos de siempre y otras veces guardaba las cosas para mí mismo.

Las relaciones con mis hermanos eran regulares, no muy buenas. Cuando leí *Los hermanos Karamazov*, de Dostoiewski durante el último año de bachillerato, encontré un increíble parecido entre los tres Karamazov y nosotros tres; Alfredo era Dimitri, Enrique era Aliosha, y yo era Iván. Alfredo, el menor de mis dos hermanos varones, estudió Psicología, obtuvo un doctorado en la Unión Soviética, e hizo una carrera brillante como psicólogo en el área de la neuropsicología. Enrique, dos años menor que yo, estudió Medicina, y su sensibilidad y su don de gentes me recordaron siempre a Aliosha. Además de brillante médico especialista en en-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

docrinología, fue un gran amigo del arte y del periodismo. Yo era Iván Karamazov, claro está, para el cual las cosas tenían que poseer una lógica, era el hombre que buscaba soluciones "cerebrales" a los problemas y que especulaba sobre las causas de los hechos. Todavía creo que la analogía no es completamente errada.

Mi padre seguía trabajando duramente, y se estaba convirtiendo en uno de los hombres más ricos y respetados de la ciudad. Nuestra vida seguía siendo austera; en mi casa contábamos los centavos, ahorrábamos muchísimo y usábamos las cosas hasta que se caían a pedazos; nada se podía desperdiciar, la vida era seria y organizada y era preciso ser austeros como monjes. Yo no disponía de dinero de bolsillo y esto me molestaba muchísimo, dado que era preciso comprar libros y papel para los resúmenes. Vivíamos como pobres. Cada centavo había que cuidarlo con esmero y no se podía desperdiciar en tonterías.

En esos días, ya no tenía conejos en la casa, y mi amor por las ciencias biológicas se satisfacía con las excursiones de vacaciones, en compañía de mis amigos, y con los paseos solitarios de los domingos por la mañana. En esa época hice un experimento sobre partenogénesis en ranas, que creo puede tener cierto valor; me había interesado mucho el problema de los "nacimientos vírgenes", y utilizaba la partenogénesis como principio explicativo de muchos fenómenos biológicos. El experimento residió en recoger una enorme cantidad de huevos de rana de un pequeño río en las afueras de Pereira, y comprobar que no estuvieran fecundados (bastaba con esperar a que nacieran los renacuajos, los que no lo hacían no estaban fecundados); dividí luego los huevos no fecundados en tres grupos, a uno lo puncé con una espina y sangre, a otro simplemente con una espina, y al tercer grupo lo dejé sin ningún tratamiento. Los huevos del primer y segundo grupo nacieron, y los del tercero no; por otra parte todos los renacuajos que nacieron debían ser hembras, según la biología. Esto me demostró que era el tratamiento físico (la punzada) lo que desencadenaba el desarrollo del huevo, no el tratamiento químico (la sangre), ya que ambos grupos de huevos punzados habían nacido. Los controles, claro está, eran muy pobres en este experimento.

Recuerdo mi casa llena de renacuajos, con el beneplácito de mis padres y la sonrisa de mis amigos. Probablemente ese estudio tiene muchas fuentes de error, pero me llenó de satisfacción haberlo hecho.

El libro de Piéron, *Psicología experimental*, al cual me referí antes, me pareció muy difícil de entender cuando lo leí por primera vez, pero también muy importante. Hablaba de cosas profundas, de un área que siempre me había fascinado, la psicología científica. Los innumerables experimentos sobre sensación y percepción tenían su interés pero realmente no me parecieron nada "del otro mundo". Esta psicología experimental no investigaba los grandes problemas de la personalidad, de los tipos psicológicos ni del sentido de la vida del hombre, pero yo sentía que era tremendamente importante. Hablaba de "conducta", término que no entendí muy bien en esa época. Piéron fue uno de los primeros hombres en definir la psicología como la ciencia del comportamiento, incluso un poco antes de Watson. Yo no sabía nada de esto en esos días, claro está.

Leí a Freud, en casa de Mamfred. Su padre tenía una biblioteca muy bien surtida, de libros en alemán, inglés y en grado menor en español. Había obras de viajes, biografías de músicos, muchos trabajos de psicología, y libros de otras ciencias. Este señor alemán fue para mí casi como un segundo padre, sin que él mismo lo supiera; su ejemplo, sus ideas, dejaron una huella indeleble en mi personalidad. Con él hablé mucho tiempo, de muchas cosas, especialmente de libros y de viajes. Su biblioteca era un paraíso. Su casa era un centro de sabiduría, una verdadera Academia Platónica en la cual encontraba respuesta a mis preguntas y satisfacía muchas de mis dudas.

Freud nunca me gustó mucho. Los casos clínicos eran interesantes claro está; sin embargo la importancia que daba a la sexualidad me parecía exagerada, aunque creía que tenía parte de verdad. Leí muchos de sus libros, por ejemplo *Esquema de psicoanálisis* y *Tres ensayos sobre la vida sexual*. Había algo en Freud que me atraía, pero nunca creí que pudiera explicar completamente la mente humana. Nunca fui un freudiano convencido ni siquiera en la escuela secundaria. Mucho menos en la Universidad.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

6. Elección de carrera

Como dije antes, en 1957 escribí por primera vez mis apuntes autobiográficos. Los comencé poco después de cumplir 15 años. Tenía una enorme necesidad de perdurar, de no morirme, de pasar a la historia. Al mismo tiempo era un niño con un gran deseo de conocerse a sí mismo. La autobiografía (lo mismo que mi diario), me sirvió para pensar en mi pasado y en mi futuro, para poner un poco de orden en mis planes y en mi vida.

Fue una autobiografía corta y muy sincera, mostrando todas mis luchas y mis vergüenzas. La guardé cuidadosamente, y creí que nadie la iba a leer sin mi autorización. ¡Cuán equivocado estaba! Mis padres y mis hermanos la encontraron y la leyeron y me hicieron comentarios al respecto. Supieron, finalmente, que yo había sido un niño triste y solitario.

Años después destruí ese primer esbozo de autobiografía, e integré el material a la segunda versión, junto con otros detalles e ideas que fueron surgiendo con el paso de los años. Todo esto terminó en el cesto de la basura.

Ese niño introspectivo quiso primero que todo ser astrónomo y luego biólogo. En la época de terminar escuela secundaria quiso estudiar Psicología. En Pereira no había ningún psicólogo profesional en 1959, y yo no sabía lo que hacían los psicólogos. Pensé como todo el mundo, que se dedicaban a trabajar en forma independiente, en un consultorio particular, como cualquier otro profesional liberal. Imaginé que tendría que estudiar mucha fisiología cerebral y mucho hipnotismo. No tenía idea de que hubiera tanta estadística, ni de que se tratara de encontrar roles profesionales apropiados para esta nueva profesión.

En mi casa querían que yo fuera médico, y yo quería ser psicólogo o escritor. La vida de un novelista, aunque me atrajo con mucha fuerza, me parecía también demasiado carente de estructura, demasiado etérea. ¿Qué hacía un novelista desde que se levantaba hasta que se acostaba?, ¿Escribía libros todo el tiempo? ¡Segura-

mente que no haría esto 8 horas diarias! ¿Cómo se sostenía?, ¿Cómo hacía para que sus libros se vendieran?

En mi casa no apoyaron nunca mi vocación de escritor. A mis padres les parecía una cosa interesante pero etérea, y no creían que fuera el camino más apropiado para su hijo mayor. Yo tenía fama de ser un joven muy inteligente y un buen conversador (cuando quería serlo), era relativamente buen estudiante y creo que nadie tenía quejas serias sobre mí. Pero también me creían un tipo "raro", con ideas extrañas especialmente relacionadas con la evolución y con la religión. Se decía que yo era ateo, cuando en realidad era únicamente agnóstico, consideraba que no se habían encontrado respuestas a todas las preguntas relacionadas con Dios y con el sentido de la vida. Pero me creían raro, excéntrico, con ideas locas y un poco peligrosas. Era un hombre introspectivo, un buen candidato para llegar a ser escritor.

Yo no estaba seguro de mis capacidades, ni sabía muy bien lo que quería hacer en la vida. Sabía que había una meta, pero que existían muchos caminos para alcanzarla. Yo pensaba que iba a ser grande, a ser amado y odiado, a convertirme en una persona cuyas opiniones las tuvieran en cuenta las demás personas. Pero podía ser un gran físico, un gran novelista o un gran político. ¿Cuál camino elegir, para llegar a la meta?

Mis padres insistieron en que yo fuera médico, y finalmente acepté. Pero en el momento de los exámenes de admisión la situación cambió, y de repente decidí presentarme a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia.

Recuerdo que la noche anterior a los exámenes de admisión leí un libro sobre Rafael Núñez, en lugar de estudiar. Pasé los exámenes de admisión y entré a Psicología (1960). Me llamaron la atención muchas cosas en ese campo inexplorado del conocimiento.

Al año siguiente entré a Medicina, porque el nivel académico de la Facultad de Psicología me pareció muy bajo. Yo quería algo diferente, y Psicología no parecía dármelo. Medicina tampoco me lo dio, y ese segundo año fue de prueba; hice primer año de Medicina y segundo de Psicología, simultáneamente, nunca aban-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

doné esta carrera, Psicología, y al terminar el año decidí quedarme definitivamente en ella.

A comienzos de 1960 inicié mi primer año de Psicología, con muchas ilusiones. La primera clase la dictó Mateo V. Mankeliunas (1912-1993), sobre Metodología de los Trabajos Escritos. Este psicólogo y sacerdote lituano, que luego dirigiría mi tesis de grado, tuvo gran influencia sobre mi carrera, mucho mayor de la que él mismo sospechó que fuera a tener.

La Facultad de Psicología, no poseía un nivel académico tan alto como yo esperaba. Los estudiantes eran brillantes en su mayoría, pero estaban un poco desorientados. Nadie sabía muy bien lo que era la Psicología, y los profesores eran en su mayor parte médicos psiquiatras y psicoanalistas, no psicólogos. El decano de la Facultad pertenecía a esa categoría, aunque estaba muy bien informado sobre Psicología. Durante cierto tiempo se creyó que la Psicología era una profesión apropiada únicamente para personas que tenían otra carrera (medicina, derecho).

Tampoco encontré muchos amigos en la Facultad. Me aburría hablar acerca de los problemas políticos de la Universidad Nacional de Colombia y me hice amigo de varios alumnos de otras carreras, especialmente de Matemáticas. Durante esta época conocí a Jairo Charris, Jairo Serna, Gentil Estévez y otros, que conservé como amigos toda la vida. Hablábamos de ciencia y filosofía. Hacíamos planes para el futuro y pasábamos muchísimas horas intercambiando ideas sobre mil cosas. En parte estos amigos vinieron lentamente a remplazar a mis compañeros de bachillerato. Uno de los más importantes fue Jairo Serna.

La Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia es uno de los centros de entrenamiento profesional de psicólogos más antiguo de Latinoamérica. Fue fundada el 20 de noviembre de 1947 como Instituto de Psicología Aplicada. En ese año no había carrera de psicólogo en Argentina, Brasil, Venezuela, ni en otros países de habla castellana, con la probable excepción de Chile. Tampoco había carrera de psicólogo en España. Pero el paso del tiempo no había ayudado a hacer una Facultad de Psicología de buen nivel académico, y la situación me pareció realmente desesperante.

Estudiaba muy poco, y en esta forma seguía con la misma pauta de comportamiento que había tenido en la escuela secundaria: estudiar lo menos posible y dedicarme a mis cosas, a mis lecturas, a mis trabajos, a mis experimentos. La Universidad (en Bogotá), lo mismo que el colegio (en Pereira), me parecían una pérdida de tiempo; creía que los profesores sabían muy poco, y en muchos casos yo no los respetaba mucho.

Como dije antes, el programa de estudios de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia estaba completamente orientado hacia el psicoanálisis. Los profesores eran en su mayoría médicos psicoanalistas, los alumnos deseaban trabajar en el futuro como psicoanalistas y las clases se orientaban exclusivamente en el sentido de las teorías de Freud. Yo era el único alumno no psicoanalista que tenía la Facultad. Leí con cuidado las obras básicas de esta disciplina pero nunca creí en el psicoanálisis. Freud y sus teorías jamás me convencieron. Tenía que haber otro camino en la psicología...

Mi historia previa de reforzamiento, centrada en la literatura, la lectura desordenada de libros de ciencias físicas y biológicas, mi personalidad introvertida e introspectiva, habrían llevado a predecir que yo me convertiría fácilmente en un psicoanalista. Especialmente en el contexto de nuestra Facultad, que era psicoanalítica ortodoxa. Sin embargo esto no sucedió, y yo me dediqué a luchar contra los profesores que enseñaban psicoanálisis y creían que eso era psicología.

Leí no sólo a Freud sino también a Erich Fromm, que me interesó por su énfasis en la cultura, y a Adler, Jung y los neo-freudianos. Jung tenía para mí un especial atractivo, porque incluía en su explicación elementos universales como el llamado "inconsciente colectivo" y por tratar de explicar fenómenos que a mí me habían interesado hacía pocos años como la astrología, la alquimia, el principio de sincronicidad y otros temas similares. Pero tampoco me convertí en un psicólogo jungiano ni en un psicólogo frommiano. Fui un crítico, a veces demasiado duro, de todo lo que sonara a psicoanálisis.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Durante 1960 terminé de escribir *Nefertiti, Reina de Egipto*, una novela que publiqué el año siguiente. Era una obra histórica y filosófica, que narraba la vida de Aquenatón y Nefertiti, en el siglo XII a.e.c. (Antes de la Era Común). Aquenatón fue el primer hombre que habló de monoteísmo, de arte naturalista y de justicia social. Su esposa Nefertiti fue una mujer muy bella que lo apoyó en todas sus empresas y le ayudó a hacer la reforma radical que llevaron a cabo durante su gobierno. Aquenatón aparentemente estaba un poco loco, murió sumamente joven, y el "establecimiento" borró todas las huellas de su revolución religiosa, social y artística.

Una personalidad como ésta me atrajo desde que supe de su existencia y dediqué varios años a estudiar su vida y su obra. Pensé en escribir su biografía pero luego creí que una novela sería más apropiado. El libro salió en 1961, con un tiraje de 2 000 ejemplares. La obra se publicó en Colombia, con mala distribución. Años después, en 1972 recibí una tremenda sorpresa: ¡*Nefertiti* había sido traducido al idioma ucraniano! Nunca supe cómo ni por qué. Un escritor de Kiev, Ucrania, la seleccionó para ser traducida, y en 1972 salió al mercado y me enviaron un ejemplar. Yo creía que *Nefertiti* se iba a olvidar para siempre. Y de repente reapareció en un contexto lingüístico tan diferente, en el idioma ucraniano...

Es difícil evaluar este libro, que comencé a escribir a los 17 años, en las vacaciones que siguieron después de terminar bachillerato. Es una obra inmadura, muy personal, llena de defectos literarios y de otro orden. No quisiera que nunca se reeditara en español ; en caso de hacerlo, sería preciso cambiar tantas cosas que significaría escribir un nuevo libro. Recuerdo que Clemente Airó, mi editor, y excelente escritor, me dijo: "Espero que tu siguiente novela ocurra a orillas del Magdalena y no a orillas del Nilo". Esta frase me hizo mella, y me puso los pies en la tierra. *Nefertiti* pretendía ser una obra universal, que tratara los grandes problemas que tanto me angustiaban, de la existencia de Dios, del sentido de la vida, de la misión de cada hombre sobre este planeta. Yo quería cosas que no se perdieran, cosas eternas e imborrables, un mundo imperecedero como las pirámides de Egipto. Se dice con frecuencia a orillas del Nilo: "Todas las cosas temen al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides"...

Probablemente para un país en vías de desarrollo, con enormes problemas socio-económicos y de identidad, *Nefertiti* no signifique mucho. Para un país más desarrollado como Ucrania, con un enorme bagaje cultural y una clara identidad, esta obra tal vez tenga mucho más sentido. En todo caso actualmente yo prefiero escribir libros "a orillas del Magdalena", y reconozco que es preciso vivir "aquí y ahora", en un punto de la historia y en un rincón del mundo claramente delimitados. "Tu patria es el lugar donde engendras a tus hijos, no donde te engendraron a ti"; esto es cierto, pero si los dos lugares coinciden, tanto mejor. Con el paso del tiempo me he vuelto cada vez más latinoamericanista, y me siento feliz siéndolo.

Después de *Nefertiti* no publiqué más libros, hasta 1970, año en el cual apareció la primera edición de mi *Psicología del aprendizaje*. Fueron 9 años, entre 1961 y 1970, en los cuales estudié, maduré, viajé y me dediqué a reflexionar sobre muchas cosas. Creo que si *Nefertiti* hubiera sido un éxito, me habría arriesgado a escribir más, y sobre todo a publicar más.

Después de mi primera novela publicada, escribí otra que no vio la luz pública. Se titula *Cuando agonizan todos los dioses*. La escribí en 1963, a los 21 años, durante una huelga de la Universidad Nacional de Colombia; la envié a un concurso internacional muy conocido y respetado, en la Editorial Seix Barral, y quedó de finalista. Fue un triunfo literario, el primero que obtuve, y que me llenó de satisfacción. La obra no se publicó nunca porque tenía muchas ideas que no me atrevía a dar a la luz pública, sobre ciencia y religión.

En esta novela se cuenta la historia de un joven biólogo que lucha por elegir entre el amor y la ciencia y se decide por la segunda. Trabaja obsesivamente y logra llevar a cabo una síntesis proteica, similar a la que tuvo lugar en el fondo de los mares hace muchos millones de años: crea la vida, a partir de la materia inorgánica. Considera que su descubrimiento va a acabar con las ilusiones de la humanidad, y que los seres humanos siempre han preferido la ilusión a la verdad. Esta "agonía de todos los dioses" (de ahí el título de la obra) le asusta muchísimo. Cree que no es justo hacer sufrir a la humanidad en esta forma, y decide destruir su descubrimiento

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

y dejar a la gente con sus ilusiones. Más tarde decide volverse un hombre bueno, se va a la montaña a trabajar por los campesinos y a tratar de endulzar la vida de hombres y mujeres.

Posiblemente *Cuando agonizan todos los dioses* tiene cierto valor literario, pero las ideas filosóficas que llenan el libro pueden ser discutibles. Mi modelo, aunque no lo supiera claramente, fue Aldous Huxley, pero nunca logró el nivel literario ni científico que se encuentra en las obras del escritor inglés.

Años después escribí otro libro, *La ciencia como valor humano* que tampoco publiqué. A él me referiré más adelante. *Nefertiti* fue el primero de mis libros que vio la luz pública, y la *Psicología del aprendizaje* fue el segundo. De *Nefertiti* se publicaron reseñas favorables en los periódicos de Colombia: una de ella decía que el acontecimiento literario más importante de 1961 era la publicación de este libro, cuyo autor era un estudiante de 19 años. Otra reseña, después de criticar mis ideas y mi tono filosófico decía que el autor era "una esperanza, ¿por qué no decirlo?, de las letras colombianas".

Esta esperanza nunca se materializó, y realmente fueron mis obras científicas y no mis obras literarias las que más se difundieron. Hoy en día se considera como una curiosidad mi *Nefertiti*, da pie a comentarios en los cocteles de psicólogos, y todo el mundo reacciona con una sonrisa; les sorprende muchísimo que se haya traducido al ucraniano, ¡y todos saben que yo fui el más sorprendido!

Escribir fue para mí una necesidad, de esas que surgen del fondo del hombre. Yo escribiría aunque no estuviera seguro de ser leído. Se dice siempre que uno debe tener en cuenta el público al cual se dirigen sus escritos, y esto es cierto; pero en muchas ocasiones yo escribía sin tenerlo en cuenta (excepto en el caso de mis libros de texto).

Siempre quise escribir artículos en los periódicos, llegar a la gente. Esto no fue fácil, porque los periódicos de Colombia son sumamente cerrados y sólo contadas personas tienen acceso a ellos. En todo caso fue una pelea dura y me gustó darla. Durante varios años tuve una columna en *El Tiempo* con el nombre genérico de "Psicología contemporánea". Mis artículos de divulgación científica fueron siempre muy bien recibidos en periódicos y revistas.

Badajoz, Extremadura. Posible origen de la familia Ardila

Río Ardila

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Zapatoca, Santander,
Colombia. 1997

San Vicente de Chucurí

Mis (futuros) padres

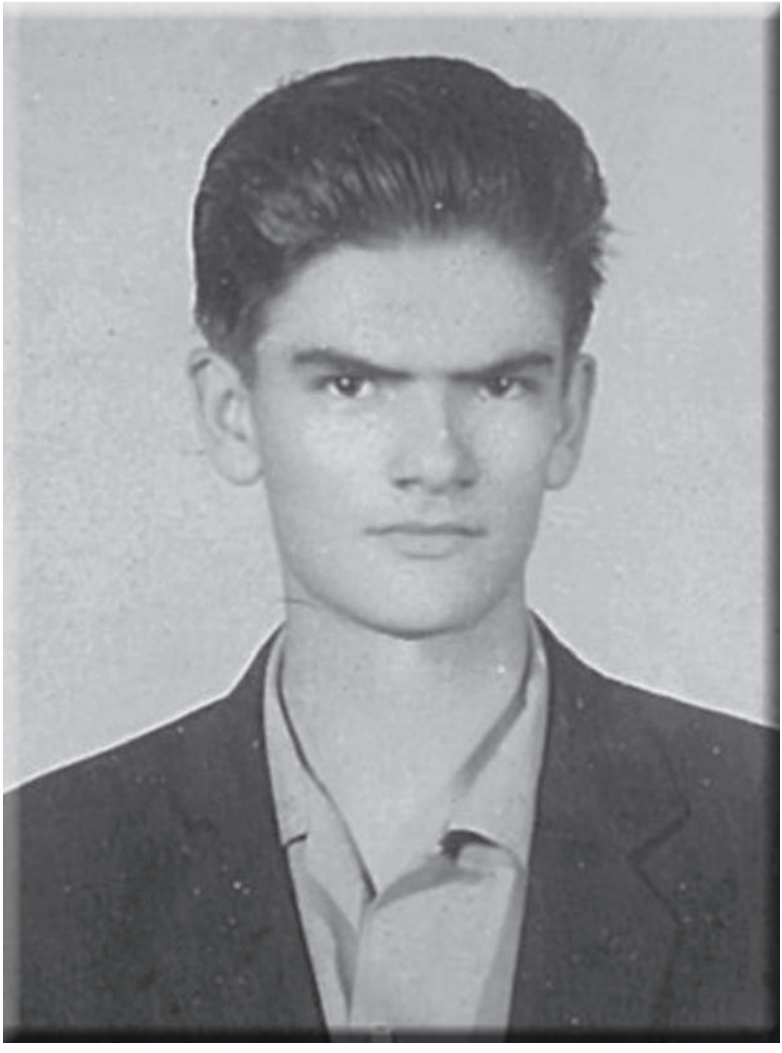
Con mi madre a los pocos meses de nacido

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Pereira

Compañeros: Alberto Rahal, RA, Hernando Sabogal y Manuel Arbeláez

Adolescencia



© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

7. Europa

Durante los casi 10 semestres que estuve en la Universidad Nacional de Colombia como estudiante, entre febrero de 1960 y septiembre de 1964, leí muchos libros de filosofía de la ciencia y escribí muchas cosas, tanto de ficción como ensayos. Esos años fueron tiempo de reflexión y de integración de conocimientos. Leí también psicología pero no mucha y leí psicoanálisis. Erich Fromm fue uno de mis autores preferidos, aunque me fue difícil aceptar todo lo que él decía; por otra parte me pareció que sus libros estaban llenos de repeticiones y de contradicciones.

Leí a Reichenbach, *The Rise of Scientific Philosophy* en su traducción española (*La filosofía científica*), y me convencí de todo lo que decía. Me pareció uno de los libros más fascinantes y bien escritos que había encontrado en toda mi vida. Creo que influyó mucho en mi desarrollo intelectual. Años después, en Inglaterra y en Estados Unidos, leí muchas otras obras de Reichenbach y de otros filósofos de la ciencia. Esta filosofía me pareció una verdadera revolución, me convencí de que tenía razón en muchos de sus puntos. Me ofrecía un método para integrar hechos sueltos, y me daba soluciones a muchos de los problemas con los cuales yo había luchado desde la adolescencia.

Los estudios formales en la Universidad Nacional de Colombia no me impresionaron mucho. Conocí a Carlo Federici (1906-2005), un hombre extraordinario, profesor de matemáticas y profundamente interesado en la psicología del pensamiento. Conocía mucho sobre Jean Piaget, y por influencia suya leí al famoso psicólogo suizo. Federici fue un gran científico y un gran maestro, el profesor más distinguido que tuvo la Universidad Nacional de Colombia por muchos años. Sus alumnos preferidos eran los psicólogos, conocía muchísimo sobre psicología del pensamiento y vivía convencido de la importancia de la Psicología para solucionar los problemas tradicionales de la humanidad. En su opinión la Psicología era la ciencia del futuro. Por otra parte, se decía marxista convencido, y su interés por los problemas socio-económicos lo con-

virtieron en una figura muy popular en la Universidad Nacional de Colombia, una de las universidades más politizadas del mundo en la década de 1960.

La Facultad de Psicología estaba orientada claramente hacia el psicoanálisis cuando yo era estudiante, como señalé antes. Cursos como los de psicología general tenían un claro componente de psicoanálisis; igual cosa ocurría con la psicología evolutiva, la social y la clínica. Muchos profesores eran médicos psicoanalistas, y los otros eran psicólogos interesados en los tests. De modo que un estudiante tenía ante sí dos caminos: el psicoanálisis o la psicometría. En el primer caso era preciso cursar seminarios extra-universitarios con psicoanalistas y someterse a un análisis didáctico; en el segundo trabajar en un instituto del gobierno como el Servicio Civil o el Sena. Más adelante se multiplicaron mucho los frentes de trabajo, pero en ese momento las oportunidades parecían bastante limitadas.

Yo estudié psicoanálisis, sin mucho entusiasmo. Colaboré en la creación de un grupo denominado Centro de Estudios de Psicología Dinámica, fundado en 1963 por Josefina Convers de Castaño, una mujer muy inteligente que encontró una solución adaptativa a los problemas de los psicólogos interesados en el psicoanálisis. Los médicos no aceptaban psicólogos en su Instituto psicoanalítico ortodoxo, de modo que ella organizó otro Centro, semejante al de los médicos, con las mismas exigencias y posibilidades. Los profesores eran en su mayoría médicos psicoanalistas de reconocida fama en el país. Yo ayudé en la organización del Centro, en la redacción de los estatutos, y participé en los primeros seminarios. Me retiré muy pronto; abandoné el Centro por razones de convicción científica. El artículo de Eysenck "¿Qué ocurre con el psicoanálisis?" que forma parte de su libro *Usos y abusos de la psicología* me puso en un serio dilema. El Centro continuó funcionando muy bien y representó una solución muy adaptativa, que habla muy bien de los psicólogos colombianos.

El otro camino era la psicometría. Los psicólogos estandarizaban unos tests y construían otros, para objetivos específicos. La

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

demanda crecía, especialmente para selección de personal. Sin embargo a mí tampoco me simpatizaba ese trabajo. Estuve seis meses en un centro de psicometría trabajando en construcción de tests, mientras terminaba mi tesis de grado. El trabajo no me convenció mucho, aunque sabía que era importante.

Yo siempre tuve la fe, el convencimiento, de que existía otro camino. La psicometría y el psicoanálisis no podían agotar todo el campo de la psicología. ¿Pero dónde estaba ese otro camino?

Mi tesis versó sobre psicología profesional y se tituló *La profesión de Psicología* (1964). Investigué el estatus de la profesión en varios países del mundo, y traté de escudriñar la personalidad de los psicólogos colombianos. No fue un trabajo de muy alto nivel, pero se hizo "con las uñas". La dirigió Mateo V. Mankeliunas.

Me gradué de Psicólogo el 18 de septiembre de 1964, a los 22 años, y una semana después me fui a Europa. Permanecí allí casi un año. Viajé mucho, sin rumbo fijo y aprendí montones de cosas. En Europa me sentí feliz y desgraciado al mismo tiempo; reí y lloré, y fue uno de los años mejor aprovechados de toda mi vida. El viaje a Europa fue de agonía y éxtasis, como había sido casi toda mi vida, pero con mayor intensidad.

Primero estuve en Estados Unidos, específicamente en Wisconsin, tratando de ser aceptado para hacer estudios de postgrado en Psicología Experimental con Harlow. Conocí muchos profesores eminentes de Wisconsin y luego de pasar un par de días en Madison tomé el avión Chicago-París, con una gran maleta y muchos planes entre el bolsillo.

Durante el primer semestre de 1964 (enero-junio) en Bogotá, mientras terminaba mi tesis y trabajaba como psicómetra, había dictado mi primer curso universitario: Psicología Comparada, para estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia. Este curso, que nunca recibí y que estudié por mi cuenta, me llevó a adquirir un gran interés por la psicología animal, y me decidió a hacer una carrera como psicólogo experimental. Era la culminación de una gran búsqueda. El camino lógico parecía ser Estados Unidos, un postgrado con

miras a la obtención de un Ph.D. y luego tal vez regresar al país a dedicarme a la docencia y la investigación.

De Estados Unidos pasé a París y luego a Madrid y Barcelona. Durante mi año en el viejo continente visité los siguientes países: Francia, España, Inglaterra, Suiza, Italia, Alemania, Austria, Grecia, Egipto, Líbano, Siria, Jordania, Israel, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y la Unión Soviética. En varios países estuve más de una vez. En Inglaterra pasé casi 6 meses, que recuerdo con gran afecto.

Fue un viaje de estudio, bastante bohemio y desorganizado. Llegaba a una ciudad cualquiera en tren o en auto-stop y me iba al albergue juvenil (Youth Hostel) que era la forma más económica de hospedarme. Luego compraba libros sobre el país, hablaba con la gente, iba a museos, me sentaba en los parques a escribir mis impresiones sobre lo que estaba viviendo, y me sentía inmensamente feliz. En Grecia pasé un mes entero, y fui al Museo de Arqueología de Atenas de 9 a.m. a 5 p.m. durante varios días, sin interrupción. Mi educación había sido humanística por excelencia y por eso me gustó tanto Grecia. La recorrí de arriba a abajo y de oriente a occidente; fui a Olimpia, a Esparta, a Creta, a Atenas, a todos los sitios que conocía de nombre y anhelaba visitar en la realidad. Fue un viaje de ensueño, aunque las limitaciones económicas y de otra índole me pusieron en contacto con la dura realidad. Yo llevaba muy poco dinero, mi inglés era sumamente deficiente, y para completar estaba viajando solo. Conocí mucha gente, tanto nativos como estudiantes viajeros "mochileros". Fui de un lado a otro, aguanté hambre hasta más no poder, caminé hasta que se acabaron mis zapatos, y aprendí muchísimo.

En Egipto, además de recorrer todo el país pulgada a pulgada como se dice, me dediqué a buscar las ruinas de Tell-el-Amarna, la ciudad de Aquenatón y Nefertiti. El "establecimiento"de la época, formado especialmente por los sacerdotes tradicionalistas, había destruido la ciudad de Aquenatón y borrado toda huella de su obra. Fue muy difícil encontrar estas ruinas, pero al fin lo hice; bajo un sol abrasador tomé varias fotos y regresé de nuevo a El Cairo.

En Israel trabajé en un Kibutz, y me pareció una experiencia maravillosa. "¿Cuánta tierra necesita un hombre?" reflexionaba,

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

utilizando las palabras de Tolstoy. En Karei Deshei una tarde de enero, a orillas de un lago, pensé mucho en esto. Yo había sido un hombre de grandes ambiciones, que deseaba llegar a ser Presidente de mi país o Secretario General de las Naciones Unidas. Quería ser un científico de primera magnitud, un hombre a quien todo el mundo conociera, y ojalá a quien todos amaran. Quería ganarme un Premio Nobel. En Israel reflexioné en todo esto y concluí que el hombre necesita un cielo azul, un camino por recorrer y poco más. "No hay que llorar la muerte del viajero, hay que llorar la muerte del camino". En ese momento encontré la paz, que había buscado angustiosamente por años y años. Era un día de enero, lo recuerdo muy bien; el Youth Hostel estaba solitario y silencioso y tenía las paredes muy blancas. Allí leí un artículo sobre física cuántica publicado en *Scientific American* y me sentí muy feliz. Se me apretaba el corazón reflexionando en todo esto y preguntándome a mí mismo "¿Cuánta tierra necesita un hombre?".

Nazareth fue otra experiencia indescriptible. Yo era un ateo convencido, al cual el problema religioso ya no le importaba. Las heridas de mi primera infancia y de mi adolescencia se habían cerrado, mis conflictos existenciales se habían solucionado, y la religión me parecía un fenómeno muy interesante tanto para estudiarlo desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista psicológico. Veía el fenómeno con ojos de científico, y no me involucraba mucho en él. Pero Nazareth era un pueblo que había conservado su arquitectura y sus costumbres tal como eran 2000 años atrás, cuando Jesús vivió allá. La población era árabe en su gran mayoría, en pleno corazón de Israel.

Caminé por Nazareth, subí por las innumerables escaleras, contemplé las mismas montañas que había contemplado Jesús 2000 años antes y me sentí profundamente triste. Pensé en Jesús adolescente, buscando hombres buenos e ingenuos como él, que creyeran en lo que él decía. Pensé en el sentido de misión que Jesús había tenido. Recordé a Renán, quien a pesar de disentir de las premisas básicas del cristianismo, escribió: "Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime doctrina... borrar tu nombre de los anales de la historia sería conmoverla hasta sus cimientos...".

Jesús probablemente nació en Nazareth, y Belén fue sólo un "arreglo" posterior, para hacer encajar las profecías. Esto no se sabrá nunca con seguridad. Se hablaba de Jesús el Nazareno. En todo caso se dice que Jesús creció en Nazareth, y por lo tanto allá tuvo los primeros asomos de su misión en la vida y las primeras angustias vitales. Esto era suficiente para que yo me sentara en una colina una tarde cualquiera a mirar la ciudad y a reflexionar en los misterios de la vida y del universo, con el corazón encogido de dolor.

El tiempo que pasé en un kibutz me sirvió para escribir un artículo que titulé "Los kibutz de Israel: análisis de una sociedad cooperativista" (1964). Fue una mis primeras publicaciones de carácter psicológico.

Mi vagabundear por Europa y el Medio Oriente me llevó nuevamente a París y de allí a Londres. Pensaba en lo que quería hacer en la vida y no tenía muy claro el camino. Podía ir a USA a cursar estudios de postgrado, pero la idea no terminaba de convencerme. Podía quedarme en Europa, trabajando y viviendo. Tenía 22 años, un título de Psicólogo y muchos planes. Decidí irme a Inglaterra a escribir un libro.

Llegué a Londres sin conocer absolutamente a nadie. Me organicé muy bien, tomé cursos, y estudié muchísimo, especialmente filosofía de la ciencia. Tuve varios amigos, el principal de los cuales fue Roderick Joyce, profesor de literatura inglesa. Empecé a dar forma a un libro acerca de las implicaciones filosóficas de la ciencia contemporánea. La tesis central de la obra era que los problemas tradicionales de la filosofía (la naturaleza del mundo y del hombre, el bien y el mal, el sentido de la vida) los podía resolver la ciencia. La filosofía debía limitarse a llevar a cabo un análisis lógico del lenguaje científico. Todo lo demás era, pura y simplemente, ciencia.

En Inglaterra viajé algo, fui a Cambridge y a Oxford , y conocí a mucha gente. Una de mis mejores amigas fue Susy Volz, una muchacha de Zürich que estudiaba en Londres y que me sirvió de compañía espiritual ese tiempo. Fue una experiencia maravillosa, esos meses pasados en Inglaterra.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Finalmente un buen día tomé el avión de regreso a Madison, Wisconsin. Allí sufrí y trabajé muchos días en mi libro comenzado en Inglaterra. Le di un nombre un poco inapropiado: *La ciencia como valor humano*. Lo escribí en Londres y Madison, con muchos esfuerzos. "Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu" dijo Nietzsche, y yo estuve de acuerdo. Fue un libro personal, lleno de afecto y de ideas propias. Hablé de astronomía, biología y psicología. Afirmé que la ética podía fundamentarse en la psicología, y que la religión tiene muy poco que decir al hombre de hoy. *La ciencia como valor humano* es el libro más personal de todos los que he escrito, el libro más mío. Nunca lo publiqué, porque realmente al terminarlo dejé de creer en las cosas que decía, y consideré apropiado reescribir muchas partes del mismo. De modo que mi obra enciclopédica y personal se quedó en el cajón del escritorio.

Este libro es una prueba de mi necesidad de lo absoluto. Trata con todos los grandes problemas, los *big issues*, aquellos que uno no puede ni resolver ni dejar de plantearse. Les ofrecía una solución con base en el conocimiento objetivo y comunicable que llamamos ciencia.

La ética no es ciencia, claro está, pero las varias disciplinas científicas pueden darle un sólido fundamento; la ética se convierte en el estudio de la conducta deseable; bueno es lo bueno para el hombre, malo es lo malo para el hombre. En mi libro se plantea un humanismo científico, en el cual el hombre es (como siempre lo ha sido) la medida de todas las cosas.

El mundo físico no está compuesto de mónadas, de ideas ni cosa parecida, sino de átomos, quasars y "ondas de probabilidad". La naturaleza del universo la debían definir el físico y el astrónomo, no el filósofo enchapado a la antigua. Yo leí complicadas obras de astronomía y de física moderna, y escribí mis reflexiones con base en esos estudios. Hoy en día me extraño del esfuerzo que requirió para mí, un muchacho de 22 años, digerir tratados tan complejos de ciencias físicas, que requerían sólidos conocimientos matemáticos y una clara inteligencia. Además de una enorme motivación y una gran capacidad de trabajo.

En febrero de 1966 regresé a Colombia y estuve todo ese año como profesor de tiempo completo de la Universidad Nacional. Volví con mi libro sobre filosofía científica, enseñé un par de cursos, especialmente Psicología Experimental e Historia de la Psicología, y un año después volví a USA, decidido a estudiar sin levantar cabeza hasta obtener mi Ph.D. en Psicología.

8. Estudios de postgrado

Pocos días antes de volver a Colombia, a comienzos de 1966, fue asesinado el sacerdote Camilo Torres (1929-1966), un sociólogo a quien yo había conocido muy bien en la Universidad Nacional de Colombia, que se había dedicado a hacer la revolución social. Primero desde su cátedra, luego como jefe de un nuevo partido político que unía a marxistas y católicos, y finalmente como guerrillero en las selvas del oriente colombiano, Camilo Torres predicó el cambio social y la justicia para todos. Fue un hombre joven y lleno de fervor por sus ideas, que pecó de ingenuo y despertó las simpatías de mucha gente interesada en la justicia social. Fue un revolucionario típico del decenio de 1960. Su muerte me impactó tremendamente. Yo estuve en Europa cuando Camilo hacía su carrera política, y regresé pocas semanas después de su muerte. Recuerdo que en la última carta que mi madre me envió a Estados Unidos, incluía el recorte de periódico que refería la muerte de Camilo Torres, con su cara desfigurada. Era la cara de un hombre torturado. Más adelante se dijo muchas veces que "a Camilo no lo enterraron sino que lo sembraron", y que sus ideas iban a fructificar. La madre de Camilo Torres, una anciana muy respetable y querida por quienes la conocieron, se fue a vivir a Cuba y se convirtió en amiga predilecta de Fidel Castro. Murió en Cuba, bajo la protección del famoso líder cubano.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Estuve en Colombia todo el año 1966. Conocí a Ana Lucía González, que un par de años después iba a ser mi esposa. Fui instructor de tiempo completo de la Universidad Nacional de Colombia, en las cátedras de Psicología Experimental e Historia de la Psicología.

Por mi cuenta estudié mucho, especialmente psicología del aprendizaje. Leí con gran cuidado las *Teorías del aprendizaje* de Hilgard, y escribí al respecto. A finales del año fui admitido en la Universidad de Nebraska en Lincoln a hacer un postgrado en psicología experimental, con miras a la obtención del Ph.D.

En enero de 1967 llegué a Lincoln, Nebraska, dejando atrás mi novia y mi trabajo. Durante ese año 1966, pasado en Bogotá, había sido Tesorero de la Federación Colombiana de Psicología, la primera y única asociación gremial del país, y me había preocupado muchísimo por el estado lamentable en que se encontraba la psicología profesional colombiana. Pero pensé que podía hacer más por mi país y por mi profesión poseyendo un entrenamiento de postgrado que sin poseerlo. De modo que hice "de tripas corazón", como se dice, y me marché a Estados Unidos.

La razón para elegir la Universidad de Nebraska-Lincoln fueron los *Nebraska Symposia on Motivation*, una serie de libros muy bien conocidos y acreditados dentro del ámbito de la psicología científica. La Universidad me atrajo por esta razón. Podía haber elegido otra, y en realidad algunas personas se preguntan por qué elegí la Universidad de Nebraska-Lincoln, en el oriente medio de Estados Unidos. No hubo ninguna otra causa y no solicité admisión a ninguna otra Universidad. Más adelante quise hacer transferencia a Harvard, pero se perdían muchos créditos de Nebraska, y con mi obsesión por la adecuada utilización del tiempo esto era inadmisible.

La psicología experimental era exactamente la ciencia que yo buscaba. Anteriormente había leído *Science and Human Behavior* de Skinner (1953), uno de los libros que más han influido en mi vida. La psicología era la ciencia del comportamiento, y esta ciencia podía estudiarse en el laboratorio, con técnicas tan refinadas como

las de la física. Era una ciencia a mi manera, en cuyo desarrollo yo podía participar activamente.

La decisión de estudiar Psicología la había tomado en la escuela secundaria, como dije antes. Uno de los primeros libros de esta ciencia que había leído fue la *Psicología Experimental* de Piéron, un libro de ideas anticuadas y muy difíciles de asimilar para un estudiante de bachillerato. Ahora *Science and Human Behavior* de Skinner acababa de redondear el cuadro. La decisión no fue difícil de tomar.

La Universidad de Nebraska-Lincoln tenía uno de los laboratorios de psicología más antiguos de los Estados Unidos. El inspirador del Departamento de Psicología había sido Harry K. Wolfe (1858-1918), un discípulo de Wundt, que figuraba entre los miembros fundadores de la American Psychological Association (véase Benjamín y Bertelson, 1975). Sin embargo en ese momento el programa de estudios no estaba en su mejor época. Llevé a cabo experimentos con ratas y otras especies. Tomé cursos de Aprendizaje y de Psicología Fisiológica, que eran las áreas que más me interesaban. Estudié seriamente Psicología Comparada, sobre todo con James H. Reynierse, Aprendizaje Temprano con William J. Arnold, y Psicología Social con Harry Shelley.

La mayor parte del tiempo me sentí perdido. Como dije a un amigo estadounidense: Nebraska fue para mí "*a dry and lonely place in which I felt lost most of the time*" (un sitio seco y solitario en el cual me sentí perdido la mayor parte del tiempo). Los estudiantes, sin embargo eran muy amigables. Había profesores buenos y otros no tan buenos. Años después el Departamento de Psicología mejoró considerablemente, y hoy es uno de los mejores de Estados Unidos. Sin embargo, cuando yo era estudiante graduado tenía serios déficits. Los cursos eran difíciles y confusos, y las reglas del juego no se especificaban con suficiente claridad. Algunos estudiantes se transferían a otras Universidades; recuerdo uno de ellos que hizo transferencia a Yale. Yo intenté irme a Harvard y fui aceptado, pero la pérdida de créditos y de tiempo que esto implicaba me hizo desistir completamente de la idea. Lo importante no era

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

un Ph.D. de una universidad como Yale o Harvard; lo importante era lograr un buen entrenamiento científico, sólido, con conocimientos actualizados y desarrollo de habilidades investigativas de alta calidad, y esto lo conseguí en Nebraska. Muchas cosas las tuve que estudiar por mi cuenta, con enormes esfuerzos, sin ayuda de nadie. La biblioteca de la Universidad era excelente y los laboratorios de psicología eran aceptables. Recuerdo haber leído revistas que conocía muy bien de nombre pero nunca había visto y haber trabajado con instrumentos de laboratorio que solo había visto en fotografías en libros. Era maravilloso pasar días enteros – incluso los fines de semana – en la biblioteca de la Universidad, hablar horas y horas con mis compañeros del Programa Doctoral en Psicología, y trabajar con aparatos de laboratorio. Las largas (larguísimas…) conversaciones con mis compañeros eran similares a las que había tenido en el colegio en Pereira y en Bogotá en la Universidad Nacional de Colombia. Todo un verdadero "orgasmo intelectual".

En USA me creí en la obligación de demostrarle a todo el mundo que Colombia y en general Latinoamérica no era el mundo subdesarrollado que ellos pensaban, y que nuestra psicología estaba mucho más adelantada de lo que ellos imaginaban. En diciembre de 1967 estuve en México asistiendo al XI Congreso Interamericano de Psicología, en el cual presenté un trabajo sobre el castigo y el aprendizaje aversivo con animales. Este fue el primer congreso de psicología al cual asistí. Encontré que los psicólogos de los países latinoamericanos sabían muy poco sobre lo que se hacía en otras naciones del área, y que los estadounidenses y canadienses no sabían nada sobre psicología latinoamericana. Yo tampoco sabía nada, obviamente. Me llevó a averiguar todo lo que pude, obsesiva y cuidadosamente y como resultado de esa pesquisa a escribir un artículo sobre la psicología en Latinoamérica (Ardila, 1968) que salió publicado en el *American Psychologist*. Fue mi primera publicación importante en psicología, y me sirvió mucho profesionalmente. Desde ese momento uno de mis centros de interés fue la psicología científica en Latinoamérica.

Asistía con dedicación a las clases y también a las sesiones del *Nebraska Symposium on Motivation* que se reunía dos veces por año. Hice todos los experimentos que pude, ante todo con sujetos animales. Escribí mucho, especialmente artículos, y en el último año mi primer libro de psicología que titulé *Psicología del aprendizaje*; se publicó en México a mediados de 1970, cuando yo estaba de regreso en Colombia; fue un éxito editorial de gran magnitud; yo nunca sospeché que llegara tan lejos.

No todos los profesores y estudiantes me simpatizaron, con unas cuantas excepciones. Tuve buenos profesores, como W. J. Arnold, T. Sonderegger, H. Shelley y D. Levine; buenos compañeros como A. Powell, G. Lumia, G. Ostwald y D. Regester. Mi mejor amigo durante todo ese tiempo fue Larry Grossman, que no estudiaba psicología sino literatura inglesa. Esta amistad perduró, y en una ocasión mi esposa y yo visitamos a Larry en Buenos Aires, siendo él vice-cónsul de Estados Unidos en Argentina. Igualmente estuvo en Colombia en nuestra casa.

Mis compañeros de Psicología eran hombres inteligentes, con buenas ideas y gran capacidad de trabajo. Varios de ellos eran un poco cínicos y escépticos, y veían con recelo mi enorme entusiasmo y dedicación a la psicología científica. Para ellos estudiar y obtener un Ph.D. era una empresa pragmática, mientras que para mí era una labor al estilo de Don Quijote, que enfrentaba con gran idealismo y una enorme vitalidad.

El 24 de agosto de 1968 me casé con Ana Lucía González, durante un viaje a Colombia de vacaciones. Mi matrimonio mejoró mucho mi vida. Ana Lucía me brindó apoyo moral, me ayudó en mis trabajos, me dio confianza en mí mismo, y fue siempre un ancla en mi vida; ella mecanografió todo el manuscrito de la *Psicología del aprendizaje*; el libro está dedicado a Ana Lucía y a David.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

9. Matrimonio

Conocí a Ana Lucía González en 1966, cuando estaba en Colombia en el intermedio entre Wisconsin y Nebraska. Era una mujer muy bella, con ideas claras acerca del mundo y de la vida, dotada de gran necesidad de amar y ser amada. Estudiaba Arquitectura en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Ana Lucía me atrajo por su carácter fuerte y decidido. Era muy poco convencional en sus costumbres y lenguaje, no creía en las instituciones establecidas y hablaba de justicia y revolución social. Es preciso recordar que estábamos viviendo en la década de 1960. Era sin duda una mujer diferente, que había leído mucho de todos los temas y me atrajo enormemente. Después de un noviazgo tormentoso, terminó sus relaciones con su anterior novio y arreglamos nuestra relación. Poco después yo viajé a Nebraska, y en las vacaciones de 1968 regresé a Colombia y nos casamos.

El matrimonio entre esta chica inteligente y bella, de 21 años, y yo de 26, tenía buenas perspectivas de éxito. El noviazgo había durado año y medio, pero en su gran mayoría había sido un noviazgo por correspondencia. Habíamos hablado mucho de nosotros mismos y de nuestros planes pero no habíamos convivido uno con el otro. Yo conocía acerca de sus ideas acerca del mundo y de la vida, la amaba y la valoraba mucho como ser humano.

Me casé con grandes ilusiones y con la idea de preservar mi matrimonio en forma indisoluble, para toda la vida. Aunque ni Ana Lucía ni yo éramos católicos, nuestro matrimonio siguió el ritual acostumbrado en una sociedad católica y tradicionalista. Asistieron mis padres, que viajaron desde Pereira con ese fin, y un grupo relativamente grande de amigos. Jairo Serna, una de las personas más cercanas a mi vida durante el tiempo pasado en la Universidad Nacional de Colombia fue mi padrino de matrimonio. Viajamos a Cali en luna de miel, luego a Pereira, y finalmente a Estados Unidos a continuar mis estudios de postgrado en Psicología Experimental.

En USA nuestra vida fue completamente feliz, sin tacha. Comencé a conocer realmente a mi esposa, que era una mujer frágil, necesitada de apoyo y de cariño. Su fuerza y su carácter decidido no constituían su cara más real. Sus depresiones me preocupaban mucho. Antes de casarnos según me contaba ella, algunos días amanecía llena de una tristeza y una melancolía profundas, sin interés por nada. Quería dormir horas y horas, y el tiempo que pasaba despierta lo ocupaba en leer libros de teatro o de política. Eso fue antes de casarnos.

El año y medio que pasamos en USA fue un período inolvidable y bello. Cada día descubría facetas maravillosas en mi joven esposa. Sus problemas existenciales desaparecieron temporalmente. David Rubén, nuestro hijo, nació el 24 de junio de 1969, a los 10 meses de matrimonio. Fue un niño sano y fuerte, que llenó de alegría y de ilusiones nuestro hogar.

Mis amigos admiraban a esta mujer bella e inteligente, que había leído acerca de muchos temas y se interesaba muy sinceramente por mi bienestar y más adelante por el bienestar de nuestro hijo. En la casa de los señores Hill, donde nosotros vivíamos en Lincoln, se convirtió en una especie de hija, y todos la adoraban. Los Hill nunca tuvieron hijas, y por eso esta chica se convirtió en el vástago femenino que nunca llegó.

Alguna vez Ana Lucía me dijo que tenía miedo de regresar a Colombia. Sería como el fin de un sueño, y parecía inevitable. Yo también temía ese regreso, pero al fin era preciso organizar las cosas y marcharnos, como habíamos planeado. Primero se fueron Ana Lucía y David, seis meses antes que yo, para evitar pasar un nuevo invierno en Lincoln, mientras yo terminaba mi disertación doctoral.

En Colombia nuestro matrimonio marchó bien aproximadamente un año, pero luego comenzó a resquebrajarse. Yo trabajaba mucho, y nunca salíamos de paseo. Ana Lucía se sentía cansada los domingos por la tarde, y yo me sentaba a trabajar en mis libros sin levantar cabeza.

Al casarnos Ana Lucía había abandonado sus estudios de Arquitectura. Ahora, al regresar a Colombia empezó a estudiar

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Antropología, que era la carrera que realmente le había interesado siempre. Hacía viajes fuera de Bogotá, y David y yo nos quedábamos solos durante largas semanas.

La situación se hizo intolerable. Hablamos de separarnos, de irnos al extranjero, de empezar de nuevo. Finalmente yo me marché a vivir donde mi hermana Olga y comenzamos un juicio de separación legal. Seis meses después volví con Ana Lucía, con la esperanza de empezar nuevamente nuestro matrimonio y de vivir con ella por el resto de mi vida. Todo fue en vano. Casi un año después me marché nuevamente, a vivir en una pensión (residencia, hostal). Dos meses y medio más tarde Ana Lucía murió trágicamente.

El siguiente período de mi vida estuvo lleno de amargura y de zozobra. Yo quise salvar el matrimonio, y sinceramente creo que Ana Lucía también puso mucho de su parte en este sentido. A ella le gustaba la vida bohemia, el arte y las actividades políticas; en cambio yo llevaba una vida académica y llena de ocupaciones, amaba la ciencia y no entendía mucho el activismo político de los estudiantes.

La soledad y la amargura llenaron mi vida. Ana Lucía había sido un ancla en mi vida. Yo creía imposible seguir mi camino como antes. Un colega me dijo que aprovechara la ocasión "para encontrarme a mí mismo como decían los antiguos". La desaparición de Ana Lucía me produjo la depresión más grande que he tenido en toda mi vida.

10. Psicología colombiana

En febrero de 1970, al regresar a Colombia, yo había dado marcha atrás unos 30 años en la historia. En lo que respecta a la psicología, Colombia estaba viviendo en el año 1940 y no en el año 1970. La situación era crítica, dramática, difícilmente descriptible. Había entrenamiento de psicólogos en el país desde 1947 en la Universidad Nacional de Colombia. Pero estaba en manos de médicos psicoanalistas y de psicólogos que nunca habían salido de Colombia ni de la Universidad, no leían revistas ni libros, y creían que el mundo de la psicología se limitaba a los tests y al psicoanálisis.

La Federación Colombiana de Psicología, fundada en 1954 era una asociación casi fantasma, que todo el mundo ignoraba olímpicamente. Las personas activas no pasaban de media docena; recuerdo que en una reunión en la decanatura de la Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana, el entonces presidente de la Federación habló formalmente de terminar con esta asociación de psicólogos, y tal vez fundar otra, de unos 10 o 20 miembros que realmente se interesaran en el desarrollo de la psicología colombiana. Yo me opuse, y dije que tenía que existir una asociación abarcadora que fuera representativa de todos los psicólogos colombianos, no importaba su nivel científico y profesional; esto no impedía que se crearan otras asociaciones, con objetivos más limitados y específicos.

Nadie creía en la posibilidad de hacer psicología científica en Colombia. Incluso nadie hablaba de psicología colombiana (no se usaba el término) ni de psicología latinoamericana. Los dos centros de entrenamiento de psicólogos, la Universidad Nacional y la Universidad Javeriana, luchaban entre sí y tenían algunos profesores de muy bajo nivel académico. En la Nacional los problemas políticos parecían insuperables y en la Javeriana nadie quería estructurar una carrera difícil y seria. Recuerdo que un tiempo atrás el Director del Departamento de Psicología de la Nacional había sido director encargado por año y medio y no se le había nombrado en propiedad, y la Universidad no quería nombrarlo. Todos protes-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

taban, y los estudiantes descalificaban a los profesores de manera absurda. Los profesores le tenían mucho miedo a los estudiantes. La Universidad Nacional de Colombia era entonces uno de los centros de educación superior más politizados del mundo, y esto se reflejaba en el Departamento de Psicología.

El nivel de profesores era tan bajo, que algunas anécdotas parecen increíbles cuando se narran. En cierta ocasión, al poco tiempo de llegar a Colombia una psicóloga clínica me llevó en su automóvil a una parte lejana de la Universidad donde yo tenía que ir y en el camino yo le narré que en Estados Unidos existía una terapia diferente de la psicoanalítica que trataba las conductas y no se preocupaba por las causas "profundas" de los problemas; consideraba que el comportamiento no adaptativo era aprendido y podía modificarse según las leyes del aprendizaje; se denominaba terapia del comportamiento y estaba aumentando en importancia aceleradamente. Ella me contestó que estaba vagamente enterada de esto, que había leído libros al respecto, y que sólo sabía que el iniciador de ese movimiento terapéutico conductual era un tal Dr. Carl Rogers...

El nivel de información era muy limitado. En un almuerzo para despedir a otra psicóloga clínica que se marchaba a Europa a estudiar psicoanálisis, yo hablé de Clark Hull, y sólo uno de los profesores dijo que lo había oído nombrar, y sabía vagamente que Hull había trabajado en el área del aprendizaje pero no sabía qué tuviera eso que ver con los grandes problemas de la mente.

La psicología en Colombia, a comienzos de 1970, no se definía como la ciencia del comportamiento. Sólo los "conductistas" podían definirla así. Yo había publicado en 1965 un artículo titulado "Behaviorismo: hacia una psicología científica" que había sido muy leído y criticado. Nadie más había hablado nunca de conductismo ni de la ciencia del comportamiento. La psicología en Colombia se definía como "el estudio de la interioridad humana". Uno de mis profesores había dicho que no era necesario tener laboratorios porque en psicología uno llevaba consigo mismo su propio laboratorio...

En fin, que el terreno parecía muy poco fértil. Yo me rodeé desde el comienzo por un grupo de estudiantes, que años después

se convirtieron en líderes de la psicología colombiana: Eduardo Arcila, Fernando Barrera, Leonidas Castro, Juan José Cañas y Margarita R. Janne. En realidad, ellos me descubrieron a mí más que yo descubrirlos a ellos. Eran unos inconformes, no creían que la psicología pudiera limitarse a lo que los profesores les enseñaban, y estaban buscando nuevos caminos. Leían a Hans J. Eysenck (1916-1997) y creían a pie juntillas lo que el famoso psicólogo británico escribía.

El líder del grupo era Eduardo Arcila. Ellos tenían en esa época unos 20 años de edad y eran estudiantes de tercer año (6º semestre) de psicología en la Universidad Nacional de Colombia. Congeniamos muy bien, y hablamos de innumerables temas científicos y profesionales. Les hablé de B. F. Skinner (1904-1990), les invité a leer sus libros, y lentamente Eysenck fue cediendo el puesto que ocupaba en sus corazones. Eran muchachos inteligentes, con gran capacidad de trabajo y excelente motivación. Juntos nos propusimos sacar adelante a la psicología colombiana y convertirla en una de las más avanzadas de Latinoamérica.

El primer paso fue fundar una sociedad diferente a la Federación, la Asociación para el Avance de la Psicología. Fue el antecedente de la Fundación para el Avance de la Psicología. La fundamos Arcila, Barrera, Castro, Cañas, Janne y yo. Luego admitimos otros miembros, después de cuidadosa búsqueda: Victoria Bossio, y Adolfo Mansilla. La Asociación para el Avance de la Psicología (AAP) organizó un Plan Quinquenal para el desarrollo de la psicología colombiana, que cumplimos minuciosamente. Hice partícipe de ese trabajo a la Federación Colombiana de Psicología, de la cual yo era presidente.

Ese Plan Quinquenal (julio de 1970 - julio de 1975) implicaba diversificar el entrenamiento de los psicólogos, elevar el nivel científico y profesional de la carrera, crear nuevos centros de psicólogos, hacer investigaciones, escribir libros, traducir obras claves al español, y otras labores semejantes. Lo seguimos detalladamente, y fue como un renacer de la psicología colombiana.

Llegué de USA en febrero de 1970, con mi Ph.D. en Psicología Experimental; el grado en realidad lo entregaron en junio de ese año. En mayo fui elegido director del Departamento de Psicolo-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

gía de la Universidad Nacional de Colombia, en medio de grandes expectativas. En julio creamos la Asociación para el Avance de la Psicología. Dos años después, en agosto de 1972, dejé la dirección de Psicología de la Universidad Nacional y acepté el mismo cargo en la Universidad de Los Andes, también en Bogotá.

A comienzos de 1970 fui elegido presidente de la Federación Colombiana de Psicología, cargo que ocupé por dos períodos consecutivos, hasta 1974. La Federación era, como dije antes, una asociación fantasma que nadie tomaba en serio. Lo primero que hice fue mejorar su imagen y aumentar su poder; se reformaron los estatutos, se crearon Divisiones (algo parecido a las que existen en la American Psychological Association) y Regionales, se multiplicó por 6 el número de sus miembros, y lentamente la Federación Colombiana de Psicología se convirtió en una asociación importante, que hizo mucho por los psicólogos colombianos. La Federación tuvo sus críticas, algunas justificadas y otras injustificadas ¡pero nadie pretendió ignorarla!

En el Plan Quinquenal se contemplaba el reconocimiento jurídico de la psicología colombiana. Elaboré un proyecto de reglamentación de la profesión. Sometí ese plan a la consideración de estudiantes, profesionales, profesores, y de muchas otras personas. Finalmente, la psicóloga Edel Téllez lo presentó en el Congreso de la República. El proyecto se demoró, pasó por muchos trámites, y necesitó 11 años para ser aprobado definitivamente. En él se reconoce la psicología como profesión y se definen las funciones de los psicólogos colombianos (ley 58 de 1983). Esa ley estuvo en efecto entre 1983 y 2006, cuando fue reemplazada por la ley 1090, vigente desde entonces, que es obra del Colegio Colombiano de Psicólogos.

Esos primeros años fueron de ebullición y de creación. El trabajo siempre fue colectivo. Yo me enorgullezco de haberme rodeado de las personas más capaces e inteligentes que había en la psicología colombiana en esa época. Ellos sugirieron muchas ideas y llevaron a cabo muchos proyectos por su propia iniciativa. En muchos casos yo me limité a ser vocero de ellos y a ayudarles a materializar sus ideas.

Un poco más adelante aparecieron otras personas, como Gerardo Marín, Elisa Dulcey-Ruiz, Francisco Pereira, Juan Alberto Aragón, Alfredo Vargas, Fabio Sabogal, Regina Otero, Victoria Bossio y otros. Muchos de ellos colaboraron conmigo en la Universidad Nacional de Colombia o en la Universidad de Los Andes. Algunos continuaron siendo mis amigos a lo largo de la vida.

Antes de seguir adelante, quisiera presentar una sección transversal de un "día típico" de mi vida en esa época. Eligiendo más o menos al azar, veamos lo que era un día de mayo de 1971, un año después de haber regresado a Colombia, cuando ocupaba el cargo de Director del Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia, y al mismo tiempo dictaba clases en otra Universidad de Bogotá; era presidente de la Federación Colombiana de Psicología y director de la *Revista Latinoamericana de Psicología*; tenía un libro comenzado, sobre psicología fisiológica, y varios experimentos diseñados, esperando tener tiempo para llevarlos a cabo.

Un día típico, mayo de 1971

5:00 a.m. Levantada. Trabajo en la biblioteca que se encuentra situada en la parte baja de mi casa. Contestar correspondencia. Entre las cartas está una de un psicólogo de Brasil que va a colaborar en un libro que estoy editando sobre análisis experimental del comportamiento; el colega quiere saber algunos detalles sobre trabajos anteriores, de autores de habla castellana. Otra carta que escribo es una aceptación de un artículo para la *Revista Latinoamericana de Psicología* escrito por un psicólogo de Ohio, que debe ser traducido al español antes de publicarse. Una tercera carta es para enviar información general sobre la revista. Una cuarta es una orden para pedir dos nuevos libros que acaba de publicar la editorial Appleton-Century-Crofts de Nueva York. Después de escribir estas cartas organizo mis notas de clase del día, me arreglo y tomo el desayuno.

7:00 a.m. Clase de Psicología General, en la Pontificia Universidad Javeriana. Hoy hablamos de impulsos fisiológicos, especialmente del sueño. Un estudiante me pide información sobre las

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

posibilidades de investigar experimentalmente los efectos de las drogas sobre el contenido de los sueños, y prometo traerle referencias bibliográficas dos días después.

9:00 a.m. Llegada a la Universidad Nacional de Colombia, donde soy Director del Departamento de Psicología. Un estudiante me esperaba para entregarme su tesis de grado; cuando se marcha elijo los dos jurados que deben evaluar la tesis y se las envío con una nota remisoria.

9:15 a.m. Llamada al decano de la Facultad de Ciencias Humanas para averiguar cómo va el nombramiento del profesor NN, que está trabajando desde el comienzo del año y no se le ha nombrado.

9:30 a.m. Llegada de un grupo de estudiantes que desean discutir los problemas relacionados con las prácticas de Psicología Educacional que se llevan a cabo en el Instituto J. J. Amplio análisis de la situación, y promesa de solucionar los problemas a la mayor brevedad posible.

10:00 a.m. Paso al salón de profesores a tomar café. Allí se está discutiendo el proyecto de reforma educativa propuesto por el Gobierno Nacional, y muchos desean saber mi opinión sobre unos puntos específicos.

10:15 a.m. Llamada del Decano de Ciencias Humanas. Necesita saber si ya despacharon un pedido de libros para el Departamento, que se había solicitado mucho antes y que el Decano había estado tramitando.

10:30 a.m. Llamada del Decano de la Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana. Desea que tengamos una reunión extraordinaria de la Federación Colombiana de Psicología esta noche para tratar un asunto urgente, relacionado con el rol del psicólogo en los hospitales psiquiátricos. Acepto, y solicito a la secretaria de mi Departamento que haga las citaciones correspondientes.

11:00 a.m. Llamada a la Editorial con el fin de averiguar si ya están listas las pruebas de imprenta de la *Revista Latinoamericana de Psicología*.

11:10 a.m. Clase de Psicología del Aprendizaje. Hoy hablamos de condicionamiento clásico.

12:00 m. Un egresado que está haciendo su tesis bajo mi dirección, sobre experiencias tempranas, viene a verme con urgencia para decirme que se le murieron cinco ratas de laboratorio y no sabe qué hacer.

12:15 p.m. Comprar almuerzo, y llevarlo al salón donde me esperan para una reunión con el Comité Asesor del Departamento.

12:30 p.m. Reunión con el Comité Asesor del Departamento de Psicología. Se discute si la organización de un postgrado en Psicología Industrial implica que la psicología colombiana se está "vendiendo" al capitalismo y "sirviendo" al sistema. No se llega a ninguna conclusión, claro está.

2:00 p.m. Regreso a la oficina, cierro la puerta con llave y me recuesto a descansar. Es una siesta que me sirve para cargar baterías. Después sigo leyendo un libro sobre psicología de la motivación, que me interesa para mi trabajo actual. Tomo notas en fichas. No abro a las muchas personas que llaman a la puerta.

3:00 p.m. Llama por teléfono el Rector. Necesita un psicólogo que refuerce el equipo de admisiones de la Universidad. Prometo conseguírselo pronto.

3:15 p.m. Regreso a mi libro sobre motivación.

3:30 p.m. El Dr. D. D., profesor de tiempo completo, viene a quejarse que los estudiantes están cansados con su materia y han amenazado con retirarse en masa si no disminuye sus exigencias. Le sugiero que hable con ellos. Me dice que está cansado y que prefiere dejar la cátedra. No hay quien lo reemplace, y le insisto en que siga, a pesar de todo.

4:00 p.m. Llega uno de mis asistentes que me está colaborando en el curso de Psicología Experimental. Planeamos el experimento de la semana, y hacemos una lista del material que se requiere para el experimento.

5:30 p.m. Vuelvo a mi libro sobre motivación, y escribo algunas ideas que se me han ocurrido para un artículo relacionado con experiencias tempranas y motivación para la exploración. Planeo escribirle a Berlyne al Canadá para comentarle las ideas.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

6:30 p.m. Llegada a la casa. Releo las pruebas de un artículo sobre psicología en América Latina para un libro que va a ser editado en el exterior, sobre tendencias actuales en la investigación psicológica en el mundo. Busco en mi biblioteca unos datos relacionados con los primeros trabajos de psicología experimental llevados a cabo por Walter Blumenfeld (1882-1967) en el Perú, porque tengo ciertas dudas sobre fechas.

7:30 p.m. Cena, comentario de los asuntos del día con la familia. Es muy grato este momento de unión familiar y de comentarios e intercambio de experiencias.

8:30 p.m. Reunión extraordinaria de la Federación Colombiana de Psicología. Se trata de supervisar la organización de una nueva Consulta Psicológica en el Hospital R. R., en la cual los psicólogos van a quedar como simples ayudantes de los psiquiatras. Se comenta sobre la reglamentación jurídica de la profesión del psicólogo, y se discute cuál debe ser el procedimiento a seguir en este caso específico.

10:00 p.m. Regreso a la casa. Reviso las notas para mis clases de mañana. Leo el último número del *Journal of Applied Behavior Analysis*.

11. Psicología latinoamericana

Cuando estaba en USA escribiendo mi libro sobre psicología del aprendizaje, tropecé con muchísimas dificultades, por ejemplo de terminología. Debí traducir palabras tales como *shaping* (moldeamiento), *reinforcement schedules* (programas de reforzamiento), *to elicitate* (evocar), que nunca habían aparecido en castellano. Mi libro *Psicología del aprendizaje* (1970) sirvió para marcar una serie de pautas en el área del aprendizaje, y se difundió prácticamente a todos los países de habla castellana. Se publicaron 23 ediciones de este libro, a lo largo de varias décadas.

Introduje en Colombia el análisis experimental del comportamiento en 1970. Desde mis primeros días de estudiante me había atraído el área del aprendizaje, y específicamente el condicionamiento operante. Libros como las *Theories of Learning* de Hilgard, y *Science and Human Behavior* de Skinner, tuvieron un impacto decisivo en mi formación intelectual. De modo que consideré que el condicionamiento operante y sus aplicaciones eran una alternativa interesante para la psicología latinoamericana.

Uno de los primeros pasos en esta dirección fueron mis cursos de aprendizaje en la Universidad Nacional de Colombia y luego en la Pontificia Universidad Javeriana. Otros profesores de aprendizaje surgieron muy pronto, especialmente Leonidas Castro y Luis H. Ramírez, este último había llegado de México con entrenamiento específico en el área. Mansilla, Castro, Sánchez y yo organizamos una mesa redonda sobre terapia del comportamiento que tuvo lugar el 30 de julio de 1970 e influyó decisivamente en la nueva orientación de la psicología clínica en Colombia. Ese mismo año la *Revista Latinoamericana de Psicología* dedicó un número monográfico (el Volumen 2, Número 2) a la terapia del comportamiento; la edición se agotó muy pronto y fue muy bien evaluada por la comunidad científica.

El condicionamiento operante fue muy bien recibido por los psicólogos colombianos de orientación experimental. Los de orientación psicoanalítica lo sintieron como una amenaza muy grave, e hicieron todo lo posible por detener su desarrollo. Se planteó una polémica un poco absurda entre Skinner y Freud, como se decía entonces, o más acertadamente entre condicionamiento operante y psicoanálisis. Un "tercero en discordia" fue Piaget, o sea la epistemología genética, que mucha gente tomó muy en serio.

El análisis experimental del comportamiento, se convirtió muy pronto en un nuevo dogma entre los psicólogos colombianos, y yo fui el primero en criticarlo. A pesar de haber introducido el condicionamiento operante en el país, yo fui un crítico de sus exageraciones. Sin embargo siempre que hacía un balance, las posibilidades y perspectivas de esta área del conocimiento superaban ampliamente a sus limitaciones.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

El interés en el análisis experimental del comportamiento me sirvió para vincularme con importantes psicólogos de otros países latinoamericanos, sobre todo de México. El primero de ellos fue Emilio Ribes Iñesta, quien trabajaba en ese momento en la Universidad Veracruzana en Xalapa (México) y pasó más tarde a la Universidad Nacional Autónoma de México, y después a la Universidad de Guadalajara y más adelante a la Universidad Veracruzana. También con Víctor A. Colotla , Victor Manuel Alcaráz, Héctor Ayala, Francisco Barrera-Rendón, Luis F. Campos, Ely Rayek, Rafael Anzures, Paulo Speller, Benjamín Domínguez-Trejo, Cirilo H. García, Gustavo Fernández, y otros distinguidos investigadores.

Mis contactos latinoamericanos, mis actividades en la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP), mi trabajo como fundador y director de la *Revista Latinoamericana de Psicología* me llevaron a convencerme de la importancia de tener una psicología muy bien fundamentada en la ciencia, y que estudiara problemas relevantes para América Latina en ese momento de su desarrollo. Se trataba, en pocas palabras, de crear una psicología latinoamericana.

Durante este período escribí muchos libros, que publiqué especialmente en México y Argentina. El primero de ellos, *Psicología Experimental, Manual de Laboratorio* (1971) contiene una serie de experimentos sencillos y fáciles de realizar, que no requieren grandes aparatos de laboratorio ni muchos gastos, y sí sirven para mostrar los fundamentos de la psicología como ciencia experimental. Otro fue *Los pioneros de la psicología* (1971), que presenta en forma seminovelada la vida y obra de los psicólogos más importantes de la historia, incluyendo a Wundt, Piaget, Skinner, Freud , Ingenieros, Mira y López y otros. A pesar de su carácter divulgativo, el libro permanece fiel a los hechos, lo más estrictamente posible. Otro libro fue la *Psicología Contemporánea, Panorama Internacional* (1972), en el cual se presenta el estado de la psicología en la mayor parte de los países del mundo, y algunas áreas representativas de la investigación contemporánea. Se ha afirmado que este es el primer libro sobre psicología internacional que se ha publicado. Gilgen y Gilgen (1987) afirman: "El primer psicólogo que intentó un análisis de la

psicología desde una perspectiva internacional fue… el psicólogo colombiano Rubén Ardila cuya obra *La Psicología contemporánea, panorama internacional* fue publicada en Argentina en 1972. Él ha hecho desde entonces muchas contribuciones a la psicología internacional" (p. 5).

Otra obra fue *Psicología fisiológica* (1973) que es un texto de psicofisiología que tuvo varias reimpresiones y re-ediciones y se utilizó en muchos países de habla castellana. Sin embargo no llegó al nivel de "best seller" que alcanzó la *Psicología del aprendizaje*.

Como en 1973 se cumplían 25 años de la fundación del Instituto de Psicología Aplicada de la Universidad Nacional, consideré que había que conmemorarlo adecuadamente. Al hurgar en la historia de la psicología colombiana, decidí que la fecha más apropiada para su "nacimiento oficial" era el 9 de julio, al comenzar su carrera los primeros estudiantes del Instituto de Psicología Aplicada. Para conmemorar los 25 años de este evento, publiqué en Editorial Trillas de México la historia de la psicología colombiana, libro que titulé *La Psicología en Colombia, Desarrollo Histórico* (1973). Igualmente organicé una mesa redonda con el respaldo de la Federación Colombiana de Psicología, de la cual era Presidente, para analizar el estado de cada una de las áreas de la psicología en el país.

Otro libro, en colaboración con psicólogos de varios países de América Latina se tituló *El análisis experimental del comportamiento, la contribución latinoamericana* (1974). Fue un libro que compilé, el primero de varios. Contiene una serie de artículos, especialmente preparados para el libro, sobre programas de reforzamiento, farmacología conductual, evitación, aplicaciones a la educación, la industria, la clínica, el diseño de culturas y otras áreas del análisis experimental de la conducta. Los artículos los escribieron los más destacados psicólogos operantes de América Latina.

En 1975 edité, junto con Gordon E. Finley (de Florida International University) una bibliografía sobre psicología latinoamericana que titulamos *Psychology in Latin America: A Bibliography* (Ardila y Finley, 1975). Contiene los principales artículos y libros

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

escritos por psicólogos latinoamericanos, o por colegas de otros países sobre temas latinoamericanos.

Dirigir la *Revista Latinoamericana de Psicología* desde su fundación (primer número: enero de 1969) fue una actividad gratificante pero muy exigente. Me permitió conocer importantes figuras de la psicología latinoamericana y mundial, además de ampliar considerablemente mi rango de intereses. La revista sirvió mucho, profesionalmente. La edité entre 1969 y 2003. En el año 2004 Germán Gutiérrez pasó a ocupar la dirección de la revista. La Fundación Universitaria Konrad Lorenz, liderada por Juan Alberto Aragón, es la actual propietaria de la revista.

Durante estos años hice buena amistad con Horacio J. A. Rimoldi (Argentina), Nuria Cortada de Kohan (Argentina), Plácido A. Horas (Argentina), Christina Richaud (Argentina), Emilio Ribes Iñesta (México), Rogelio Díaz-Guerrero (México), Isabel Reyes (México), Wayne Holtzman (Estados Unidos), Arrigo L. Angelini (Brasil), Aroldo Rodrigues (Brasil), Eva Mikusinski (Argentina), Claribel Morales de Barbenza (Argentina), Jorge Luzoro (Chile), Luis Bravo Valdivieso (Chile), Miguel J. Escala (República Dominicana), Miguel A. Escotet (Venezuela), Pablo A. Thalassinós (Panamá), Carlos M. Malgrat (Panamá), Reynaldo Alarcón (Perú), Manolete Moscoso (Perú), y muchos otros destacados psicólogos del continente. Mantuve correspondencia frecuente con ellos, los visité en sus países y ellos a su vez estuvieron en mi casa de Bogotá.

Una importante labor fue la organización del XV Congreso Interamericano de Psicología (diciembre de 1974). Asistieron más de 2.800 personas, y fue el Congreso más numeroso realizado hasta esa fecha en Bogotá. Yo fui el jefe de la comisión organizadora. Fue un congreso con participación de figuras muy importantes del continente americano. Las conferencias por invitación estuvieron a cargo de Karl Pribram, Daniel Berlyne, Aroldo Rodrigues y Horacio Rimoldi. Creo que la organización de este congreso fue un trabajo importante, en el cual colaboraron todos mis amigos de la época. Solo 37 años más tarde, en el año 2011 se organizó otro Congreso Interamericano de Psicología en Colombia, en este caso el XXXIII en Medellín.

Paralelamente con el XV Congreso Interamericano de Psicología, organicé la I Conferencia Latinoamericana sobre Entrenamiento en Psicología. Tuvo financiación de la Unesco, a través de la Unión Internacional de Psicología Científica (IUPsyS por sus siglas en inglés). Yo logré reunir para esta Conferencia a los líderes de la psicología latinoamericana, de México hasta la Patagonia. De allí salió un modelo de entrenamiento de psicólogos para el continente (véase Ardila, 1975). Los trabajos presentados y las conclusiones de la Conferencia se publicaron en forma de libro, con el título de *La profesión del psicólogo* (1978).En esa época viajé mucho por América Latina, en la mayor parte de los casos invitado por las asociaciones de psicólogos de los diferentes países, o por personas particulares. Estuve en México, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Perú, Venezuela, Puerto Rico, República Dominicana, Ecuador y otros países. Hice buenos amigos, algunos de los cuales perduraron prácticamente toda la vida. Estos viajes me sirvieron para conocer los esfuerzos que estaban realizando mis colegas de otras naciones por elevar el nivel de la psicología al puesto que le corresponde en el panorama mundial, teniendo siempre en cuenta la relevancia de la ciencia para los problemas de América Latina y su desarrollo social.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

II

En la mitad de la vida

12. El largo camino

Al llegar a Colombia, en 1970, comencé a dirigir el Departamento de Psicología de la Universidad Nacional. En 1972 pasé a la Universidad de Los Andes, también de director, con el fin de crear la Carrera de Psicología. En 1976 acepté el ofrecimiento de la Universidad de Santo Tomás para organizar el programa de Magister en Psicología, que fue el primer posgrado en psicología que se abrió en el país. Tanto en Los Andes como en Santo Tomás mi trabajo fue fundar, organizar, abrir un nuevo camino. Abundaron los obstáculos, las dificultades y las faltas de comprensión; las directivas de ambas universidades, sin embargo, me dieron todo su apoyo. Tales trabajos sirvieron para hacer muchos amigos y también uno que otro enemigo.

Además, como actividad permanente estaba la *Revista Latinoamericana de Psicología*, cuya dirección requería al menos entre 10 y 15 horas de trabajo por semana. Estaban los libros, que había que revisar y actualizar. Estaba mi proyecto de investigación de la época, titulado "Aprendizaje temprano y desarrollo psicológico", con financiación del gobierno colombiano a través de Colciencias, al cual había que dedicarle tiempo y energías.

Es claro que una actividad así dejaba muy poco tiempo para la vida personal. Mis libros los escribía en los ratos libres, durante los fines de semana, durante las vacaciones, en las tardes en que "escapaba" de la oficina. Más tarde, a partir de 1974, después de la muerte de Ana Lucía, decidí reorganizar mi tiempo y dedicarle a la vida familiar muchas más horas. Le di un hogar a mi hijo David y al hacerlo me di un hogar a mí mismo. Para que David se divirtiera yo también tuve que divertirme. Fui de paseo con él, y al mismo tiempo aprendí a descansar y a divertirme. Vivir con David me mejoró mucho la vida y me hizo mirar el mundo desde una perspectiva más agradable y realista.

Sin embargo los problemas abundaban, relacionados con diversos aspectos. Había obstáculos que vencer para lograr las metas. Había problemas muy pragmáticos: por ejemplo el dinero

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

nunca alcanzaba; el salario de Director en la Universidad Nacional de Colombia (1970-1972) era ridículamente bajo, y en la Universidad de los Andes (1972-1976) era sólo un poco mejor. Yo necesitaba comprar muchos libros, tenía que pagar una secretaria particular de tiempo parcial para sacar adelante mis trabajos, y de vez en cuando hacía reuniones sociales en mi casa para recibir a psicólogos extranjeros que llegaban a Colombia. El dinero me angustiaba, y sólo años después logré estabilizarme económicamente.

Todos los días estaban llenos de cosas y esto me servía de aliento. Además del exceso de trabajo y de la falta de dinero, tuve fricciones con algunos colegas. Mis enemigos (¿y quién no los tiene?) comenzaron a atacarme despiadadamente. Algunos de los que yo había formado se levantaron en contra mía. Las pocas personas que yo consideraba que estaban "más allá del bien y del mal", o sea que permanecían en mis afectos no importa lo que hicieran, trataron de abusar de esa situación de privilegio; unos pocos abusaron y finalmente se marcharon por su propio camino.

Yo vivía en mi gran apartamento, rodeado por varios miles de libros, con mi hijo David y una empleada del servicio doméstico que tenía un hijo de la edad de mi hijo. Sólo pocas personas estaban realmente cerca de mi corazón. Algunos colegas me ayudaron mucho, me dieron apoyo, se preocuparon por mí, insistieron en que no abandonara la tarea de ayudar a crear una psicología latinoamericana de alto nivel científico y profesional.

Vale la pena citar entre mis mejores amigos a Gustavo Azuero, que sin ser psicólogo se interesó mucho por la psicología y se interesó por mí. Juntos fundamos una librería especializada en psicología y le dimos el pomposo nombre de "Siglo XXII", con mucho espíritu futurista. También es importante citar a Francisco Pereira, uno de mis colegas, con el cual trabajé mucho y escribí (véase por ejemplo Ardila y Pereira, 1975); hicimos varias investigaciones, dentro del área del aprendizaje temprano.

Otras personas importantes fueron Álvaro Sanín, un joven psiquiatra de grandes potencialidades. Tuvieron también importancia Mario Rezk, Rodrigo Polanco, Elisa Dulcey-Ruiz, Doralba

Rodríguez, Myriam Zuluaga, José Manuel González, Carlos Pereira, Hernán Escobedo, Stefano Vinaccia y otros colegas.

En 1977 cumplí 35 años. Pensé que estaba en la mitad del camino de la vida. Reflexioné en que probablemente iba a morir alrededor de los 70 años (o sea en el 2012, lo cual no ocurrió). Al haber vivido la mitad del tiempo, era importante pensar en la forma de planear el resto de la vida.

¿Qué hacer durante los siguientes 35 años? Lo reflexioné mucho, calmadamente y en silencio. Pensé en esas tres décadas y media que tenía al frente mío, entre 1977 y 2012. Analicé mi pasado y mi presente, con el fin de planear el futuro. Mis reflexiones me llevaron a considerar que en realidad lo que más me interesaba en la vida era investigar y escribir libros. Pensé en que si fuera a morir 6 meses después cancelaría todas mis actividades y me dedicaría a la investigación experimental y a escribir. Como tenía al frente mío 35 años y no únicamente 6 meses, era posible seguir con las otras actividades pero enfatizando la investigación, que había descuidado por razones ajenas a mi voluntad, fundamentalmente por mis trabajos administrativos.

El período de máxima creatividad en los psicólogos es entre los 35 y los 40 años (Lehman, 1966; Lyons, 1968; Zusne, 1976). Yo estaba entrando en ese importante período y era preciso aprovecharlo al máximo.

Una de las primeras conclusiones de ese período de reflexión fue crear la Fundación Rubén Ardila para el Avance de la Psicología. La cual tuvo como finalidad financiar investigaciones, publicar la revista y organizar eventos científicos. En pocas palabras, continuar con lo que yo había estado haciendo hasta ese momento. Espero que cuando yo muera la Fundación para el Avance de la Psicología continúe con las actividades a las cuales yo le dediqué la vida. El primer gerente de la Fundación fue Elisa Dulcey-Ruiz y el primer secretario, Francisco Pereira. En la época reciente han tenido especial relevancia Andrés M. Pérez-Acosta, Germán Gutiérrez, Alejandro Pineda, Lina Paola Lara, Oscar Galindo y Elisa Dulcey-Ruiz.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

13. En el decenio de 1960

Yo llegué a la Universidad Nacional de Colombia en febrero de 1960. Pasé allá casi 5 años, viajé por Europa, estuve en USA, obtuve un Master y un Ph.D. y regresé a Colombia en forma definitiva a comienzos de 1970. Esos diez años de mi vida coincidieron con los enormes cambios sociales que ocurrieron en el mundo y que pusieron en tela de juicio valores, filosofías e ideologías dominantes. Fue la década de la juventud, la década de la revolución de mayo de 1968 en Francia, el decenio de cambios y transformaciones más profundas.

Se ha dicho que la década de 1960 es la década más supervalorada del siglo XX. Fue la década de los Beatles, de la guerra de Vietnam, de Martin Luther King Jr., de la marihuana y el LSD, del amor libre, de la exploración, de la llegada a la luna, del control de la natalidad, de la liberación gay (Stonewall), de la liberación de la mujer. Fue la década de la juventud, y yo tenía 18 años cuando comenzó. Mi juventud coincidió con la década del 60.

Estos 10 años estuvieron marcados por el interés en el arte, en el marxismo, en la revolución social, en las comunas hippies, por el derrumbe de valores y por la construcción de otros nuevos, a veces nihilistas y a veces liberales. Fue la década de la indisciplina, de "haz el amor y no la guerra", de ensayar nuevas formas de pensamiento, a veces influidas por filosofías orientales y a veces altamente originales.

Para mí fue una década fascinante. En la Universidad Nacional de Colombia conocí a Camilo Torres (1929-1966), el principal líder revolucionario que produjo Colombia, después de Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948). Camilo enseñaba Sociología en la Facultad fundada por Orlando Fals Borda (1925-2008) en 1959, y que era el símbolo de todas las ideologías avanzadas. Los estudiantes de Sociología se consideraban extraños, revolucionarios, inteligentes y difíciles de comprender. La enorme cantidad de actividades artísticas e intelectuales que eran iniciativa de la Facultad de Sociología, repercutían en la Universidad e iban mucho más allá del campus.

Camilo Torres, Orlando Fals Borda, Virginia Gutiérrez de Pineda y un grupo muy grande de estadounidenses que trabajaban como profesores visitantes en Sociología, eran los artífices de esa enorme ebullición intelectual.

El joven profesor que tocaba guitarra, montaba en moto y fascinaba a muy grandes grupos de intelectuales, dejó su puesto, colgó los hábitos y se convirtió en revolucionario "de verdad", al estilo de Fidel Castro. Yo siempre pensé que Camilo Torres se había tomado demasiado en serio las ideas que se repetían una y otra vez, hasta la saciedad, en la Universidad. La mayor parte de los "revolucionarios de café" de la década del 60 hablaban mucho y hacían muy poco. No dejaban en absoluto sus comodidades "burguesas" ni se iban a la guerrilla, aunque predicaban que la lucha armada era la única salida al subdesarrollo y que había que ser consistente. Pero que otros lo hicieran... Ellos se limitaban a hablar, a echar discursos, a leer libros publicados en la URSS o en Cuba y a disertar sobre las contradicciones del capitalismo y la inevitable llegada del paraíso socialista.

Es justo señalar que algunos sí se tomaron en serio lo que decían, aunque fueran una minoría, y se marcharon a las guerrillas. Aunque en Colombia el fenómeno de la violencia es anterior a la década del 60, fue en esta cuando se constituyeron los grupos con orientación ideológica. Recordemos que los términos "ideología" y "marxismo" fueron equivalentes en esos años, y nadie pensó nunca que pudiera haber una ideología que no fuera marxista. A la guerrilla se unieron estudiantes de varias carreras, entre otras Medicina, Sociología, Derecho, Ingeniería y Psicología. Recuerdo un par de compañeros míos que dejaron la Universidad para volverse guerrilleros y que fueron asesinados al poco tiempo de estar "en el monte". Lo mismo le sucedió a Camilo Torres, uno de los símbolos de la década del 60 en Colombia, y el revolucionario por excelencia.

Además de revolución y marxismo hubo mucho arte en esos días. Marta Traba (1930-1983) fue una mujer extraordinaria, que estableció en nuestro país la crítica de arte, que antes de ella prácticamente no existía. Reunió a su alrededor un grupo de jóve-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

nes intelectualmente inquietos y nos formó en el significado del arte moderno. Marta Traba definió lo que era valioso en el abstraccionismo, qué pintores colombianos tenían posibilidades de convertirse en importantes artistas, de talla internacional y creó un pequeño grupo de "iniciados". Su labor fue decisiva para el desarrollo del arte moderno en Colombia.

Sus colaboradores nos limitábamos a seguir sus indicaciones, y creo que aprendimos mucho a su lado. Yo nunca he sido "productor" de arte sino "consumidor", ante todo de obras de pintura, escultura, música, etc. Marta Traba nos enseñó, con su palabra, con su ejemplo y con su enorme entusiasmo, a valorar el arte moderno. Es un hecho que la historia del arte en Colombia cambió radicalmente gracias a Marta Traba.

En un campo artístico, más cercano a mi vida anterior, a mi historia previa de reforzamiento, estuvo el Nadaísmo, un movimiento literario altamente original, iniciado por Gonzalo Arango (1931 - 1976). Este movimiento fue iconoclasta y algunos lo consideraban nihilista y existencialista. Fue un movimiento juvenil, típico de la década de los 60 con su interés en crear cosas nuevas, transformar el mundo, y con la certeza de estar haciendo algo muy importante.

Yo nunca fui parte de los nadaístas, aunque participé en sus actividades, discutí muchas horas con ellos en el Café El Cisne de la carrera 7a. de Bogotá, cambié ideas con Gonzalo Arango, Fanny Buitrago, Jotamario Arbeláez y todos los jóvenes idealistas y soñadores que estaban dedicados, en cuerpo y alma, a innovar la poesía, la literatura, y por medio de la palabra transformar el mundo y transformarse ellos mismos. El Nadaísmo puede entenderse escuchando a Darío Lemos, uno de los poetas más representativos del movimiento cuando afirma: "Vivo de la poesía, o mejor, la poesía vive de mí. Nunca tuve dinero, ni me interesa. Tengo en cambio abundantes amigos que pagan por mí en tributo a mi genio y a la amistad que les concedo por minutos, pues nadie es digno de mi compañía... En síntesis, soy un poeta sin antecedentes, y no dejaré sucesores. Conmigo nace y muere la poesía...".

Gonzalo Arango, Jotamario Arbeláez, Eduardo Zalamea, Eduardo Escobar, Amílcar Osorio, Jaime Jaramillo Escobar y otros poetas nadaístas, personificaron esa extraña década del decenio de 1960, que tanta influencia tuvo sobre los jóvenes de mi generación.

Durante la década del 60 los estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia hacían huelga para protestar contra el gobierno de turno y contra las directivas de la institución. Escribían poemas, escuchaban a Camilo Torres, a los nadaístas, a Marta Traba. Leían a Herman Hesse, a Paolo Freire, estudiaban los conceptos de la teología de la liberación, fumaban marihuana y soñaban con cambiar al mundo: "conmigo nace y muere la poesía".

La década del 60 fue también la década de las drogas, ante todo de la marihuana, el LSD y otras. Yo nunca fui amigo de esas "muletas" para caminar por la vida, nunca usé drogas y bebí muy poco. Tenía fama de "zanahorio" y de "nerd" como se diría mucho después. No pertenecí al Partido Comunista, ni a la Juventud Patriótica. No creí que marxismo e ideología fueran equivalentes, ni pensé que hubiera un solo camino para llegar a la Tierra Prometida del futuro, de la justicia social, la fraternidad universal, la solidaridad y la destrucción de las barreras que separan a los seres humanos. Ese Paraíso tenía que llegar, pero tal vez la revolución armada, Camilo Torres, Fidel Castro y las guerrillas colombianas no eran el camino. Pienso que no lo eran y el tiempo me ha dado la razón.

En 1962, el 7 de diciembre, cuando cursaba tercer año de Psicología y tenía 20 años, me sometí a un experimento sobre los efectos del LSD. Lo hice tras leer a Aldous Huxley y además muchos libros acerca de los efectos de las drogas sobre el comportamiento. El experimento se llevó a cabo por iniciativa mía, con estrictos controles médicos y en las mejores condiciones posibles. Fue una buena experiencia, que me impactó tremendamente y me mostró la relatividad de la percepción, la cognición e incluso de la personalidad. Haber consumido LSD, notado los enormes cambios en mis funciones psicológicas y analizado cada uno de los efectos, fue toda una experiencia, de esas que lo cambian a uno en forma indeleble. Si mi percepción, mis cogniciones, mis afectos, mi au-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

toimagen, podían cambiar tanto por haber ingerido una sustancia química, ¿dónde queda la estabilidad de la personalidad, el yo inmodificable, la estructura de la mente? Seguramente los seres humanos percibíamos, pensábamos, sentíamos y nos comportábamos de una u otra forma debido a la química de nuestro organismo. Al cambiar las sustancias en el torrente circulatorio, también cambiaban la "mente" y la "personalidad".

Sin duda, estos años fueron de formación y crecimiento personal. La Universidad Nacional de Colombia se convirtió en mi segundo hogar, y tal vez incluso en el primero. Mis padres seguían en Pereira y sólo los veía en vacaciones. Mis hermanos crecían, se convertían en adultos y pronto serían también estudiantes universitarios como yo. Enrique, Alfredo, Olga y Martha hicieron brillantes carreras y ocuparon destacadas posiciones en sus campos de trabajo.

La siguiente parte del decenio de 1960 la pasé en Europa y el Medio Oriente, en mi gran viaje al terminar carrera. Luego del año intermedio en Colombia (1966) estuve el resto de la década en Estados Unidos. Pude ver este período tan interesante y variado desde la perspectiva del Primer Mundo, que se centraba mucho en la guerra de Vietnam. Pero también en la rebelión juvenil, en las drogas, en "hacer el amor y no la guerra", en las comunas hippies y en la búsqueda de alternativas.

Fue fascinante haber sido joven durante la Década de la Juventud. Yo compartí plenamente la década del 60, sus ilusiones, sus sueños, sus frustraciones, sus contradicciones y su enorme deseo de dejar una huella en el mundo. "Todo lo que se hace en nombre del amor, está más allá del bien y del mal...".

14. La investigación científica

Desde pequeño tuve gran interés y fascinación por la ciencia. Para mí fue la búsqueda de la verdad en el universo, fue una forma de entender el mundo y mi propio mundo, de hallar sentido en el cosmos. Esa búsqueda de la verdad fue larga y tortuosa. Comenzó probablemente con la religión y con la filosofía, y pasó luego a la astronomía y la biología. Como dije antes, mi primer libro de no ficción escrito en la adolescencia, fue un tratado de astronomía que nunca terminé. Luego pasé a la psicología y en esta disciplina me quedé "fijado", aunque sin perder el interés en las otras ciencias, especialmente en la biología y en la astronomía.

La psicología y la astronomía no parecerían tener nada en común, excepto la fascinación por el misterio, en un caso el misterio del hombre y en el otro el misterio del universo. Siempre me interesé en las ciencias "duras", o sea en la psicología experimental, por una parte, y en la astronomía y la astrofísica, por otra. Rechacé las especulaciones referentes a los "misterios" de la mente, y a los Ovnis, aunque sin descartar del todo sus posibilidades. Dejé abierta la puerta para las investigaciones parapsicológicas y extra-planetarias, pero sin dedicarme personalmente a ellas. Nunca fui de esos científicos que deciden de antemano qué fenómenos "existen" y cuáles "no existen" sin estudiarlos previamente.

La ciencia me proporcionó muchos éxtasis. Fue una forma de solucionar mi necesidad de encontrar sentido en el mundo y de entender mi propio mundo. Había tantas cosas fascinantes que investigar que yo no podía morirme tan pronto. Había muchos mundos por descubrir, muchos misterios que descifrar, muchas incógnitas por develar. Sin duda la muerte podía esperar...

El análisis experimental del comportamiento y sus aplicaciones, que yo introduje en Colombia, a comienzos de 1970, fue recibido con gran interés. Las críticas vinieron más tarde. Incluso las aplicaciones en terapia del comportamiento y del análisis conductual aplicado a la educación, fueron muy bien recibidas. La gente

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

se dedicó a estudiar a Skinner y a otros teóricos del aprendizaje con gran seriedad y dedicación. Los problemas del "conductismo" se discutieron en mi país desde 1970, y se fundaron laboratorios para investigación básica e investigación aplicada.

Más tarde, hacia 1975, me dediqué a estudiar el aprendizaje temprano y las experiencias tempranas. No fue que abandonara el análisis experimental, y creo que nunca lo he hecho ni lo haré. Pero los problemas de la psicobiología evolutiva me parecieron fascinantes, y eran una forma de entender los orígenes del comportamiento humano. Mi libro con este título *Los orígenes del comportamiento humano* , se publicó en 1979 en España y fue muy bien recibido por la crítica. Contiene mi programa de investigación científica, financiado por Colciencias, la agencia gubernamental colombiana que brinda apoyo a la ciencia en el país.

Realicé experimentos sobre *imprinting*, deprivación perceptual, deprivación materna, estimulación compensatoria, influencia de drogas sobre el comportamiento temprano, ambiente prenatal, aprendizaje en la primera infancia, socialización y pautas de crianza, y otros temas semejantes.

De los trabajos con animales pasé a trabajar con participantes humanos. El programa sobre pautas de crianza se amplió considerablemente, y originó una investigación transcultural sobre inteligencia, personalidad, juicio moral y socialización, que incluyó a Colombia, Cuba, Puerto Rico y Haití. En todos estos casos se investigó la influencia de la cultura sobre el desarrollo del comportamiento, incluyendo sus varias facetas. Fue un trabajo muy amplio y muy ambicioso, que duró varios años. Aunque sus resultados fueron muchos y muy complejos, puedo afirmar que arrojó luces sobre la influencia de los factores culturales sobre el desarrollo infantil.

Leí a Bronfenbrenner, Vygotski, Piaget, Mussen, Roger Brown y muchos otros teóricos del desarrollo. Nunca me convenció completamente Piaget, aunque aprecio sus contribuciones a la psicología infantil y a la epistemología genética. Incluso lo conocí una vez en París, durante el XXI Congreso Internacional de Psicología (1976); hablé con él un poco y me pareció un hombre creati-

vo y lleno de ideas. Recuerdo que fue una conversación corta, en francés, idioma que yo no conocía ni poco ni mucho, y hacía todos los esfuerzos para entender, de modo que es posible que Piaget no entendiera lo que yo le dije ni yo tampoco entendiera lo que él me contestó… Pero nunca pude estar de acuerdo con sus conceptos ni con su teorización. Para un hombre como yo, que creía en Locke, Darwin y Skinner, los trabajos de un neokantiano como Piaget parecían extraños, por decir lo menos. Admiré a Piaget y lo respeté, lo admiro y lo sigo respetando, pero no compartí todas sus ideas. Me interesó mucho el "Piaget antes de ser Piaget" que había estudiado someramente y que encontré muy bien descrito en el libro del argentino Fernando Vidal titulado *Piaget Before Piaget* (1994).

Siempre me agradaron las matemáticas. Me sorprendí gratamente cuando encontré que en Psicología había que usar estadísticas y modelos matemáticos, cosa que no esperaba. Incluso me interesó más la filosofía de las matemáticas que la parte de computación. Mi interés en filosofía de la ciencia cuando era estudiante de Psicología en la Universidad Nacional de Colombia se complementó con mis lecturas sobre filosofía de las matemáticas, y con la amistad que me brindaron estudiantes del Departamento de Matemáticas, la mayor parte de ellos muy brillantes y creativos. Con ellos leí los libros de Bourbaki, en francés (leer en francés no es lo mismo que hablar en francés…), discutí muchas horas acerca de topología combinatoria, el desarrollo de los conceptos cuantitativos en niños, la asignación de numerales a los objetos y eventos del mundo real, etc. Todos estos eran problemas fascinantes y complejos, a los cuales me dediqué con la misma pasión con la que me había dedicado a mis anteriores empresas.

Encontrar alguien con el cual estudiar libros de ciencia fue siempre una de las metas de mi juventud. La amistad la concebía como una búsqueda en común de la verdad, obviamente que de la verdad científica. El libro de Eddington, *La naturaleza del mundo físico* (1952), lo leí con uno de mis amigos de entonces. Lo mismo varias obras de Bertrand Russell, especialmente el *Análisis del espíritu* (1958). Yo tenía alrededor de 20 años, andaba en busca de un camino y de una identidad, y únicamente la ciencia parecía que le fuera a dar sentido a mi existencia.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Sin embargo no dejé de lado otros intereses, por ejemplo el arte y los viajes. Como dije antes colaboré con Marta Traba, una mujer extraordinaria, que en esa época era el principal crítico de arte del país, en la fundación del Museo de Arte Moderno. Además realicé excursiones a las selvas colombianas y a los lugares más recónditos del país. Yo hablaba de todos los temas humanos y divinos, un poco a la manera de Nietszche. Escribía cuentos y novelas, ensayos sobre el origen del universo y sobre los orígenes de la conciencia. Me seguía interesando la evolución y todos mis amigos me consideraban "especialista" en ella. Teníamos un grupo de estudio en el cual cada uno de los participantes debía presentar un trabajo, lo más serio y profundo posible. Cuando me tocó el turno yo hablé sobre astronomía, aunque mis amigos esperaban que hablara sobre evolución o psicología.

El día en que leí que los procesos de creatividad eran iguales en la ciencia y en el arte, y que únicamente variaba la forma como el individuo canalizaba sus esfuerzos creativos, me sentí muy bien. Siempre había pensado que yo era un hombre creativo, pero mi "dispersión" me asustaba un poco. Con esta nueva explicación, el problema se solucionó: un hombre creativo podía ser un artista o un científico, o ser ambas cosas a la vez. Yo no era una excepción, ni era un hombre "disperso" que se convertiría, como tantos de mis amigos, en un hablador de café, en una inteligencia perdida que nunca llegaría a hacer nada importante en la vida.

Para mí, la ciencia no fue nunca un juego. Muchos especialistas la consideran así, pero para mí fue algo muy serio y profundo. Tampoco era "sentido común organizado". Era nada menos que la búsqueda de la verdad en el universo. Más tarde supe que la ciencia no servía para encontrar "la verdad", y al fin de cuentas "la verdad" era solamente un concepto metafísico, una especie de límite, de horizonte, que se alejaba cada vez que avanzábamos en su búsqueda. Era inalcanzable. Lo mismo que la belleza, la bondad, e incluso que el amor (el gran amor con el cual había soñado toda la vida), era un espejismo, que al acercarnos se desvanecía. Era como tratar de coger con la mano la luna reflejada en un lago.

Pero, la ciencia no podía ser simplemente un juego. Era cierto que poseía reglas y direcciones, que tenía una metodología de gran poder pero al fin de cuentas limitada. Aquello de aplicar el método científico a "problemas resolubles" fue algo que me costó mucho trabajo aceptar. Terminé haciéndolo después de muchas reflexiones, debido a mi interés en la ciencia "ortodoxa" y no en las excepciones a las leyes científicas.

Sin embargo en la ciencia había cosas poco agradables de hacer, como preparar una propuesta de investigación para ser financiada, corregir un reporte para ser publicado en una revista de Estados Unidos o de Europa, o revisar una tesis. Igualmente defender la prioridad de algún descubrimiento, ya que algunos colegas más de una vez quisieron apropiarse de los trabajos de otros. Era necesario investigar, pero no sólo esto, sino también presentar los trabajos en Congresos científicos, escribir en revistas técnicas, defender las propias ideas, revisar las traducciones de mis libros a otros idiomas.

La comunidad científica colombiana es una de las más pequeñas de América Latina, en comparación con el número de habitantes. Pero es también una de las más activas y comprometidas con su trabajo. Prueba de esto es el papel que ha jugado Colciencias en el desarrollo de la ciencia en Colombia, a través de la financiación de investigaciones básicas y aplicadas, becas doctorales, programas de apoyo al investigador, estímulos, respaldo a las revistas científicas, financiación de Congresos y eventos, etc. La gran importancia que ha tenido a lo largo de los años y que sigue teniendo la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. El rol de la Fundación Alejandro Ángel Escobar. Y el papel jugado por la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (ACAC).

Yo fui miembro de la Junta Directiva de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia en la década del 70, cuando apenas comenzaba. Era un grupo de personas idealistas, encabezado por Clemente Garavito y por Alberto Ospina. No teníamos oficina, ni fondos, pero organizábamos Convenciones Científicas, hacíamos publicaciones y nos entrevistábamos con el Presidente de la República

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

para convencerlo de la importancia de la ciencia para el desarrollo nacional. Recuerdo en este sentido nuestra entrevista con el presidente Alfonso López Michelsen. Otro mandatario muy interesado en la ciencia y amigo de la Asociación, fue el presidente Misael Pastrana.

Dejé de pertenecer a la Junta Directiva de ACAC debido a mis labores en el exterior y por mis trabajos bastante pesados y que consumían mucho tiempo. En 1996 fui elegido nuevamente miembro de la Junta Directiva de la Asociación. Esta era ahora una entidad muy grande e importante, con una sede magnífica (más adelante con 2 sedes), 80 empleados de tiempo completo, abundantes recursos, ideas y programas muy bien elaborados. Los líderes eran Eduardo Posada Flórez, Nohora Elizabeth Hoyos, y poco más tarde de Carmen Helena Carvajal. Ellos habían sido artífices de la nueva etapa de la Asociación. Organizamos Convenciones Científicas Nacionales, Expociencia y Expotecnología, publicamos una excelente revista similar a *Scientific American* llamada *Innovación y Ciencia*, se colaboró de manera decisiva con la elaboración y aprobación de la Ley de Ciencia y Tecnología (en sus dos versiones: Ley 29 de 1990 y Ley 1286 de 2009), con el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología y muchas otras actividades. ACAC tenía una voz y estaba muy bien posicionada en Colombia y con amplias conexiones internacionales. La diferencia entre esta Asociación y la de la década del 70 era realmente abismal. El progreso había sido enorme. Gracias a los nuevos líderes como Eduardo Posada Flórez, a la Misión Ciencia, Educación y Desarrollo (Misión de Sabios) inspirada por Rodofo Llinás y apoyada por el presidente de Colombia César Gaviria, y a los esfuerzos y persistencia (u obstinación y terquedad…) de otros científicos que trabajaban "con las uñas".

Una de las empresas en las cuales trabajé más activamente fue en el Centro de Ciencia y Tecnología (Maloka). Mi interés en la apropiación social de la ciencia era de vieja data. Este Centro consistía en una serie de museos interactivos, que abarcaban astronomía, geología, física, química, biología, psicología, antropología, energía y el mundo del trabajo. Eran parte de los proyectos de la Misión Ciencia, Educación y Desarrollo del gobierno nacional (administración del presidente César Gaviria). Eduardo Posada y No-

hora Elizabeth Hoyos, Presidente y Directora Ejecutiva de ACAC, respectivamente, fueron los organizadores e impulsores de este Centro. El nombre final, Maloka, tenía un gran sabor colombianista y antropológico, relacionado con nuestros "sabios indígenas".

Inicialmente Psicología no estaba contemplada entre las disciplinas que formaban el Centro. Debido a mi interés en que los no especialistas sepan lo que es psicología, yo propuse la fundación de un Museo de Psicología (en 1993) que finalmente pasó a integrarse al Centro Interactivo de Ciencia y Tecnología (Maloka). Maloka fue inaugurada formalmente el 4 de diciembre de 1998.

En la década del 70 yo había sido el único psicólogo, y el único "científico social", que pertenecía a la Junta Directiva de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia. En la década del 90 la situación fue similar. No he tenido dificultades para comunicarme con los científicos "duros" y me he mantenido relativamente al día en lo que pasa en ciencias físicas y biológicas. Pero he notado que la Psicología para ellos sigue siendo una ciencia "blanda" que está muy lejos del nivel alcanzado por la física o la biología. He dedicado muchas horas para informarles a mis colegas sobre el estatus científico de la psicología y su lugar en la jerarquía de las ciencias; ¡si los convencí o no, ya es otra historia!

En la Junta Directiva de la Unión Internacional de Ciencia Psicológica (IUPsyS) fui durante varios años el único latinoamericano y el único hispano-parlante. De modo que mientras en la ACAC era el único representante de las ciencias del comportamiento, en la IUPsyS lo era de mi contexto cultural y de mi área geográfica. Esto no me molestaba, dado que me había acostumbrado durante toda la vida a ser "diferente" sin que esto significara ser "inferior" o ser menos que los otros.

Llevé a cabo muchas labores científicas a lo largo de la vida. Hice investigaciones experimentales y correlacionales. Escribí libros de ciencia, tanto monografías especializadas como textos. Formulé una teoría para unificar la psicología que denominé síntesis experimental del comportamiento. Edité desde 1969 la *Revista Latinoamericana de Psicología* y desde 1982 la revista *Avances en Psi-*

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

cología Clínica Latinoamericana, que más adelante cambió su nombre por el de *Avances en Psicología Latinoamericana*. Pertenecí a la Junta Directiva de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia durante muchos años. Colaboré con Colciencias en evaluación de proyectos de investigación, en informes técnicos, en comités, etc. Fui miembro de muchos Comités Consultores nacionales e internacionales. Pertenecí a la Junta Asesora y al Comité Científico de muchas revistas científicas, ante todo de Europa y Estados Unidos, en las áreas de psicología experimental, internacional, social, psicología de la salud, análisis experimental del comportamiento, análisis conductual aplicado, psicología de la paz y otras áreas. Desde 2007 fui miembro de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (el primer psicólogo en ser elegido a esta Academia).

15. Problemas sociales

Aplicar el método científico a los problemas psicológicos no era exactamente igual que aplicarlo a los problemas físicos. Nosotros, en Psicología estamos muy cerca de nuestro objeto de trabajo, y de ahí la dificultad de ser objetivos y precisos. La Psicología ha avanzado y se ha desarrollado a pesar de los obstáculos, pero todos creemos que ha debido llegar mucho más lejos de donde ha llegado. Sin embargo la gente cree saber psicología sin saberlo, y es difícil que haya una ciencia en la cual exista una discrepancia mayor entre la imagen pública (lo que la gente cree que es la psicología) y la realidad. La gente cree que la psicología es una cosa y en realidad es otra muy distinta. Yo pienso que los psicólogos tienen que luchar contra obstáculos que no existen en otras disciplinas, al menos en las más desarrolladas.

Pronto adquirí fama de "conductista", entendiéndose por este término especialista en ratones, mecanicista, pro-imperialista,

enemigo de la religión, positivista, experimentalista y otras cosas terribles. Cuando me dediqué a estudiar marxismo y a participar en grupos de trabajo sobre problemas sociales, esto produjo un poco de "disonancia cognitiva" entre mis enemigos. Sin embargo, con el paso del tiempo, la situación se hizo más clara y mi imagen estuvo más de acuerdo con la realidad.

Recuerdo que una estudiante de una Escuela de Graduados de Bogotá me dijo un día que a pesar de ser yo conductista, ella pensaba que estaba sinceramente interesado en el cambio social y en mejorar la angustiante situación económica y política de nuestro pueblo. "¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?" le pregunté, y ella en realidad no supo decírmelo. Los conductistas tenían que ser enemigos de la revolución, ese era un axioma, un dogma que nadie osaba poner en duda. Que hubiera un conductista interesado en el marxismo era una contradicción absoluta, según la cultura de mi país en ese momento.

¡Tan simplista era nuestra gente! Me costó mucho trabajo convencer a los estudiantes marxistas de que un *enfoque científico* del comportamiento humano, aquello que denominaban "conductismo" con el fin exclusivo de despreciarlo y simplificarlo, era compatible con un enfoque científico de la sociedad, que ellos denominaban "marxismo" con el fin de engrandecerlo y complejizarlo. El marxismo y el conductismo estudiaban fenómenos diferentes y estaban en distintos niveles, pero podían llegar a ser compatibles. Como lo son el marxismo y el humanismo y el existencialismo. En cambio el freudo-marxismo fue una mezcla explosiva y contradictoria, que no llegó muy lejos. Escribí un artículo sobre estos temas (1980) que titulé "Conductismo y marxismo" y publiqué en la *Revista de Psicología General y Aplicada* de Madrid. El mensaje era la conveniencia de iniciar un diálogo entre estas concepciones: del ser humano, por una parte, y de la historia y la economía por otra.

Si pensamos en todo el tiempo que dedicaba a mis actividades públicas, a mi hijo David, a revisar mis libros para futuras ediciones, a escribir artículos para los periódicos, a dictar clases y especialmente a mi gran actividad sexual, es claro que la investi-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

gación científica tenía muchas actividades con las cuales competir. Generalmente le dedicaba bloques de tiempo, en los cuales no hacía nada más. Trabajaba en el laboratorio sin levantar la cabeza, o en mi estudio analizando los datos experimentales. Personas como Gerardo Marín, Francisco Pereira, Carlos Pereira, Mario Rezk, Rodrigo Polanco, Julio Eduardo Cruz, Wilson López López, Fredy Reyes, Andrés M. Pérez-Acosta, Diana Forero, René Quiñones, etc., fueron magníficos colaboradores en mis actividades científicas. Para muchos otros colegas los trabajos de laboratorio eran importantes, valiosos, iban a arrojar luces sobre la estructura del comportamiento y sobre las causas de la conducta humana. Para algunos era una cosa seria, pero ellos preferían dejar que "otros se quemaran las pestañas" (según expresión de uno de mis amigos).

La ciencia fue una ocupación absorbente y fascinante. Una forma de encontrarle sentido a mi vida. Algo tan atractivo como el sexo, o tal vez más. En cierto artículo que escribí cuando tenía 20 años y presenté a un círculo literario, hablaba de lo que haría si existiera la reencarnación y yo tuviera la oportunidad de vivir al menos cinco vidas diferentes. Ese trabajo se perdió y lo reescribí 15 años más tarde. Se titula "Si existiera la reencarnación" (ver Apéndice A).

Si yo tuviera cinco vidas se las dedicaría al amor, a la ciencia, a la filosofía, a los viajes y a trabajar por la justicia social. De todos modos, la primera estaría dedicada al amor y la segunda a la ciencia. Ambos enfoques de mirar el mundo fueron para mí igualmente importantes y fascinantes. Yo no he creído nunca en la reencarnación, claro está, sino en la necesidad de integrar todas las posibles vidas en una sola, y de ahí el problema. El amor, la ciencia, la filosofía, los viajes y la justicia social: no me fue nada fácil unir todo esto, dentro de unas pocas décadas de vida.

Pasé los años de mi actividad científica en compañía de personas que quise mucho y que colaboraron con mis trabajos. Ellos ayudaron a que la labor diaria fuera menos dura y más dulce. Ellos me ayudaron a integrar el amor y la ciencia... además de las otras tres vidas posibles.

He tenido algunas dificultades con unos pocos colegas. En la mayor parte de los casos he tratado de evitar involucrarme en polémicas y no he contestado a las críticas ni he devuelto las injurias. Sin embargo esto ha sido la minoría. Tengo como filosofía *nunca hablar mal de un colega*. Con la mayor parte de los psicólogos y estudiantes y con otros profesionales de diversas disciplinas me he llevado muy bien y hemos colaborado en muchas empresas. En este sentido me siento feliz de haber sido aceptado, respetado y, sobretodo amado, por la mayor parte de los psicólogos con los cuales he compartido la vida.

En la década de 1980 mis intereses se movieron de la investigación básica con animales, a la investigación sobre problemas sociales. En 1979 había publicado mi novela utópica *Walden Tres*. No fue que pasara "de la biología a la cultura" como dijo un colega, sino que trabajé sobre los problemas del aquí y el ahora, de Colombia y de América Latina. Y también del mundo en general.

Entre dichos problemas que investigué en la década de 1980 estuvieron las pautas de crianza de los niños, que dieron origen a mi libro *Psicología del hombre colombiano* (1986a), que tuvo muy buena acogida y resonancia en el país; representó la culminación de mi interés en el problema del "carácter nacional", concepto desprestigiado y que parece carente de validez, excepto si se analiza dentro de un marco de referencia de aprendizaje social y de diferencias transculturales.

Otro proyecto grande de investigación se refirió a los aspectos psicológicos del desempleo (1991). Comparé personas empleadas y desempleadas en aspectos importantes relacionadas con su autoimagen, su vida familiar y social, consumo de psicofármacos, estructura en el uso del tiempo, planeación del futuro y otros factores similares. Un segundo proyecto sobre psicología del desempleo investigó dichos problemas en profesionales desempleados.

Investigué también lo relacionado con psicología de la paz (1989) y con violencia (1994b). Estos temas me importaron mucho, a lo largo del tiempo, y les dediqué muchos años. Participé activamente en los International Symposia on the Contributions of Psy-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

chology to Peace, y presenté trabajos en casi todos ellos (en Alemania, Estados Unidos, Australia, Suráfrica, etc.). Me relacioné con los líderes del área a nivel mundial, incluyendo la División 48 (Psicología de la Paz) de la American Psychological Association (APA).

Mi investigación sobre el impacto psicológico de la amenaza de la guerra nuclear (1986 b, c) fue el resultado de mi preocupación por el futuro de nuestra especie y de nuestra civilización. Este proyecto estuvo inspirado por mi hijo David y por nuestras conversaciones acerca de la posibilidad de una guerra nuclear y las implicaciones psicológicas de los temores asociados con un holocausto nuclear. Esta investigación marca también el comienzo de mi interés en la psicología de la paz.

Le dediqué varios años a trabajar sobre calidad de vida, en diferentes poblaciones. Esta área dio origen a varios proyectos de investigación y contó con la colaboración de mis estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia.

La percepción social de la ciencia fue otra investigación, en la cual trabajé a partir de 1997. Compara las creencias, prejuicios, actitudes y conocimientos de grupos muy grandes de personas, acerca de la ciencia. Las relaciones entre ciencia y pseudo-ciencia, entre ciencia y religión, ciencia y política, que me habían interesado desde la adolescencia, se estudian en este trabajo.

Este período dedicado al estudio psicológico de los problemas sociales, fue muy positivo y representó una etapa de reflexión y análisis maduros. Quedaron muchos temas por estudiar, por ejemplo la psicología de la pobreza, que me había interesado desde dos décadas atrás (ver 1979 c) y que retomé en 2010 con la colaboración de Oscar Galindo y gracias a su motivación y conocimientos sobre el tema. Faltaron por estudiar las relaciones entre los géneros, las alternativas a la familia tradicional, el desarrollo psicológico de las minorías sexuales a lo largo del ciclo vital, las aplicaciones de la psicología al desarrollo socio-económico de los pueblos, y otros temas similares. Existe mucho terreno por recorrer en este campo.

16. Viajes

Una de mis cinco "vidas", la cuarta, la dedicaría a viajar. De hecho, una porción de tiempo muy grande de esta vida, que es la única que existe en realidad, la dediqué a viajar. Estuve en muchos países de todos los continentes, estudié su historia, su geografía y sus idiomas. Fui un viajero, no un turista, interesado en conocer profundamente el país que estaba visitando. Los viajes los planeé con cuidado, con meses y a veces con años de anticipación, me relacioné con los habitantes del lugar y traté de no hacer juicios evaluativos negativos acerca del sitio donde estaba. Aprendí mucho sobre la relatividad cultural y sobre la capacidad del ser humano para adaptarse a distintos hábitats y para enfrentar diferentes ambientes.

Creo que mi interés en la psicología transcultural, y en general en la psicología social, tiene mucho que ver con mis viajes. Primero recorrí mi país, Colombia, y creo que lo conozco de arriba abajo, incluyendo la Zona Andina, los Llanos Orientales, el Atlántico, el Pacífico, el Amazonas, la Guajira, las grandes ciudades y los pequeños pueblos. Conozco su población indígena y su población negra, además de las poblaciones blanca, mestiza, mulata y zamba. Viví la experiencia de las distintas subculturas colombianas, incluso en mi propio desarrollo personal: yo nací en la cultura Neohispánica (Santander) pero crecí en la cultura de la Montaña (Caldas, Risaralda), y viví en la cultura del Altiplano Cundiboyacense (Bogotá) gran parte de mi vida adulta.

Los viajes al exterior comenzaron a los 17 años y el primer país que conocí fue Estados Unidos. Después vino mi gran viaje a Europa y al Medio Oriente, muchas visitas a países latinoamericanos comenzando por México y siguiendo por Suramérica, el Caribe y Centroamérica. En un principio fueron viajes con el fin de conocer los países y las culturas que iba a visitar; más tarde fueron viajes de trabajo, a participar en Congresos, a dictar conferencias, a trabajar como profesor visitante en diversos países, a recoger datos para una investigación transcultural.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

El contacto con diversas culturas me llevó a interesarme en los determinantes culturales de la conducta. Me interesaron problemas como la socialización de los niños, los roles de los géneros y la forma como se adquieren en las distintas culturas, la competencia y la cooperación, el altruismo y la carencia del mismo, la solidaridad , la violencia, la agresión, la relatividad del concepto de normalidad, las diferentes interpretaciones de la patología, la vejez, las actitudes ante la muerte, la obediencia, los conflictos de grupo, los estilos de liderazgo, la manera de solucionar las fricciones y divergencias en distintas culturas, la conformidad, la desviación social, las diferencias entre países desarrollados y subdesarrollados, el papel de la religión en distintos contextos culturales, el cambio social...

Todos estos temas me apasionaron. Muchos fenómenos que encontré en mis viajes por el mundo quise después explicarlos científicamente. No creo que haya hecho ninguna contribución importante a la psicología transcultural, pero este fue un campo que me apasionó siempre, ante todo en la segunda parte de mi vida, durante la madurez y la adultez.

A lo largo de toda mi vida fui testigo de los cambios que estaban sucediendo en los distintos países. España, por ejemplo, se transformó tremendamente desde los tiempos de Franco cuando yo estuve en ese país por vez primera (1964). Lo mismo noté en Puerto Rico, e incluso en Alemania y Francia. Todo esto me hizo reflexionar acerca de la convergencia de las culturas, en la formación de una sociedad global (la "aldea global") y en la desaparición o no desaparición de muchas diferencias que parecían muy "folclóricas". ¿Llegará el día en que tendremos en el planeta Tierra una sola civilización? ¿Valdrá la pena conservar las diferencias entre las culturas y las subculturas?

¿Estaremos llegando al "fin de la historia"? ¿O será que nos acercamos a una nueva Edad Media? Estos problemas me interesaron mucho en la década de 1990, a comienzos del siglo XXI, observando los importantes cambios sociales relacionados con la desintegración de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín y la unificación de Alemania, los tremendos avances logrados en los

países en desarrollo (por ejemplo Chile, Singapur, China), la convergencia cultural hacia una sociedad global.

El capitalismo salvaje nunca me pareció justo ni creí que fuera a mejorar la calidad de vida de la gente. Era una especie de darwinismo social, de la supervivencia del más apto, de la ley del más fuerte. Pero al mismo tiempo era la "igualdad de oportunidades", el comercio mundial, la globalización de la economía, la convergencia de las culturas, y en el fondo era la meritocracia, que tanto se había criticado y que tenía adherentes y enemigos acérrimos y apasionados en el mundo de la psicología. Nuestra sociedad occidental está centrada en los "méritos" de cada uno y eso tiene muchos puntos para discutirse, porque los méritos presuponen una igualdad de oportunidades que nunca ha existido y probablemente nunca vaya a existir.

La convergencia cultural no era igual a la "americanización" del planeta, obviamente que no. Estados Unidos no fue el único artífice de este proceso de convergencia y de globalización de la economía. La "aldea global" fue un concepto al cual llegamos todos, fue un punto de convergencia. La conclusión, de una cultura unificada, con valores occidentales, puede ser algo bueno o malo pero es algo que estamos viendo todos los días. En China tener acceso a la Coca-Cola, la ropa occidental, a los valores "democráticos" e "igualitarios", al idioma inglés, a la filosofía de occidente, era la meta de hombres, mujeres y niños, de jóvenes y viejos. Lo mismo pasaba en Kenia, Paraguay, Rusia, Noruega o en Araba Saudita. Extraño, muy extraño...

Un hombre o una mujer educados, de Suecia, Bangladesh, Uganda, Venezuela o Singapur, tienen prácticamente los mismos valores, los mismos conceptos básicos acerca de la vida, las mismas actitudes hacia la igualdad de los géneros, la importancia de la educación, la necesidad de planear el futuro, el trabajo y el ocio, la ciencia y la tecnología, el amor, el sexo, e incluso la religión y la separación entre la iglesia y el estado. Extraño, que culturas tan diferentes hayan llegado a puntos de convergencia tan similares, a pesar de historias previas tan distintas.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

La unidad de la civilización humana, respetando las diferencias y las idiosincrasias culturales, fue probablemente uno de los problemas más importantes de la nuestra especie a comienzos del siglo XXI. Fue un fenómeno que me interesó muchísimo, como consecuencia de mis lecturas, mi correspondencia con personas de culturas diferentes, idiomas diferentes y obviamente muy distintas historias de reforzamiento. A lo mejor, estamos buscando aquello que nos une y no aquello que nos separa. Estamos logrando llegar a nuestra esencia como seres humanos, más allá de las diferencias culturales y de los prejuicios chauvinistas. Pero por otra parte renacen los nacionalismos, los odios ancestrales, las diferencias "tribales", lingüísticas y religiosas. Los que creíamos que las religiones estaban muertas y enterradas para siempre, nos encontramos con un renacer de la religión a comienzos del siglo XXI. Y no sólo en los países más "atrasados" y subdesarrollados, sino también en los más "avanzados" y desarrollados. Lo que nos tocó vivir, ¡Dios mío! Que Dios me perdone, ¡pero yo no creí nunca que seríamos testigos del renacer de la religión y de su importancia para el hombre moderno! Dios mío, Dios mío...

Mis viajes me llevaron a todos los continentes y a muchos países, creo que visité como 100 naciones en toda mi vida. Alguna vez pensé que sería interesante ir a todos los países del mundo y me propuse hacerlo antes de morir. Pero resulta que los países se dividen, por ejemplo la Unión Soviética, Yugoeslavia, y aparecen muchos otros países por ejemplo en África, el más reciente de los cuales es Sudán del Sur, en 2011. De modo que entre más países recorría, más me faltaban por recorrer.

Yo nunca entendí a la gente que no le gustaba viajar. Muchos de mis amigos detestaban salir de su ciudad y sólo lo hacían cuando no había más remedio que hacerlo. Preferían leer libros sobre países exóticos o ver los programas de TV y los videos de la National Geographic que visitar tales países, estudiar su historia y su cultura, hablar con su gente y regresar con una mentalidad más abierta y con una cosmovisión más universal.

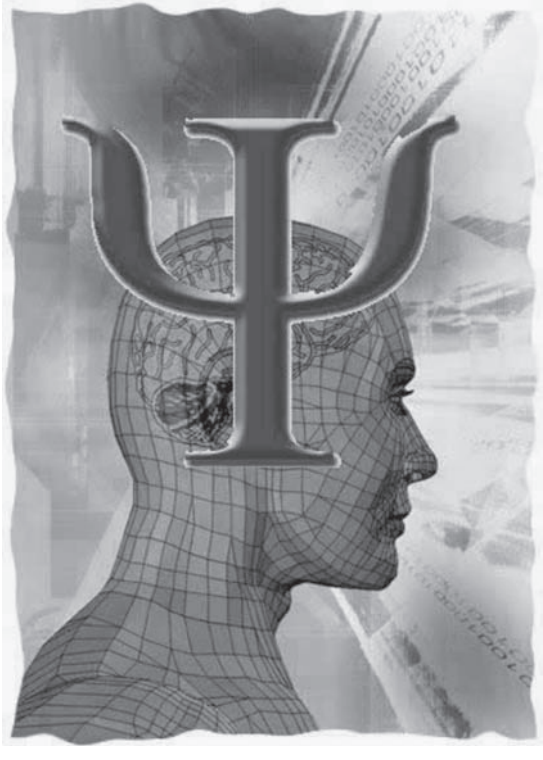
Se supone que con el paso de los años, uno se vuelve más sedentario y le interesan menos los viajes. A mí me sucedió algo parecido, pero en menor grado. Me siguió agradando viajar, pero con el paso de los años lo pensé más antes de emprender un largo viaje, que cuando era joven. Viajé igual, pero con objetivos específicos y tal vez con menos entusiasmo e interés que cuando era joven. Pero espero seguir moviéndome por el mundo hasta el último día de mi vida.

Bogotá, D.C.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

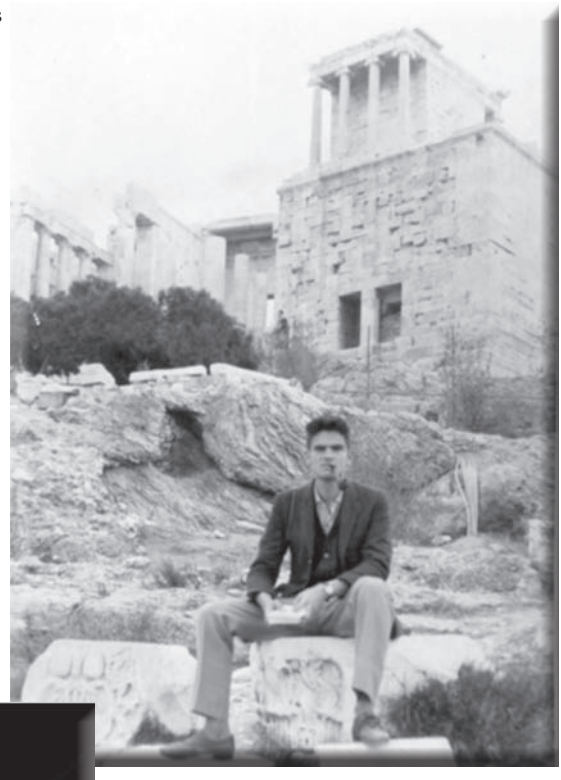
Influencias intelectuales: C. R. Darwin, S. Ramón y Cajal, B. F. Skinner y B. Russel

Stefan Zweig (1881 - 1942)



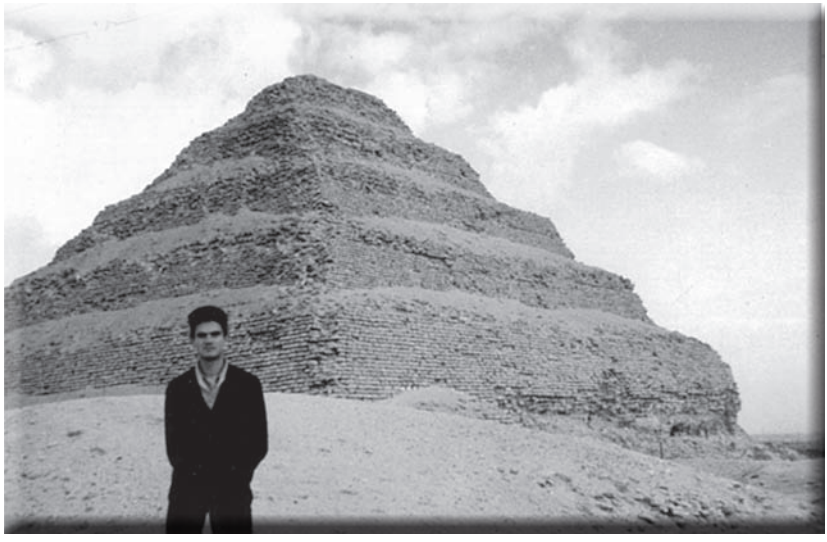
Psicología

En Grecia a los 22 años

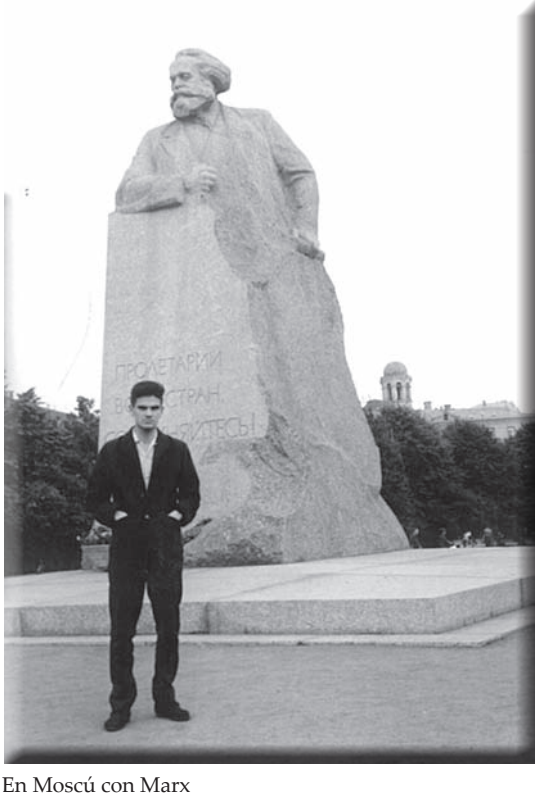


Nefertiti

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

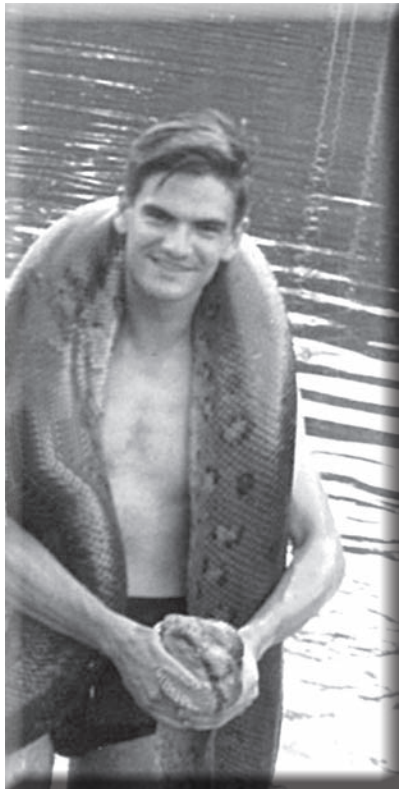


Pirámide
de Sakkara

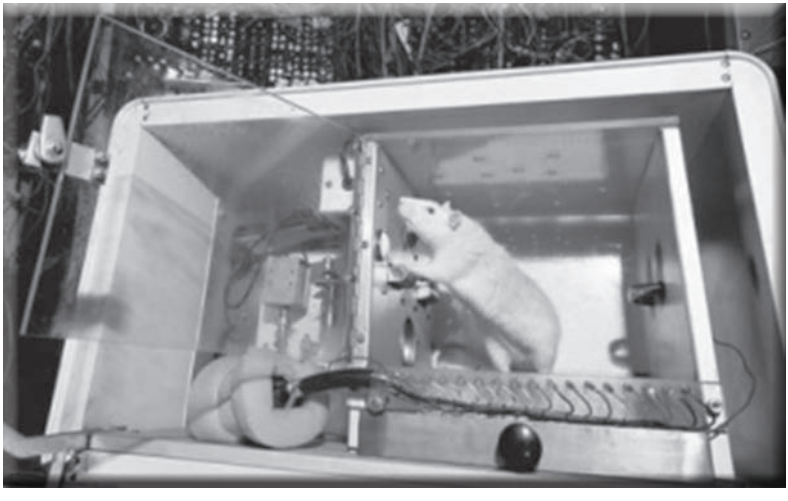


En Moscú con Marx

En el Amazonas a los 24 años



Universidad de Nebraska - Lincoln

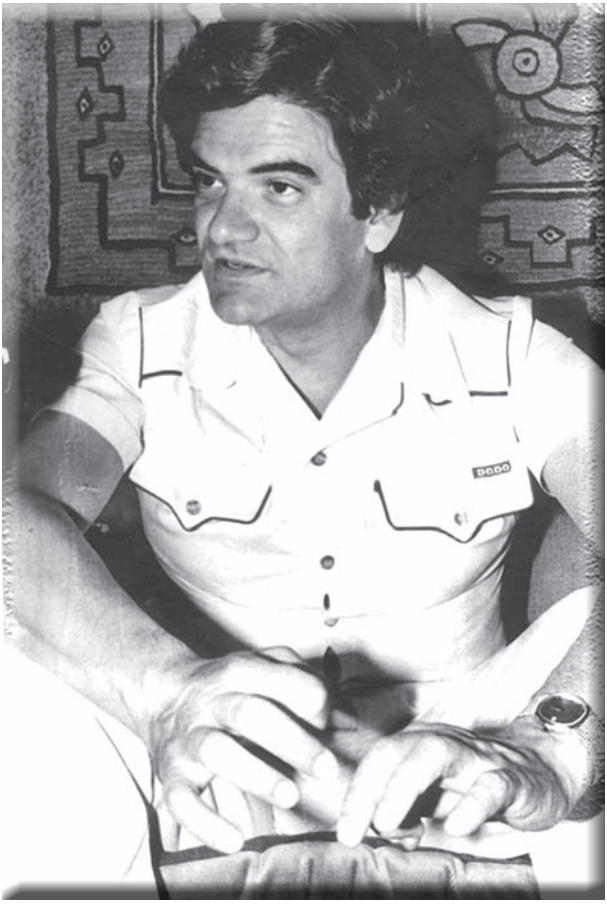


© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

XV Congreso Interamericano
de Psicología (1974)

David, Ana Lucía y RA
en 1972

Fundación de la carrera de Psicología en la Universidad de los Andes
Fernando Barrera, Leonidas Castro, Eduardo Arcila, RA, Gerardo Marín



En Centroamérica

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

17. Psicología internacional

Los viajes de las últimas décadas estuvieron muy centrados en mi participación en la psicología internacional. Esto implicaba asistir a los Congresos Internacionales de Psicología (organizados por la Unión Internacional de Ciencia Psicológica, IUPsyS), a los Congresos Internacionales de Psicología Aplicada (organizados por la Asociación Internacional de Psicología Aplicada, IAAP), a las Convenciones del International Council of Psychologists (ICP), a las Convenciones de la American Psychological Association (APA), a los Congresos de la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP), a los de la Sociedad Internacional de Psicología Comparada (ISCP) y a muchos eventos más.

Aunque mi primer intento de solicitar la sede del Congreso Internacional de Psicología se remonta a 1976 en París, fue en la década del 90 en que más trabajé en psicología internacional. Mi elección como miembro del Comité Ejecutivo de la Unión Internacional de Ciencia Psicológica (IUPsyS) en 1992 y mi reelección posterior por varios períodos, para un total de 12 años, hizo que dedicara gran parte de mis esfuerzos y energías a la psicología internacional.

En verdad, estos intereses eran de vieja data. Mi libro *La Psicología contemporánea, panorama internacional* (1972) se refería específicamente al tema de la psicología internacional. Como señalé antes, esta obra fue considerada por Gilgen y Gilgen (1987, p. 5) como el primer libro que se escribió sobre psicología internacional, en cualquier idioma. De modo que 20 años atrás yo había escrito un libro que me había implicado indagar sobre el estatus de la psicología a nivel mundial, no sólo a nivel latinoamericano. En décadas posteriores fui reuniendo una amplia biblioteca sobre psicología internacional de modo que me informé acerca del estado de la disciplina en todo el mundo, con gran detalle y meticulosidad. Otra sección de mi biblioteca se refirió específicamente a psicología latinoamericana, y otra sección a psicología colombiana.

La pertenencia a la Junta Directiva de la IUPsyS, de la IAAP y de otras asociaciones hizo que viajara a países "exóticos" y

no únicamente a Europa, Estados Unidos y Latinoamérica. Estuve en China, Australia, África, Medio Oriente, Singapur, Filipinas, regiones lejanas del planeta que siempre quise visitar. Eran viajes de trabajo, con poco tiempo para conocer, pero me las ingeniaba para dedicarle unos cuantos días a visitar el país donde me hallaba, a estudiar acerca de su historia y su cultura y no únicamente a participar en reuniones de trabajo.

Me hice amigo de psicólogos hindúes, chinos, sudafricanos, neozelandeses, rusos, suecos, polacos y de muchas otras naciones. El liderazgo de Estados Unidos en la psicología mundial se mantuvo mientras viví, aunque la psicología no-estadounidense (o "internacional") cobraba cada vez más importancia. El liderazgo de la psicología estadounidense fue positivo, por su énfasis en la organización profesional, en los fundamentos científicos de la disciplina y en la posibilidad de evolucionar con base en nuevos hallazgos científicos y en nuevas teorías.

Yo me convertí muy pronto en "experto" en psicología internacional y más específicamente en la psicología del mundo en desarrollo. Publiqué varios artículos sobre estos temas (ver por ejemplo Ardila, 1982, 1994, 1997, y otros). Pertenecí a los Comités Editoriales de revistas tales como el *International Journal of Psychology*, *Psychology and Developing Societies*, *World Psychology*, *Interamerican Journal of Psychology*, más recientemente (2012) *International Perspectives in Psychology*, y muchas otras publicaciones similares.

En esas décadas invité a Colombia a destacados psicólogos del "Primer mundo" entre ellos Hans J. Eysenck, Charles D. Spielberger, Joseph Wolpe, Nathan Azrin, Julie Skinner-Vargas y varios más. Algunos de ellos vinieron para participar en los Congresos Colombianos de Psicología, otros a dictar seminarios. En 1973 había visitado a Skinner en la Universidad de Harvard y había establecido con él una amistad que perduró hasta su muerte en 1990 y que fue muy fructífera. Fue un diálogo de varios decenios de duración. La visita de su hija Julie a Colombia fue un evento de gran relevancia para nuestra comunidad psicológica.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Mi libro *La Psicología en el Futuro* (2002) contiene entrevistas a varios de los más destacados psicólogos del mundo acerca de perspectivas disciplinarias, científicas, profesionales y metodológicas de la psicología. Los entrevistados fueron 48 personas (40 varones y 8 mujeres) procedentes de 24 países, son en su gran mayoría personas que lideraron la disciplina y le imprimieron un rumbo durante las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI. Un libro muy ambicioso, que fue traducido al chino (¡mi primera publicación en chino!), al portugués y a otros idiomas.

En los últimos años mis relaciones con Brasil han sido muy centrales. He viajado varias veces a ese sorprendente país y algunos de mis libros han sido traducidos al portugués. Participé en una investigación sobre inteligencia y desarrollo socio-económico, liderada por Carmen Flores-Mendoza de Belo Horizonte ("Estudio de la inteligencia de los latinoamericanos. SLATINT"). Un trabajo con grandes implicaciones para nuestro mundo latinoamericano y con muchos puntos de reflexión referentes al concepto de habilidad cognitiva general, influencia de la educación en las capacidades intelectuales, lugar de la ciencia en la sociedad, prejuicios sociales y "raciales", discriminación, y otros asuntos similares. Hoy no se habla de "raza" sino de "clusters genéticos" y el tema tiene enorme actualidad en esta década del siglo XXI. Las discusiones abundan, las polémicas, las investigaciones con sólido fundamento matemático y una preocupación acerca de lo que es "políticamente correcto" y lo que no lo es. *Yo siempre he sido ciego a los colores raciales* y he creído que el ambiente –ante todo el de la primera infancia– es fundamental para nuestro desempeño en la vida. Lo cual no implica negar predisposiciones genéticas y tendencias basadas en nuestra evolución como especie, que han sido estudiadas en los últimos años por la psicología evolucionista.

Los viajes se hicieron más variados y a sitios más lejanos. Las presiones de trabajo aumentaron considerablemente. El tiempo que pasaba fuera de Colombia, se multiplicó. Un amigo me decía que yo pasaba fuera de mi país la mitad del año, lo cual no era cierto. Los viajes eran cortos, muy exigentes, con agendas apretadas y muy centradas en responsabilidades previamente adquiridas. Pero

siempre dedicaba unos días o si podía semanas a conocer el país donde me encontraba, incluyendo su historia y su cultura.

En Colombia había numerosas personas con las cuales hablar acerca de la psicología internacional. Nosotros ya no éramos provincianos en absoluto, y varios de nuestros profesionales habían cursado estudios de Master y de Ph.D. en Estados Unidos, Canadá, España, otros países europeos (Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda), México, Brasil y otras regiones del mundo. Teníamos una comunidad científica altamente desarrollada y una disciplina muy bien posicionada en el país. No éramos provincianos ni teníamos el nivel científico y profesional que yo encontré en 1970. Pero tampoco éramos tan internacionales ni tan bien informados acerca de los desarrollos a nivel mundial, como habría sido deseable.

Veamos lo que era un día típico de mi vida, en 2000. Para 1971 (29 años antes...) había descrito lo que fue un día típico, y existen similitudes entre ambos períodos.

Un día típico, Mayo de 2000

6:00 a.m. Levantarme. Hacer ejercicio. Revisar el correo electrónico en el computador del estudio. Contestar la mayoría de los mensajes. Hay varios en relación con la reunión de la Junta Directiva de la IUPsyS en Estocolmo. Otros solicitan separatas de un artículo recién publicado. Arreglo personal y traslado a la Universidad.

8:00 a.m. Clase de Fundamentos de Análisis Experimental del Comportamiento en la Universidad Nacional de Colombia. Estamos estudiando el problema de la "selección por sus consecuencias", y en general la relación entre genética y aprendizaje.

10:00 a.m. Asesoría a unos estudiantes que están haciendo su tesis bajo mi dirección, sobre calidad de vida.

11:30 a.m. Regreso a casa. La mayor parte de mi trabajo la realizo en casa, no en la Universidad. Vivo solo. Mi hijo David está en la Universidad de California en Berkeley cursando estudios para un Ph.D. en Astrofísica. Les doy una serie de indicaciones a la secretaria y al mensajero. Reviso el correo del día, que es sumamente abundante: cartas, revistas, libros, anuncios publicitarios, etc.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

12:00 m. Llamo por teléfono al Presidente de la Sociedad Colombiana de Psicología (máxima asociación de psicólogos en el país, que desde 1979 sustituyó completamente a la Federación Colombiana de Psicología, la cual desapareció del todo). Me preocupa mucho la proliferación de Facultades de Psicología en el país, que brindan entrenamiento de muy baja calidad, sin norma alguna y que muy pronto van a producir desempleo profesional en Colombia. Le comento largamente sobre algunas acciones que es preciso emprender al respecto.

12:30 p.m. Visita de dos amigos que invité a almorzar. Hablamos de la situación política del país y de lo que está sucediendo este año 2000. Los problemas sociales cada día me interesan más.

2:00 p.m. Siesta.

3:00 p.m. Contesto varias cartas urgentes. Envío un par de faxes y varios mensajes por e-mail. Algunos se refieren a la organización del próximo Congreso Interamericano de Psicología.

5:00 p.m. Escribo parte de un capítulo de mi investigación sobre "Percepción social de la ciencia". Este es el trabajo más importante del día, pero hoy sólo pude dedicarle dos horas.

7:00 p.m. Visita de un colega. Hablamos de mi idea de publicar mis *Obras Selectas*, que recogerán los principales trabajos que he realizado a lo largo de mi vida organizados por áreas: Psicología Experimental, Historia de la Psicología, Asuntos Profesionales, Psicología Social, Psicología de la Paz, y otros. Llevo un tiempo largo planeando esta publicación y no la he iniciado, por la urgencia de otros trabajos. Es bien cierto aquello de que "Lo urgente no deja lugar para lo importante".

9: 00 p.m. Doy una pequeña caminada por un parque cerca de mi casa. En los últimos años he tenido problemas de salud y es preciso hacer ejercicio todos los días.

10:00 p.m. Veo TV. Preparo algunas cosas para el siguiente día.

11:00 p.m. Me acuesto.

18. Psicología clínica, Terapia del comportamiento y Psicología de la salud

Yo nunca estudié psicología clínica a nivel de postgrado ni soñé con ser psicólogo clínico. Mis estudios fueron en psicología experimental, con una gran dosis de estadística, de psicología comparada, de psicofisiología, aprendizaje, percepción y cognición, motivación, computadoras, diseño de investigaciones, psicología social, entre otras áreas. Asistí por mi propia iniciativa a cursos a nivel graduado sobre otros temas en psicología, fisiología, estudios latinoamericanos, etc. Pero nunca tomé ningún curso en psicología clínica.

En 1976 cuando fundé el programa de Magister en Psicología de la Universidad Santo Tomás, que recibió sus primeros estudiantes en enero de 1977, se decidió que el área de estudios iba a ser Psicología Clínica. Esto se debió a los resultados de una encuesta sobre preferencias y necesidades de los psicólogos colombianos, que dio como resultado que el área de mayor interés era la Psicología Clínica.

Durante los años en los cuales fundé, organicé y dirigí este programa de Magister, el primero que se abría en Colombia, me sentí un poco incómodo conociendo mis déficits en psicología clínica. Nadie me cuestionó por dirigir una Maestría en Psicología Clínica sin haber recibido formación específica en esa área, y me rodeé de excelentes psicólogos clínicos y psiquiatras, con énfasis conductual. Fue una Maestría centrada en diagnóstico, terapia, investigación y prevención, desde el punto de vista del análisis experimental del comportamiento y de la terapia de la conducta.

Pero yo pensaba que debía tener entrenamiento formal en psicología clínica, era un problema "de conciencia", muy a mi estilo personal: *yo me había guiado siempre por "mi conciencia" no por lo que*

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

dijera la demás gente, incluyendo mis colegas. Yo consideraba que en Colombia se necesitaba con urgencia una Maestría en Psicología; los resultados de la encuesta entre los psicólogos indicaban que el área más necesaria era la Clínica. Como Director de este programa, yo debía tener conocimientos y experiencia clínica, y no los tenía (solo yo me preocupaba por este déficit, nadie me lo señaló jamás). Entonces decidí estudiar Psicología Clínica por mi cuenta, leer libros sobre el tema, tomar seminarios sobre técnicas, participar en talleres en el exterior, y finalmente dedicarme en forma parcial a la práctica clínica.

Abrí un consultorio, con secretaria, horarios definidos, y en compañía de otros colegas a los cuales alquilé mi consultorio en las horas libres. Trabajé seriamente en terapia del comportamiento, ante todo con adultos y muy esporádicamente con niños o adolescentes, como complemento a mi trabajo en la Universidad. Durante dos lustros dediqué un cierto tiempo a la clínica, con énfasis estrictamente conductual, no "cognitivo-conductual", y esta experiencia me sirvió para aprender mucho. Edité un libro con los principales artículos sobre el tema que publiqué en España con el título de *Terapia del comportamiento, fundamentos, técnicas y aplicaciones* (1980 b). Fue una obra muy bien recibida por la comunidad científica, como habían sido otros de mis libros.

Mi experiencia en psicología clínica, que no estaba en mis planes ni en mi programa de vida, me llevó a aprender mucho sobre los seres humanos y sobre su comportamiento. ¡Creo que yo me beneficié mucho más que mis consultantes (o "pacientes") de esta experiencia clínica! Aprendí a entender la vida de la gente, las relaciones interpersonales, los sufrimientos, las dudas, las angustias, el dolor humano, y la enorme capacidad de hombres y mujeres para sobreponerse a las dificultades de la vida cotidiana. Estar en contacto con los seres humanos que sufren me llevó a admirar a la gente y a recuperar la fe en mis "compañeros de viaje" por la vida. Creo que logré llegar a ser más tolerante, más flexible y más creativo gracias a mi experiencia como psicólogo clínico.

Abundaron los pacientes, con problemáticas muy diversas. Yo les dedicaba mucho tiempo, estudiaba cada caso en detalle, leía

todo lo que encontraba, participaba en seminarios, ateneos y simposios y buscaba estar al día en todos los adelantos recientes de la psicología clínica. Lo más importante fue que me preocupé honesta y sinceramente por mis consultantes, por su bienestar, por aplicar las mejores técnicas y procedimientos disponibles para cada caso. Creo que los pacientes salieron adelante, solucionaron sus problemas y que el esfuerzo valió la pena.

Trabajar cara a cara, con otro ser humano, buscando entender y solucionar sus problemas más personales y más íntimos, fue una importante experiencia para mí. Pienso que adquirí la reputación de ser un buen psicólogo clínico, y siempre tuve muchos más pacientes de los que podía atender. Los demás los derivaba a otros colegas, preocupándome de que se tratara de la mejor alternativa para el consultante.

Esta actividad como psicólogo clínico estuvo precedida por mi trabajo en la década de los años 70 en terapia del comportamiento. A partir de 1970 busqué presentar la terapia conductual como una alternativa válida a la clínica psicoanalítica tradicional, y lo hice por medio de conferencias, libros, artículos en periódicos, programas de modificación de comportamiento y economía de fichas en hospitales y en cárceles, y brindando formación a los estudiantes en mis cursos de la Universidad Nacional de Colombia. Ya me he referido a esta labor en capítulos anteriores. La terapia del comportamiento fue muy bien recibida por muchos de los psicólogos colombianos, como una alternativa profesional, eficiente y eficaz, basada en la investigación científica, y derivada directamente de la psicología, no de la medicina (como era el caso del psicoanálisis).

Muchos psicólogos se dedicaron a la terapia del comportamiento, en sus diversas modalidades, con más énfasis en el condicionamiento clásico, en unos casos, en el condicionamiento operante, en otros, y en el aprendizaje social, o en una mezcla de todos ellos, la mayoría de las veces. El enfoque conductual dio origen al enfoque cognitivo-conductual, que es probablemente el más utilizado en este momento por los psicólogos clínicos en Colombia. Un cierto número de psicólogos clínicos se convirtieron en líderes en

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

esta área en el país, por ejemplo Leonidas Castro, Martha Restrepo, Telmo E. Peña, Myriam Rodríguez, Clemencia Montaña, Luis Flórez Alarcón, Edith de Motta, Mónica Novoa, Blanca Patricia Ballesteros, Paulo Daniel Acero y otros.

El apoyo de editoriales que publicaron traducciones de obras de terapia comportamental y obras originales de autores hispano-parlantes, también tuvo importancia decisiva. Se destacan Editorial Trillas, Editorial Fontanella, Martínez Roca, El Manual Moderno, Siglo XXI Editores y varias más.

A finales de la década de los años 80 y comienzos de los 90 surge en Colombia la *psicología de la salud*, una rama de la ciencia psicológica dedicada a revolucionar los conceptos de salud y a utilizar los hallazgos científicos para entender la enfermedad, ante todo la enfermedad física, y la influencia de los factores psicológicos en la génesis, mantenimiento y promoción de la salud. Era un área nueva a nivel mundial, que fue muy bien asimilada en nuestro país. Luis Flórez Alarcón, Gloria María Berrío, Enrique González, María Inés Menotti, Graciela Pardo y otros psicólogos, fueron los promotores de este campo. Yo colaboré activamente en la organización de un programa de postgrado en Psicología de la Salud en la Universidad Nacional de Colombia, enseñé cursos sobre el tema, escribí libros y artículos, científicos y de divulgación, sobre psicología de la salud y me interesé mucho por este nuevo campo de trabajo del psicólogo.

Curiosamente, los psicólogos que en la década del 70 trabajábamos en investigación básica, ante todo con sujetos animales, en la década del 90, nos dedicamos a la psicología de la salud. Merecen destacarse Ramón Bayés (de España), Emilio Ribes (de México), José Anicama (del Perú), Erick Roth (de Bolivia), Stefano Vinaccia (de Colombia) y muchos más. La formación en psicología experimental y en metodología de la investigación que habíamos recibido nos sirvió cuando se trató de desarrollar esta nueva área.

En Colombia se creó la Asociación Colombiana de Psicología de la Salud, se organizaron congresos sobre el tema, se dedicaron números monográficos de la *Revista Latinoamericana de Psicolo-*

gía y de *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana* a la psicología de la salud. Era algo parecido a lo que habíamos hecho 20 años antes en relación con la terapia del comportamiento.

Yo nunca planeé ser psicólogo clínico ni psicólogo de la salud, pero aprendí a serlo "en el camino". Tomé ese trabajo tan en serio como había tomado mis otras actividades, en investigación básica y en la organización de la psicología profesional en Colombia. Utilicé mi formación experimental para proponer la terapia de la conducta como una alternativa a la clínica tradicional, y muchos años más tarde para desarrollar el campo de la psicología de la salud en mi país.

La psicología como profesión de ayuda y como área de la salud tiene cada día más importancia en Latinoamérica. Es probable que esta tendencia continúe en los próximos años. Espero que no se descuide la investigación científica en psicología y se entienda que entre más sólidos sean nuestros fundamentos científicos, mejores profesionales podemos llegar a ser. En todo caso, el psicólogo de hoy busca ayudar, ser útil, mejorar la vida de sus compañeros de viaje. Recuerdo una frase de un pensador oriental con la cual seguramente estarán de acuerdo los psicólogos clínicos de ayer y de hoy: "Si no arranqué una espina de tu carne, ¿para qué habré vivido?".

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

19. La síntesis experimental del comportamiento

En psicología de la salud la metodología era básicamente experimental, tomando en cuenta los hallazgos de la psicología del aprendizaje, de la psicología social, la psicofisiología, las neurociencias, los desarrollos en medicina social (incluyendo psiquiatría de enlace) y en terapia del comportamiento. En psicología clínica, en cambio, la metodología era bastante "ecléctica", integrativa o multivariada; se fundamentaba en un eclecticismo tecnológico aunque preferiblemente no en un eclecticismo metodológico, como diría Lazarus.

Pero de hecho la psicología como ciencia tenía muchas metodologías, y la psicología como profesión trataba con campos muy diversos, en los cuales a veces la metodología tradicional no se podía aplicar con todo el rigor que sería deseable. Yo siempre defendí el método experimental en psicología, trabajé en investigación experimental y consideré que éste era el camino deseable, y que debía privilegiarse en relación con los demás métodos.

Sin embargo la psicología tenía muchos métodos, muchas conceptualizaciones y hacía algunos decenios había abandonado la etapa de las "escuelas": Estructuralismo, funcionalismo, reflexología, psicoanálisis, conductismo, gestalt, topología, psicología existencial eran asunto del pasado. Hoy nadie es conductista en el sentido de Watson, reflexólogo en el sentido de Pavlov, tampoco psicoanalista en el sentido de Freud (incluso los argentinos más "ortodoxos" habían cambiado a Freud por Melaine Klein y luego por Lacan). Pero persistían diferencias de fondo, acerca del objeto de estudio de la psicología, de su método, de su campo de trabajo, de las relaciones con otras disciplinas, y otros puntos frontales de la disciplina. ¿Sería posible una psicología unificada? Yo siempre creí que era deseable, aunque por muchos años dudé que fuera posible, en el estado actual de nuestro desarrollo como ciencia. La unificación de la psicología sería un asunto del futuro.

Mi interés se nota por mis trabajos sobre el tema. Cuando fundé la *Revista Latinoamericana de Psicología*, pedí a Paul Fraisse un artículo sobre el tema de la unificación de la psicología, que se publicó como primer artículo del primer número de la revista. Se titula "Hacia la unificación de la ciencia psicológica" (Fraisse, 1969). Definitivamente el tema me interesaba profundamente y este interés persistió a lo largo de toda mi vida.

La unificación debería hacerse desde el punto de vista conceptual y filosófico, y por lo tanto una adecuada fundamentación filosófica era requisito indispensable si queríamos unificar la psicología. Dicha unificación había sido puesta en tela de juicio por investigadores como S. Koch, pero había sido defendida por otros destacados psicólogos como A. W. Staats. Yo me dediqué por años a estudiar este problema, a revisar los fundamentos filosóficos de la psicología (ver Bunge y Ardila, 1987/2002), a reflexionar acerca de las escuelas psicológicas, los sistemas psicológicos, la metodología, la comparación entre el desarrollo de la psicología y el de otras ciencias, etc.

Consideré que la conceptualización de Kuhn (1970) era adecuada para explicar el desarrollo de la psicología como ciencia. Aunque Kuhn pensaba que las llamadas ciencias "sociales" se encontraban en un estado pre-paradigmático, yo consideré que las escuelas psicológicas (y las escuelas de otras ciencias "sociales") eran análogas a los paradigmas de Kuhn. Estructuralismo, funcionalismo, psicoanálisis, conductismo, etc. habrían sido paradigmas en el desarrollo de la psicología. Las similaridades entre estas escuelas psicológicas y los paradigmas de Kuhn eran asombrosas. Después de este estado paradigmático (de las escuelas) llegaría el estado de unificación, de "ciencia normal" como decía Kuhn.

Un paradigma unificador supone un marco de referencia, con métodos, presupuestos, implicaciones conceptuales y prácticas, y con una comunidad científica que esté de acuerdo con dicho paradigma unificador. Yo analicé cada una de las alternativas, o sea las escuelas psicológicas, y los sistemas psicológicos como el neoconductismo, el neopsicoanálisis, la psicología histórico cultu-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

ral, la psicología humanista, la psicología cognitiva, y evalué sus posibilidades para generar un paradigma unificador de toda la psicología. Me decidí a proponer una alternativa que denominé "Síntesis Experimental del Comportamiento", que se basaba en el neoconductismo, en el análisis experimental del comportamiento, en Skinner, en los neoskinnerianos, y en lo que Staats definió como "conductismo de tercera generación".

La síntesis experimental del comportamiento tenía una serie de ventajas para convertirse en el paradigma unificador de la psicología en su totalidad. Su nivel de explicación era la conducta o comportamiento, lo cual implicaba que los eventos psicológicos no necesitaban reducirse a la biología ni a la sociología. El método era multivariado, comenzando con estudios correlacionales, observación, etc., pero privilegiando siempre el método experimental. Otra ventaja era el énfasis en el aprendizaje, entendiendo que la mayor parte del comportamiento es aprendido. Una cuarta ventaja era el rango de comportamientos que explica, que fundamentalmente es todo el campo de la psicología como ciencia, todo aquello que estuviera demostrado por métodos científicos. El énfasis en el ambiente, tanto físico como social, era otra ventaja, y el ambiente se definía en términos muy amplios. Finalmente, la tecnología derivada de la síntesis experimental del comportamiento implicaba que la ciencia llevaba a aplicaciones, que la tecnología a veces precedía a la ciencia y se basaba en necesidades sociales, y que la síntesis tenía grandes potencialidades tecnológicas.

La síntesis experimental del comportamiento se presentó por primera vez en 1983, en un artículo en el *Interamerican Psychologist*. En forma de libro apareció en España, en 1988 con el título de *Síntesis experimental del comportamiento*, con prólogo de Arthur W. Staats. Hubo varias presentaciones a Congresos y publicaciones en muchos países y en diversos idiomas (ver por ejemplo Ardila, 1992).

Pronto se formaron grupos de estudio sobre la síntesis experimental del comportamiento en Argentina, México, España, Puerto Rico, Colombia y otros países. La revista *Ciencias de la Con-*

ducta, de Puerto Rico, dedicó un número monográfico a este tema (Martínez-Taboas, 1994), y lo mismo hizo la *Revista Latinoamericana de Psicología* (1997). En 2010 la *Revista Mexicana de Investigación en Psicología* que utiliza el formato de centrarse en una teoría importante de la psicología, con un artículo-objetivo por el autor de dicha teoría y comentarios (favorables y/o desfavorables) a dicho trabajo, dedicó un número monográfico a la síntesis experimental del comportamiento. Finalmente se presenta un artículo-respuesta del autor. Este formato no existía antes en español y en inglés lo utilizó la revista *Behavioral and Brain Sciences*. Ver Ardila (2010), Mustaca (2010) entre otros. Muchos autores se refirieron al problema de la unificación de la psicología y a la propuesta de la síntesis experimental del comportamiento.

Yo siempre creí que la psicología era una y no múltiple, que había un campo específico de conocimiento que trataba con el comportamiento de los organismos y su relación con el medio ambiente, que esta era una ciencia natural, y también una ciencia social, con múltiples posibilidades para entender la conducta humana y el lugar del hombre en el mundo. La síntesis experimental del comportamiento podía ser un paso en la construcción de esta psicología unificada. Yo siempre puse toda mi fe y todo mi entusiasmo en el paradigma de la síntesis experimental del comportamiento.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

III

El ciclo vital

20. Cerrando el círculo

Los años más recientes de mi vida han sido prolongación de mi juventud y de mi madurez. Continué con mis actividades de costumbre, las investigaciones, los libros, los viajes, la participación en labores científicas y la preocupación por los problemas sociales, ante todo de América Latina.

Sin embargo, a pesar del continuo del ciclo vital, hubo algunos factores específicos de la "tercera edad". Una de ellas fue la disminución de la salud. Aparecieron problemas cardíacos, de origen genético, que le habían costado la vida a mi madre y a varios parientes más. Fue preciso tomar medicamentos, hacer más ejercicio, controlar la alimentación y en general preocuparme por mi salud. También aparecieron problemas digestivos, pulmonares y de otra índole.

La disminución de la salud fue un golpe duro para mí, dado que siempre me había enorgullecido de mi excelente estado físico. Aunque iba al médico y al odontólogo a controles periódicos, generalmente me encontraban muy bien. Pero a partir de los últimos años mi salud desmejoró considerablemente y eso ocurrió de repente. Me convertí en un "enfermo" cuyas dificultades crónicas había que tomar en consideración. Era preciso cambiar ciertos hábitos, dedicar tiempo a los problemas de salud, visitar al médico especialista con regularidad y en general asumir conductas "de enfermo" que no encajaban en absoluto con mi filosofía de la vida ni con mi enorme optimismo y mi enorme vitalidad.

A nivel psicológico, encontré que la capacidad de trabajo disminuía un poco pero no ocurría lo mismo con la motivación, que continuaba siendo muy alta a pesar de la edad y al cansancio acumulado durante años. Yo trabajaba mucho, casi no descansaba ni me divertía. El trabajo era un placer y le dedicaba los días y las noches incluyendo fines de semana y períodos de vacaciones. Mis conversaciones giraban en torno al trabajo. Mis lecturas eran casi siempre sobre temas de trabajo, nuevos hallazgos científicos, teorías recientes, nuevas publicaciones etc. ¡Era un verdadero "adicto"

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

al trabajo! No me sentía nada mal con este ritmo de actividad, que mantuve durante casi toda mi vida.

Pero llegó el momento en que trabajar requería más esfuerzo que antes y el interés comenzaba a variar. El entusiasmo que me había caracterizado iba disminuyendo, y aunque hacía las cosas que tenía que hacer, estas requerían mucho más tiempo y más esfuerzo. Sin embargo era difícil reconocer que me estaba volviendo "viejo".

En cambio, no reaparecieron las depresiones de mi adolescencia. Mi madurez y el período de tercera edad fueron de paz y de tranquilidad. Echaba de menos la época en que me entusiasmaba con cada nuevo hallazgo científico, en que me hacía enormemente feliz que una revista extranjera aceptara un artículo mío para su publicación, en que una invitación a un Congreso internacional a dictar una conferencia me producía verdadero éxtasis. Ahora en la tercera edad, esos asuntos eran frecuentes y no me entusiasmaban tanto como antes. Me producían entusiasmo, éxtasis y gran felicidad pero en menor grado que antes.

Los escritos que yo producía eran muchas veces por solicitud de colegas y entidades, capítulos para libros que un autor iba a compilar, artículos para revistas científicas que estaban editando números monográficos sobre un tema de mi especialidad, conferencias para congresos, etc. En otras palabras, ¡eran mis colegas, y mi profesión, los que definían lo que yo tenía que escribir! Lo hacía con gran placer y me gustaba mucho participar. A veces llegaban invitaciones a escribir artículos sobre temas que hacía varias décadas que no trabajaba y tenía que declinar la invitación considerando que no estaba suficientemente actualizado acerca de el tema y que éste ya no era mi especialidad.

A pesar de ello, continué escribiendo sobre nuevos tópicos de interés particular para mí (por ejemplo las relaciones entre pobreza y psicología) y me mantuve intelectualmente activo hasta el final de la vida. ¿Jubilarme?, ¿abandonar el trabajo y dedicarme a "cultivar mi jardín" como decía Voltaire? Estos asuntos me parecían impensables y permanecí en la Universidad Nacional

de Colombia como profesor de tiempo completo mucho más del tiempo requerido para la jubilación. Aunque en realidad, mi centro de actividad no estaba tanto en la Universidad como en mi trabajo particular. Cuando finalmente me jubilé fue poco lo que cambió en mi actividad intelectual y en mi ritmo de trabajo.

Reflexioné sobre mi existencia y sobre mis actividades. Hice un "alto en el camino" y analicé las decisiones que había tomado en mi vida y sus implicaciones. Por ejemplo, ¿cómo habría sido mi desarrollo personal si me hubiera quedado a trabajar en Estados Unidos en lugar de regresar a Colombia en 1970? Seguramente habría hecho cosas diferentes, por ejemplo más trabajos de investigación experimental básica y menos de organización gremial de la psicología latinoamericana. Yo tuve que restarle tiempo y energías al trabajo de laboratorio para dedicárselo a la organización de la psicología profesional en Colombia y Latinoamérica. Si hubiera aceptado uno de los puestos de trabajo que me ofrecieron a finales de 1969 y comienzos de 1970, mi vida habría sido un poco diferente. Pero yo nunca planeé quedarme en Estados Unidos y jamás dudé en que mi trabajo lo iba a realizar en Colombia, en América Latina, en el mundo en desarrollo, y no en el Primer Mundo. Mi mundo era el "Tercer Mundo". Eso lo tuve siempre claro.

¿Y si hubiera decidido ser escritor, como pensé alguna vez seriamente en la escuela secundaria? No sé qué tan bien lo habría hecho. En realidad yo no he contribuido en nada – absolutamente en nada – a la literatura, sea colombiana, latinoamericana o mundial. Esto también lo tengo claro.

Otra encrucijada se relacionó con mi orientación sexual. Si hubiera sido heterosexual, seguramente habría tenido varios hijos y mi vida habría sido mucho más sencilla y con menos angustias existenciales. Habría envejecido al lado de mi esposa (cualquiera que fuera) en lugar de tener varias parejas masculinas que duraron en promedio cinco años cada una y se sucedieron unas a otras. Pero este camino tuvo muchas cosas bellas e interesantes, me ayudó a crecer psicológicamente y a ser yo mismo. A entender las enormes complejidades de pertenecer a un grupo minoritario en un país en

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

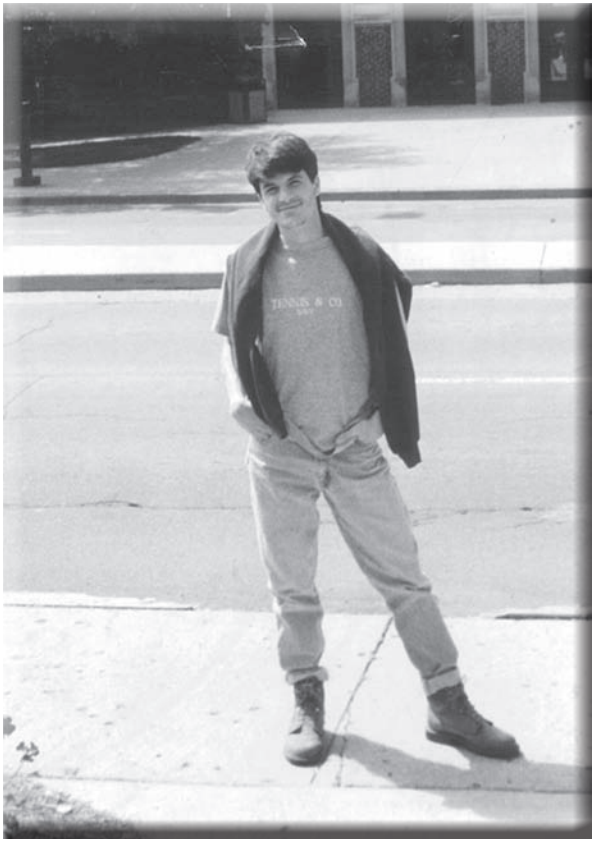
desarrollo. Fue un buen camino y lo volvería a elegir si pudiera hacerlo. Colaboré ciertamente con la liberación gay, con la búsqueda de derechos para la comunidad LGBT, pero ante todo desde la perspectiva de la ciencia, con artículos en los periódicos de mayor circulación, con conferencias académicas, con un libro sobre el tema, con cartas a los líderes políticos sobre estos asuntos… Pero la verdad es que no hice mucho y habría podido hacer mucho más.

Alguna vez pensé en dedicarme a la política, sin abandonar la ciencia. Pensé en aplicar a la realidad nacional mis ideas sobre cambio social, en lugar de escribir libros sobre el tema. ¿Habría sido un buen político?, ¿habría servido mi labor para mejorar la vida de mis compañeros de viaje por la vida? Esto nunca lo sabré con certeza. Yo fui un soñador que se enorgullecía de tener "los pies sobre la tierra". Escribí novelas utópicas pero supe distinguir la realidad de la utopía, y a lo mejor habría podido ser un buen político, por ejemplo en el panorama internacional. Tal vez no lo habría sido en el panorama nacional. Mi espíritu realista fue algo de lo cual siempre me sentí orgulloso y que me ayudó a sobrevivir en forma adaptativa en un mundo tan cambiante, variopinto y contradictorio como la América Latina de finales del siglo XX y de las primeras décadas de este siglo XXI.

Hay muchos caminos que un ser humano puede recorrer. Hay muchas vidas que es preciso integrar en el aquí y el ahora. Uno acaba tomando decisiones que tienen importantes consecuencias, tanto personales como sociales. Yo me siento satisfecho por el camino recorrido, aunque obviamente, como toda persona, habría podido recorrer otros senderos y habría podido vivir otras vidas.

En este momento de mi existencia puedo decir como dijo uno de los poetas favoritos de mi adolescencia: "Vida nada me debes, vida estamos en paz."

David R. Ardila



Debi y David

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Debi y Alejandro

Universidad de California - Berkeley
Grado de David, Ph.D en Astrofísica

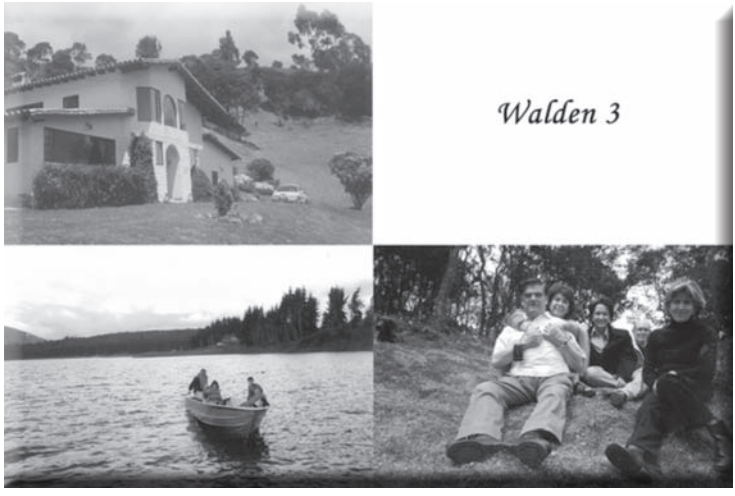
David, Debi y Ale

Visita de H. J. Eysenck
a Colombia (1993)
Arriba: Gerardo Lacouture,
Wilson López López, RA,
H. J. Eysenck, William Rodríguez,
Gloria I. Fonseca y
Andrés Manuel Pérez-Acosta.
Abajo: Oscar Forero,
Fernando Fergusson,
Hilda J. Quevedo y
Fredy D. Reyes

Con H. J. Eysenck

Estudio de B. F. Skinner
con su hija
Julie Skinner-Vargas,
Cambridge, Massachusetts

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.



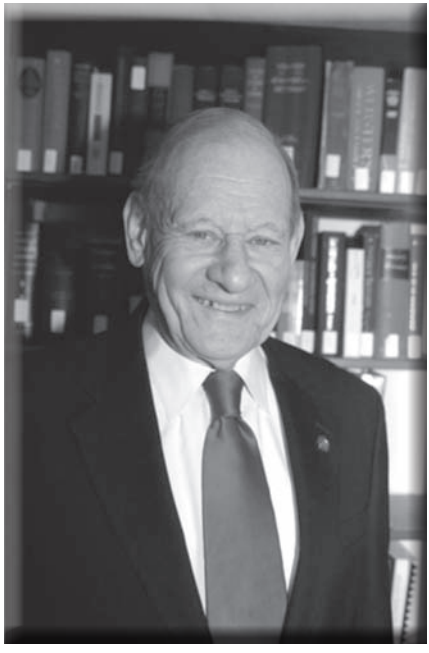
Familia en Walden 3

Walden Pond, Concord, Massachusetts

Ramón Bayés

Arriba: Wilson López López, RA, Andrés Manuel Pérez-Acosta, Julio Eduardo cruz, Germán Gutíerrez.
Al medio: María Constanza Aguilar, Debi Howell-Ardila, David R. Ardila.
Abajo: Alejandro rdila, Daniel Gutíerrez, Sonia Carrillo

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.



Paul Kurts

International Humanist and Ethical Union
The world union of Humanist organizations

Colegas Universidad Nacional de Colombia: Germán Gutíerrez, María Teresa Velásquez, Myriam Rodríguez, Clemencia Montaña, Luis Florez Alarcón, RA, Rosalía Montealegre, Graciela Pardo, Aristóbulo Pérez

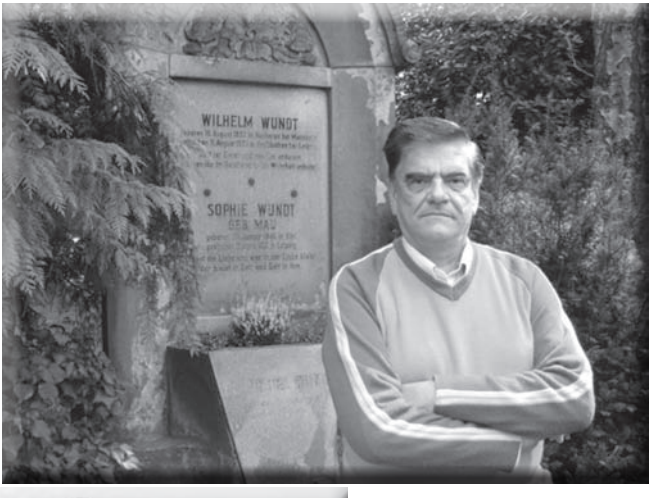
Simposio sobre el futuro de la Psicología, durante el XXVIII Congreso Internacional de Psicología en Beijing: Q. Jing (China), K. Paulik (Alemania), C. Kagitcibasi (Turquía), C. D. Spielberg (USA), H, Carpintero (España) y RA

Mario Bunge

Con Daniel Kahneman y Anne M. Treisman

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Hermanos: RA, Enrique, Alfredo, Olga y Martha Ardila



Frente a la tumba de Wilhelm Wundt, Leipzig

Marx y Engels, en Leipzig

Con Alejandro Magno en su caballo Bucéfalo, Alehjandría, Egipto

Albert Bandura

Reynaldo Alarcón

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Mariela Castro, psicóloga
cubana hija de Raúl Castro

Con amigos cercanos: Luis Flórez Alarcón, Rosalía Montealegre, RA, Elisa Dulcey-Ruiz y Luz Escobar

En Guatemala: Oscar Galindo (Colombia), Helio Carpintero (España), Guido Aguilar e hija (Guatemala), María Victoria del Barrio (España), RA.

Familia extensa
Arriba: Nicolás Corredor, Enrique Ardila, Felipe Ardila Roselli, RA, Mónica Roselli.
Al medio: Alfredo Ardila, Martha Ardila, Gabriel Lonngi, Silvia Ardila, Adriana Ardila Roselli.
Abajo: Olga Ardila, Marcela Lonngi

La Psicología internacional

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Slatint (Estudio de la Inteligencia de los Latinoamericanos)

Presidenta de la APA 2011, Melba T. Vásquez

Anexos

Principales publicaciones (libros)

En orden cronológico comenzando por el más reciente (Se citan las primeras ediciones. No se citan las revisiones, ediciones posteriores ni traducciones a otros idiomas).

1. *El mundo de la psicología*. Bogotá: Editorial Manual Moderno, 2011.
2. *Prácticas culturales en adolescentes, medios masivos de comunicación y diseño cultural*. (Con M. Sandoval). Bogotá: Comisión Nacional de Televisión, 2006.
3. *La ciencia y los científicos, una perspectiva psicológica*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005.
4. *La psicología en el futuro*. Madrid: Ediciones Pirámide, 2002.
5. *Código ético del psicólogo*. Bogotá: Editorial ABC, 2000.
6. *The experimental analysis of behavior*. Bogotá: Fundación para el Avance de la Psicología, 1999.
7. *Manual de análisis experimental del comportamiento* (Con W. López-López, A.M. Pérez-Acosta, R. Quiñones y F. Reyes). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1998.
8. *Homosexualidad y psicología*. Bogotá: Editorial Manual Moderno, 1998.
9. *Psicología en Colombia. Contexto social e histórico*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.
10. *Síntesis experimental del comportamiento.* Madrid: Editorial Alhambra, 1988.
11. *Philosophy of psychology* (Con M. Bunge). New York: Springer Verlag, 1987.
12. *Impacto psicológico de la guerra nuclear*. Bogotá: Editorial Catálogo Científico, 1986.
13. *Psicología del hombre colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta, 1986.
14. *La psicología en América Latina, pasado, presente y futuro*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1986.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

15. *El futuro de la psicología*. Barranquilla: Ediciones Pedagógicas Latino-Americanas, 1984.
16. *Altruismo, bases biológicas, psicológicas y sociales*. (Con A. N. Rivera). Bogotá: Editorial Universidad Santo Tomás, 1983.
17. *Terapia del comportamiento, fundamentos, técnicas y aplicaciones*. Bilbao, España: Editorial Desclée de Brower, 1980.
18. *Cien años de psicología*. (Con M. Rezk). México, D.F.: Editorial Trillas, 1979.
19. *Walden tres*. Barcelona: Editorial CEAC, 1979.
20. *Los orígenes del comportamiento humano*. Barcelona: Editorial Fontanella, 1979.
21. *La profesión del psicólogo*. México, D.F.: Editorial Trillas, 1978.
22. *Investigaciones psicológicas*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1977.
23. *El análisis experimental del comportamiento, la contribución latinoamericana*. México, D.F.: Editorial Trillas, 1974.
24. *La psicología en Colombia, desarrollo histórico*. México, D.F.: Editorial Trillas, 1973.
25. *Psicología fisiológica*. México, D.F.: Editorial Trillas, 1973.
26. *Psicología del trabajo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1972.
27. *La psicología contemporánea, panorama internacional*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972.
28. *Los pioneros de la psicología*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1971.
29. *Psicología experimental, manual de laboratorio*. México, D.F.: Editorial Trillas, 1971.
30. *Psicología del aprendizaje*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1970.

Referencias citadas

Ardila, R. (1961). *Nefertiti, reina de Egipto*. Bogotá: Editorial Iqueima.

Ardila, R. (1963). Una experiencia con ácido lisérgico. *Revista de Psicología* (Bogotá), *8* (1), 71-75.

Ardila, R. (1964 a). Los kibutz de Israel: análisis de una sociedad cooperativista. *Revista de Psicología* (Bogotá), *10* (1), 79-85.

Ardila, R. (1964 b). *La profesión de psicología*. Tesis de grado inédita, Bogotá: Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Colombia.

Ardila, R. (1965). Behaviorismo: hacia una psicología científica. *Revista de Psicología* (Bogotá), *10* (2), 85-91.

Ardila, R. (1968). Psychology in Latin America. *American Psychologist*, *23*, 567-574.

Ardila, R. (1970). *Psicología del aprendizaje*. México: Siglo XXI Editores.

Ardila, R. (1971 a). *Psicología experimental, manual de laboratorio*. México: Editorial Trillas.

Ardila, R. (1971 b). *Los pioneros de la psicología*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Ardila, R. (1973 a). *Psicología fisiológica*. México: Editorial Trillas.

Ardila, R. (1973 b). *La psicología en Colombia, desarrollo histórico*. México: Editorial Trillas.

Ardila, R. (1974). *El análisis experimental del comportamiento, la contribución latinoamericana*. México: Editorial Trillas.

Ardila, R. (1975). The First Latin American Conference on Training in Psychology. *International Journal of Psychology*, *10*, 149-158.

Ardila, R. (1978). *La profesión del psicólogo*. México: Editorial Trillas.

Ardila, R. (1979 a). *Los orígenes del comportamiento humano*. Barcelona: Editorial Fontanella.

Ardila, R. (1979 b). *Walden tres*. Barcelona: Editorial CEAC.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Ardila, R. (1979 c). Psicología social de la pobreza. En J. O. Whittaker (Ed.), *La psicología social en el mundo de hoy* (pp. 399-418). México: Editorial Trillas.

Ardila, R. (1980 a). Conductismo y marxismo. *Revista de Psicología General y Aplicada* (Madrid), *35*, 955-967.

Ardila, R. (Ed.). (1980 b). *Terapia del comportamiento, fundamentos, técnicas y aplicaciones.* Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer.

Ardila, R. (1982). International psychology. *American Psychologist*, *37*, 323-329.

Ardila, R. (1983). La síntesis experimental del comportamiento. *Interamerican Psychologist*, *58*, 4-8.

Ardila, R. (1986 a). *Psicología del hombre colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta.

Ardila, R. (1986 b). *Impacto psicológico de la guerra nuclear*. Bogotá: Editorial Catálogo Científico.

Ardila, R. (1986 c). The psychological impact of the nuclear threat on the Third World: The case of Colombia. *International Journal of Mental Health*, *15* (1-3), 162-171.

Ardila, R. (1987). El mito del año 2000. *365 Días*, *8*, 20-21.

Ardila, R. (1988). *Síntesis experimental del comportamiento*. Madrid: Editorial Alhambra (2a. ed. Bogotá: Editorial Planeta, 1993).

Ardila, R. (1989). Research on the psychology of peace. En R. C. King & J. K. Collins (Eds.), *Social applications and issues in psychology* (pp. 3-13). Amsterdam: Elsevier North-Holland.

Ardila, R. (1991). Psicología del desempleado. *Revista Latinoamericana de Psicología*, *23*, 207-227.

Ardila (1992). Toward unity in psychology: The experimental synthesis of behaviour. *International Journal of Psychology*, *27*, 299-310.

Ardila, R. (1993). *Síntesis experimental del comportamiento*. Bogotá: Editorial Planeta.

Ardila, R. (1994 a). The developing world and the science of psychology: A mutually reinforcing relationship. En P. Bertelson, P. Eelen & G. d'Ydewalle (Eds.), *International perspectives in psychological science* (Vol. 2). (pp. 371-384). London: Erlbaum Associates.

Ardila, R. (1994 b). La violencia en Colombia: parámetros psicológicos. *Psicología Contemporánea* (México), *1*, 22-28.

Ardila, R. (1994 c). Autobiografía de un psicólogo latinoamericano. *Revista de Historia de la Psicología* (España), *15*, 17-49.

Ardila, R. (1997). Developing countries and the science of psychology: They actually need each other. Trabajo no publicado.

Ardila, R. (2006). The experimental synthesis of behaviour. *International Journal of Psychology*, *41*, 462-467.

Ardila, R. (2010). La unidad de la psicología. El paradigma de la síntesis experimental del comportamiento. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, *2*, 72-84.

Ardila, R., & Finley, G. E. (Eds.). (1975). Psychology in Latin America: A bibliography. Special issue. *Interamerican Journal of Psychology*, *9* (3-4).

Ardila, R., & Pereira, F. (1975). Psychotherapy in Colombia. *Interamerican Journal of Psychology*, *9*, 149-163.

Benjamín, L. T., & Bertelson, A. D. (1975). The early Nebraska psychology laboratory: 1889-1930. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, *11*, 142-148.

Bunge, M., & Ardila, R. (1987/ 2002). *Philosophy of psychology*. New York: Springer Verlag. (Traducción española revisada y actualizada: *Filosofía de la psicología*. México: Siglo XXI Editores)

Cuyás, A. (1950). *Hace falta un muchacho*. México: Editorial Época.

Darwin, C. (1953). *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Traducido del inglés. México: Diana. (Original, 1871).

Darwin, C. (1957). *El origen de las especies*. Traducido del inglés. México: Diana. (Original 1859).

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Eddington, A. S. (1952). *La naturaleza del mundo físico*. Traducido del inglés. Buenos Aires: Suramericana.

Eysenck, H. J. (1953). *Uses and abuses of psychology*. London: Penguin Books.

Fraisse, P. (1969). Hacia la unificación de la ciencia psicológica. *Revista Latinoamericana de Psicología*, *1*, 1-12.

Gilgen, A. R., & Gilgen, C. K. (Eds.). (1987). *International handbook of psychology*. New York: Greenwood Press.

González, A. J. (1949). *Nociones de genética general*. Madrid: Dossat.

González, J. M. (1978). Psicología profesional: una revisión de los trabajos realizados en Barranquilla. *Gaceta Neuro-Psiquiátrica* (Bogotá), *10*, 76-83.

Hilgard, E. R. (1956). *Theories of learning*. New York: Appleton-Century-Crofts.

Kuhn, T. S. (1970). *The structure of scientific revolutions*. (Rev. ed.). Chicago: University of Chicago Press.

Lehman, H. C. (1966). The psychologist's most creative years. *American Psychologist*, *21*, 363-369.

Lyons, J. (1968). Chronological age, professional age, and eminence in psychology. *American Psychologist*, *23*, 371-373.

Martínez-Taboas, A. (1994). La síntesis experimental del comportamiento Número especial. *Ciencias de la Conducta* (Puerto Rico), *9* (1-2).

Mustaca, A. E. (2010). En defensa de la psicología unificada. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, *2*, 93-98.

Nietzsche, F. (1948). *Así hablaba Zarathustra*. Traducido del alemán. Buenos Aires: Editorial Tor.

Pierón, H. (1955). *Psicología experimental*. Traducido del francés. México: Cuadernos de Cultura.

Reichenbach, H. (1962). *The rise of scientific philosophy*. Berkeley: University of California Press.

Russell, B. (1958). *Análisis del espíritu*. Traducido del inglés. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Skinner, B. F. (1953). *Science and human behavior*. New York: Macmillan.

Vidal, F. (1994). *Piaget before Piaget*. Cambridge, MA: Harvard University Press (Traducción española: *Piaget antes de ser Piaget*. Madrid: Ediciones Morata, 1998).

Zusne, L. (1976). Age and achievement in psychology. *American Psychologist*, *11*, 805-807.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Apéndice A

Si existiera la reencarnación...

Con una sola vida no aprenderé bastante;
con la luz de otras vidas vivirán otras vidas en mi canto.

Pablo Neruda

Si te atrae una lucecita, síguela.
¿Qué te conduce a un pantano?: ya saldrás de él.
Pero si no lo sigues, toda la vida te perseguirá
el pensamiento de que acaso era tu estrella.

Hebbel

Si existiera la reencarnación los seres humanos tendríamos innumerables caminos abiertos ante nosotros, innumerables posibilidades e innumerables alternativas existenciales. Podríamos vivir vidas diferentes, cada una mejor o peor que las demás, cada una con una óptica diferente, con un ángulo nuevo para observar el mundo. En cada vida seríamos testigos de nuestro tiempo, pero éste sería diferente, cambiante, lleno de cosas, de eventos y de personas.

Si existiera la reencarnación trataría de vivir vidas llenas de sentido y de color. Todas distintas y todas fascinantes. La primera vida la dedicaría al *amor*. Besaría todas las bocas, amaría en todos los puertos, sería como esos marineros que besan y se van. Recostaría en mi hombro cabezas morenas y rubias, sonreiría ante ojos alegres y lloraría ante ojos tristes, pasaría por mi cara todas las manos del mundo y besaría todos los pechos, tanto los fuertes como

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

los débiles, tanto los blancos como los negros, los amarillos y los cobrizos. Y finalmente arrullaría en mis brazos a una persona, elegida entre todas ellas, para compartir mis angustias, mis alegrías, mis depresiones y mis elaciones. Una y sólo una.

La segunda vida se la dedicaría a la *ciencia*. Indagaría los misterios del universo y los misterios del ser humano. El absurdo de que exista mente en medio de un universo silencioso y carente de vida. Estudiaría las incógnitas de los "agujeros negros", sus leyes que contradicen las leyes de la astronomía tradicional y sin embargo están ahí. Indagaría la constitución de las nebulosas, las galaxias, la expansión del universo y los enigmas de la creación continua. Me centraría en el secreto de la vida, en las moléculas de carbono, en los problemas de la organización estructural, en esas extrañas combinaciones que produjeron lo orgánico a partir de lo inorgánico. Trabajaría mucho para entender al hombre y su contradictoria conducta, que hace que unos seamos lobos para los otros, que nos lleva a agredirnos en lugar de cooperar unos con otros. Buscaría averiguar por qué es tan importante el amor materno para el desarrollo armónico de las personas, y qué tiene que ver esto con el comportamiento de los patitos recién nacidos y de los monos criados sin madre. Estudiaría los misterios del cerebro y los misterios de la mente del hombre. Me preocuparía por el desarrollo de las sociedades y por el desarrollo de los seres humanos. Buscaría, en una palabra, entender el mundo y entender mi propio mundo, por insignificante que éste sea ante un universo silencioso y absurdo.

La tercera vida se la dedicaría a la *filosofía*. Trataría de encontrar una lógica y un sentido en los hallazgos analíticos y fragmentarios de la ciencia, en el lenguaje de los científicos y en sus limitaciones psicológicas. Intentaría contestar aquellas preguntas gigantescas que uno no puede dejar de plantearse, tales como el sentido de la vida, la existencia de Dios y de los dioses, la formación de los valores, las categorías de la lógica, las relaciones entre el ser y el existir. Sería un filósofo distinto a los demás, que se han enredado en palabras y han contestado en forma verbalista y grandilocuente a las incógnitas metafísicas. Buscaría saber si es cierto que Dios murió, o si fue que nunca existió; si Dios creó al hombre a su

imagen y semejanza, o si los hombres crearon a los dioses a su propia imagen. Me interesaría en saber por qué Dios guarda silencio mientras los hombres se dedican a destruirse unos a otros y a destruir este planeta que supuestamente es obra suya. Me preguntaría si Nietzsche tuvo razón cuando dijo que Dios había muerto, o si la tuvo Dios cuando un día escribió en medio de nubes: "Nietzsche ha muerto".

La cuarta vida la dedicaría a *viajar*. Recorrería todos los países, navegaría por todos los mares, aprendería la historia y la geografía de todos los pueblos. Presenciaría el nacimiento de nuevas repúblicas, en el África tropical, en esa África misteriosa que queda más abajo del Sahara. Sería testigo también de la agonía de muchos imperios, especialmente en la vieja Europa y en el Asia milenaria. Aprendería muchos idiomas, hablaría con muchos hombres, dormiría bajo muchos cielos. Me interesaría por los fenómenos nuevos, por ejemplo por el surgimiento del mundo árabe, por esa mezcla de riqueza y miseria, de modernismo y tradicionalismo, de tecnología y superstición, de la era interplanetaria y de la era de las cavernas. Sería asesor de un líder africano o de un líder árabe. Ayudaría a construir un nuevo país en África o en Asia. Le diría a un pueblo cómo burlarse de Occidente, cómo poner en jaque a Estados Unidos, a Inglaterra, a Rusia y a China.

La siguiente vida la dedicaría a trabajar por la *justicia social*. No haría una revolución como las tradicionales sino más profunda y más estructural, que abarcara al hombre y su sociedad, y que incluyera su economía y su psicología. Sería una revolución ante la cual los logros de Lenin y de Mao palidecieran. Una revolución cuyo objetivo primordial fuera la formación de un hombre nuevo, en el verdadero sentido de la palabra. La guía sería la filosofía de la igualdad y la solidaridad, obviamente, pero adaptando sus conceptos a este planeta cambiante y contradictorio, en el cual todos los sistemas han fracasado, incluyendo el sistema de Jesús y el sistema de Marx. No diría que la razón para hacer este cambio social consiste en que las circunstancias están "maduras" para la revolución, sino en que los hombres tienen que mejorar y volverse más hombres, y los niños dejar de morirse de hambre en las calles, al lado de

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

la opulencia y el desperdicio. Mi revolución respetaría la ecología y daría gran importancia a la planeación del futuro. Sería una revolución planetaria, no una revolución simplemente nacional. No sería la obra de los intelectuales ni de los obreros y campesinos, sino de todos los hombres y mujeres, de todos los niños y niñas del mundo.

Así viviría yo mis cinco vidas. Cinco vidas... No parece mucho. Pero los hombres podríamos vivir diez, cien, mil o un millón de vidas. Podríamos ser como el Aleph de Borges, que refleja el universo y es parte del macrocosmos y del microcosmos, y en el cual está la tierra y en ella está otra vez el Aleph.

Al no ser esto posible, al no existir la reencarnación, un hombre limitado como cualquiera de nosotros tiene que integrarlo todo en un corto lapso de tiempo. Tiene que besar todas las bocas y engañar a todos los maridos. Intentar descifrar los misterios de los "agujeros negros" de la astronomía y la importancia del amor materno para el desarrollo armónico del niño. Tratar de entender las incógnitas metafísicas y la existencia de los dioses. Recorrer el mundo y asesorar a los líderes africanos y asiáticos acerca de la forma de burlarse de los Estados Unidos. Hacer la transformación social en forma más profunda y duradera que las anteriores transformaciones, para que llegue la justicia a este cansado planeta, y aprendamos algún día, a colaborar unos con otros y a entender que la tierra es como una nave espacial y que todos somos simplemente compañeros de viaje...

Apéndice B

El mito del año 2000

Mi generación creció con el mito del año 2000. Fue el mito nuestro, no de la generación de mi padre ni de la generación de mi hijo, sino de la mía. Fue nuestra utopía. El mito de algo que iba a llegar y nunca llegaba, de un mundo mejor, igualitario, justo, tecnológicamente perfecto. El mundo del futuro, el mundo sin tacha. La verdad es que era una utopía demasiado buena para ser verdad.

Los que no pertenecen a esta generación no podrán entender lo que fue el mito del año 2000 para nosotros. Antes hubo un mito del año 500, donde todos esperaban el 'reino de Dios'. Hubo otro mito del año 1000 donde las esperanzas eran todavía mayores, y la gente anhelaba con mayor intensidad y devoción la muerte y la llegada de ese 'reino de Dios'. Las personas se reunieron a esperar el advenimiento de ese reino celestial que jamás llegó. Algo similar sucedió, aunque con menos fuerza en 1500. Pero para nosotros el año 2000 fue demasiado, ¡sencillamente demasiado! Era la realización de todos los sueños de la humanidad, en este caso con ayuda de la ciencia y de la tecnología. Ese mundo perfecto que iba a comenzar el 1º de enero del año 2000 (o del 2001…) no sería construido por la religión, ni se iba a basar en las profecías bíblicas; lo iba a constituir la Ciencia, así con mayúscula.

Todos soñamos y soñamos, los miembros de mi generación, en que un día el mundo iba a ser justo e igualitario. Algo como lo que habían soñado los miembros de la Fabian Society de Londres y había soñado Marx y los demás pensadores utópicos. Las mujeres serán iguales a los hombres, los pobres a los ricos. No habrá ignorancia ni superstición. Todos seríamos buenos y felices, tecnológicamente perfectos. Para nuestra generación, eso sería en el año 2000.

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

Un día habrá justicia social en este complicado, desolado y desgastado planeta. Eso será en el año 2000.

Un día a nadie se le va a ostracizar, despreciar ni perseguir por sus ideas, el color de su piel, su sexo, ni su origen nacional. Eso será en el año 2000.

Un día descubriremos el secreto de la vida y prolongaremos la existencia más allá de los límites biológicos tal como hoy los entendemos. Eso será en el año 2000.

Un día llegaremos a las estrellas. Eso será en el año 2000.

Un día se acabará el dolor, la miseria, las enfermedades. Eso será en el año 2000.

Un día habrá igualdad de oportunidades. Todos podrán actualizar sus potencialidades y realizarse como seres humanos. Eso será en el año 2000.

Un día la razón reinará sobre la irracionalidad, la lógica vencerá al absurdo. Eso será en el año 2000.

Un día todos seremos mejores, más honestos, más bellos, más inocentes. Será en el año 2000.

Un día el hombre encontrará una explicación a los misterios metafísicos y a la razón de la existencia. Eso será en el año 2000.

El mito, la utopía del año 2000 implicaba que la tecnología nos iba a solucionar todos los problemas. La tecnología de las computadoras, de la astrofísica, de la psicología, incluso de la antropología. El hombre lograría entender finalmente que lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño, lo justo y lo injusto, lo correcto y lo incorrecto, lo bello y lo feo, es obra suya. Todo eso sería en el año 2000.

Lo extraño es que otro mito similar a este del año 2000 lo vivieron unas generaciones antes, los hombres del siglo XIX. Se pensó que el conocimiento analítico y objetivo que llamamos ciencia iba a solucionarlo todo. De hecho la ciencia solucionó muchas cosas, ayudó a entender mejor el mundo, y la tecnología mejoró considerablemente la existencia humana. Pero la verdad es que no solucionó todo, y en cambio creó nuevos problemas y nuevas complicaciones.

Una prueba de la importancia que nuestra generación le dio al año 2000 fue la creación de una nueva disciplina, la perspectiva o futurología. Antes se había pensado en planear el futuro pero nunca se había inventado una ciencia para tratar el futuro. Una ciencia que estudia lo que está por llegar como es la futurología, no deja de ser algo extraño. Es casi como una ciencia de las posibilidades, de las utopías, de la manera de extrapolar el presente para construir el porvenir. Nosotros, la generación del año 2000, hicimos esto, creamos una ciencia del futuro.

Nadie podrá entender lo importante que fue el futuro para mí, lo importante que fue el año 2000 para mis congéneres de todo el planeta. Para toda la gente que compartió mi vida. Pero la verdad es que el año 2000 fue un mito como lo había sido antes el año 500 y el año 1000.

La diferencia importante entre este mito y los anteriores es que nuestro mito es planetario e interplanetario. Es un mito que lleva a hacer las cosas y a hacerlas en grande. Llegamos a la luna en 1969 porque el Presidente Kennedy de los Estados Unidos había expresado su voluntad de que el hombre llegara a la luna antes de terminarse la década de los sesenta.

La verdad es que el año 2000 fue igual a los demás. Es un punto arbitrario en el tiempo, es una creación humana. Simplemente que es un punto de corte, para la civilización occidental, debido a que el calendario de Julio César, que comienza con la fundación de Roma, reformado y adaptado más adelante por monjes medievales para que comenzara con el nacimiento de Jesús y luego reestructurado para hacerlo encajar en las complicaciones que son consecuencia de los movimientos de los cuerpos celestes, implica ahora un cambio de milenio. Esta arbitrariedad le sirvió a la gente para que planeara sus cosas, su porvenir, y para que decidiera mejorar su mundo. En ese sentido el año 2000 fue un mito útil.

A lo mejor existió también una generación del año 500 y del año 1000, como existe la nuestra del año 2000. A lo mejor hubo personas en el año 500 que pensaron que íbamos a llegar a las estrellas, a hacer un mundo 'perfecto' según los estándares de la época, a en-

© Editorial el Manual Moderno Fotocopiar sin autorización es un delito.

tender el universo y sus misterios. A lo mejor sucedió algo similar también en el año 1000.

Si el ser humano logra sobrevivir a los conflictos de nuestros días y llega hasta el año 3000, es posible que alguien se tome la molestia de contrastar las ideas que tuvo mi generación acerca del año 2000, con las que tuvieron las personas del año 500 y del año 1000, y las que estén teniendo en ese momento los habitantes del 3000.

Pero la verdad es que este fue nuestro mito: el advenimiento de una utopía, que el hombre iba a construir, a realizar, con su propia mente y con sus propias manos. Sin ayuda de Dios ni del diablo. Sin Marx ni Jesús. Un mundo más allá de los más ambiciosos sueños de los más ambiciosos pensadores: todo eso, en el año 2000.